

19
2ej



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

LA POSTURA HISTORICA DE VICENTE RIVA PALACIO
EN MONJA Y CASADA, VIRGEN Y MARTÍR
Y MARTIN GARATUZA



OCT. 17 1990

SECRETARIA DE
EDUCACION PUBLICA

TESIS PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN LETRAS HISPANICAS

P R E S E N T A :

MARTA SILVA HERNANDEZ MARTINEZ

FALLA DE ORIGEN



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Contenido

Capítulo 1. Panorama general del siglo XIX.

1.1 Aspectos históricos	1
1.2 Aspectos culturales	5
1.3 La literatura	
1.3.1 Periodismo	11
1.3.2 Historia	12
1.3.3 Poesía	13
1.3.4 Teatro	14
1.3.5 Novela	15

Capítulo 2. Producción literaria de Vicente Riva Palacio

2.1 Teatro	20
2.2 Periodismo	21
2.3 Historia	24
2.4 Poesía	27
2.5 Prosa narrativa	28

Capítulo 3. La postura histórica de Vicente Riva Palacio

3.1 Características narrativas	35
3.1.1 Punto de vista	42
3.1.2 Tiempo	43
3.1.3 Espacio. La Ciudad de México	45

3.2 Aspectos románticos	59
3.3 Riva Palacio y el por qué de su escritura	68
3.4 Apego a la realidad histórica	80
3.5 La sociedad novohispana	
3.5.1 Medio ambiente	88
3.5.2 Festividades	90
3.5.3 Epidemias	93
3.5.4 Hospitales	94
3.5.5 La Nao de China	94
3.5.6 Otra costumbre más	94
3.5.7 Transporte y comunicación	95
3.5.8 Libros	97
3.5.9 Monedas	97
3.5.10 Costumbres funerarias	98
3.5.11 Ocupaciones y oficios	99
3.5.12 Costumbres religiosas	105
3.5.13 Costumbres de la Inquisición	112
3.5.14 Mentalidad colonial	114
3.5.15 Comidas	127
3.5.16 Vestuario	128
3.5.17 Objetos decorativos	134

Capítulo 4. Conclusiones	136
--------------------------	-----

5. Bibliografía	141
-----------------	-----

1. Panorama general del siglo XIX.

1. Panorama general del siglo XIX.

1.1 Aspectos históricos.

La realidad histórica de una época está formada por diversos aspectos de la actividad humana: la economía, la organización social, la estructura política, las ideas, la creación artística, el ámbito religioso. De hecho la realidad no se da fragmentada, participa al mismo tiempo de una y otra cosa.

Atendiendo a este criterio considero necesario esbozar brevemente los acontecimientos ocurridos en el país durante el pasado siglo, para relacionar la obra de Vicente Riva Palacio con la realidad concreta de su tiempo.

La historia de México en el siglo XIX sufre una serie de cambios que dieron por resultado una determinada organización política, económica y social; "es la historia de cómo México fue integrándose como nación." (1)

El país se independiza del régimen colonial y tiene que adoptar nuevas formas en su organización, las cuales se oponen a las estructuras tradicionales y provocan luchas armadas, cambios violentos y el constante experimentar de uno y otro sistema hasta que, en 1867 se establece una forma definitiva de gobierno y se llega al porfiriato.

El siglo inicia con una estructura perfilada desde el siglo XVI donde existía una mayoría indígena cuya actuación en la vida política y económica estaba restringida. Los indios participaban en el trabajo de servidumbre o en el sistema de producción comunitaria; espiritualmente fueron cristianizados o formaron un sincretismo con elementos cristianos y restos de su antigua religión.

(1) Matute, Alvaro, México en el siglo XIX, p. 33.

Por la necesidad del trabajo fueron importados negros y asiáticos, que al llegar a la Nueva España se mezclan, creando las castas que ocuparon un lugar muy bajo en la escala cultural de la sociedad colonial.

El mestizaje más frecuente -unión de español e india- formó un sector amplio de la población, pero no superó al elemento indígena. La diferencia entre el peninsular y el criollo se convirtió a lo largo de tres siglos en una distinción cultural, ideológica y política que los llevó al conflicto. El criollo dueño de sí, querrá serlo en su América mexicana. Pensó inicialmente que sólo bastaba con sustituir a los peninsulares para que México, libre de dependencia, avanzara en el progreso y la nacionalidad. La lucha removía problemas que estaban latentes desde hacía mucho tiempo, produciendo un arranque problemático. La guerra de independencia que comenzó con la rebelión de Hidalgo en 1810 y terminó con la entrada triunfal de Iturbide en 1821, fue una manifestación de la nueva manera de ver al hombre. Todos coincidían en la necesidad de hacer progresar económicamente al país y procurar el beneficio de la mayoría de los habitantes.

La guerra de independencia se libró contra un fondo de confusión política; la autoridad de España había sido alternadamente liberal y conservadora y esta confusión se trasladó a México hasta el punto de que liberales y conservadores participaron en este movimiento. Finalmente, una coalición de intereses políticos determinó la independencia. Los ideales reformistas que abarcaban a todos los sectores de la sociedad se habían eclipsado la realidad fue dura y frustró los buenos propósitos de conservadores y liberales. La lucha se convirtió en una disputa entre gente de clase media. El indio permaneció en su situación económica acostumbrada. (1)

(1) Cf. Brushwood, J.S. México en su novela, p. 158

Después de que Iturbide se proclamó emperador y de que las fuerzas republicanas lo obligaron a abdicar, se inició una ardua lucha, surgen planes políticos que encabezarán movimientos armados. Algunos fueron sustanciales y sus consecuencias grandes, otros, por superficiales no pasaron de colocar en el poder a algún gobernante efímero. Pero todos revelan programas de acción que movilizaron a la nación mexicana.

La expresión de idearios políticos bien fundamentados fue constante y pese a sus diferencias individuales, el pensamiento político se replegó en dos bandos: tradicionalistas y modernistas. Para los primeros la inercia histórica era el argumento a defender. Para los segundos todos los males del país eran resultado de las prácticas viciadas del sistema colonial. En medio de una gran confusión el país inicia la ardua tarea de constituirse en una nación independiente. Pero la sociedad estaba desorganizada, la gente carecía de metas lo suficientemente específicas como para permitirle funcionar. La situación económica no podía ser más triste, era difícil en medio de la anarquía lograr que la agricultura y minería -fuentes tradicionales de riqueza- rindieran normalmente; México carecía de todo y necesitaba hacerlo todo.

Del caos precedente surgió un grupo de liberales que intentó organizar al país conforme a su proyecto democrático capitalista. Los reformistas entendieron que modernizar al país consistía en redimir económicamente a los peones, educar a las masas para que se convirtieran en una parte integrante de la nación y reducir a la Iglesia a lo puramente espiritual. El clero no participó de esa opinión y expresó su negativa, los conservadores reaccionaron violentamente y el país se debatió en la Guerra de Reforma 1857-1860. Después de numerosas derrotas, los liberales quedaron victoriosos pero el triunfo no fue completo, los conservadores se conjuraron para importar a Maximiliano de Habsburgo que legisló de acuerdo con la perspectiva liberal para sorpresa de los conservadores y se implantó nuevamente la monarquía.

Como el republicanismo ya había enraizado en México, Juárez unifica la lucha contra el Imperio. Las presiones de Francia sumadas a la oposición interna hicieron que Napoleón III retirara sus tropas.

La República restaurada, 1867- 1876, es un paréntesis de ejercicio democrático en la vida política de México. La permanencia de Juárez en el poder provoca la desconfianza de los liberales. Porfirio Díaz se levanta en la Noria contra Juárez, alegando contra la reelección pero no tiene éxito. La muerte de Juárez coloca a Lerdo de Tejada en la presidencia. Este no puede reelegirse porque nuevamente Díaz organiza una revolución, la de Tuxtepec, que le otorgaría el poder.

La Reforma había concluido; el deseo de mantener la paz y el orden junto con la libertad se pervirtió de modo que, la paz y el orden se mantuvieron a expensas de la libertad. El ideario positivista sustituyó al liberalismo individualista y romántico de los fundadores. Posteriormente, en el momento de la decadencia del porfirismo, los argumentos neoliberales vuelven a circular y con ellos Madero encabeza un nuevo movimiento revolucionario en 1910.

1.2 Aspectos culturales.

Durante el siglo XIX, México atravesó por un período muy confuso lleno de cambios políticos y luchas armadas que influyeron directamente en la organización cultural del país. Una general decadencia se advierte en los primeros lustros que es superada hasta las dos o tres últimas décadas, cuando la estabilidad social lo permite.

Por la amplitud de este tema únicamente presentaré las notas más relevantes de la cultura del siglo anterior. Principiaré por las instituciones educativas, factor de suma importancia en el desarrollo cultural de un pueblo. Luego, mencionaré los estudios realizados en el ámbito científico. Continuaré con lo relacionado a las artes y por último con lo referente a la cultura material o tecnológica.

En el período constitutivo que va de 1821 a 1867 la enseñanza no sólo fue afectada por las luchas civiles, sino que constituyó uno de sus más disputados objetivos. Entre los antiguos establecimientos educativos, mantuvieron o recobraron su importancia las Universidades de México y Guadalajara, los colegios de San Ildefonso y de San Juan de Letrán, el de Minería, la Academia de Bellas Artes y los seminarios diocesanos de México, Puebla, Guadalajara y Morelia.

Las Universidades de México y Guadalajara fueron objeto de reformas, ya nacidas de su propio seno, ya ordenadas por los gobiernos de tendencias conservadoras. Una y otra fueron principal blanco de la oposición de los liberales. En los colegios de San Ildefonso y de San Juan de Letrán se ejercieron las mismas influencias de los liberales y conservadores. En 1833 los reformistas declaran inútil a la Universidad de México y crean escuelas de

cada ramo: preparatoria, estudios ideológicos y humanidades, físicos y matemáticos, médicos, jurídicos y sagrados. La de Guadalupe fue reemplazada por el Instituto de Ciencias. Escuelas similares existieron en Toluca y Oaxaca.

La Academia de Bellas Artes, cuya dotación fue disminuyendo desde 1811, llegó a la más extrema penuria económica hasta que en 1843 el gobierno la dota y reorganiza. La Academia fue proveída de escogidos maestros europeos; intensificó sus actividades celebrando concursos periódicamente y otorgando becas a los estudiantes sobresalientes.

El gobierno creó la escuela de Agricultura y Veterinaria en 1853 y un año después la de Comercio y Administración. La Academia de Medicina Práctica fue desarrollándose e impartió cursos completos de medicina, cirugía y farmacia.

A la Academia de San Juan de Letrán que se había extinguido en 1856, le sucede el Liceo Hidalgo que fue impulsado por Francisco Zarco. Este centro recibirá un gran apoyo de Ignacio Manuel Altamirano después de la Restauración de la República.

La Iglesia sostuvo infinidad de colegios y seminarios que además de regirse por la filosofía tomista, tuvieron una ideología conservadora.

La segunda mitad del siglo XIX tuvo como rasgo distintivo la imitación de lo francés que influye en la enseñanza con el positivismo. Conforme a la ley del 2 de diciembre de 1867, que implantó el sistema educativo indicado por Gabino Barrera, la enseñanza oficial fue laica y positivista; sustituyó el estudio de la religión por el de las ciencias.

Entre las nuevas escuelas que aparecieron figuran la de Artes y Oficios fundada en 1868 y el Conservatorio Nacional de Música y Declamación en 1877. La Academia Mexicana de la Lengua fue establecida en 1875 y reunió a las personalidades más sobresalientes de la literatura nacional.

Ignacio Barrada y Justo Sierra organizaron la enseñanza y unificaron los métodos educativos del país bajo la corriente positivista. Fundaron las escuelas normales de Profesores, de Ciegos, de Sordomudos y la Industrial de Huerfános entre 1870 y 1890.

Las nuevas generaciones de intelectuales se formaron bajo la nueva corriente filosófica. La educación laica fue sustituyendo a la confesional y, en 1877, la instrucción primaria se declaró obligatoria.

La mayor parte de los trabajos e investigaciones científicas realizadas en México durante el siglo anterior ocurrieron durante la segunda mitad de la centuria, cuando las ciencias alcanzan un mayor grado de desarrollo. Podemos anotar los siguientes:

En la rama de la geografía física se realizaron trabajos astronómicos, geodésicos y topográficos como el trazo de cartas geográficas del país que corregían anteriores posiciones astronómicas equivocadas así como el trazo de la frontera con Estados Unidos. Es de mencionarse el esfuerzo de Francisco Días Cobarrubias por introducir los métodos más exactos, hasta ese momento, de la geodesia y cartografía en la década de 1870.

La historia natural tuvo cultivadores que realizaron estudios sobre la flora y la fauna. Sobresalió el profesor de botánica Pedro de la Llave. También José Martínez de Lejarza quien catalogó la flora y la fauna de Michoacán.

En química se investigaron asuntos de interés general tales como el agua, los gases y las plantas medicinales.

En geología, el ingeniero Antonio del Castillo descubrió tres nuevos minerales: la guanajuatita, la livingstonita y la guadalcazarita.

En medicina se establecieron las juntas de sanidad y se funda la Academia de Medicina. Se introdujo el uso del cloroformo en las operaciones quirúrgicas, el uso del microscopio en las investigaciones, se publicaron las primeras farmacopeas mexicanas. Los médicos se especializan en diversas áreas y publican sus estudios.

En la jurisprudencia, Manuel Rejón y Mariano Otero introdujeron el juicio de amparo en nuestra Constitución. Los estudios se ampliaron y profundizaron en cada una de las ramas del derecho produciéndose copiosas obras.

En cuanto al aspecto artístico vemos que después de la Independencia se añadió a las artes el grabado litográfico.

La imprenta en decadencia como arte hasta 1830, va resurgiendo hasta tener una larga culminación de 1840 a 1865 en las magníficas ediciones de libros, folletos y revistas.

La litografía fue introducida en el año 1825 por el italiano Claudio Linati, cuyos sucesores más notables fueron Pedro Gualdi, Decaen y Casimiro Castro. Éstos se dedicaron a litografiar la Ciudad de México, sus monumentos y sus alrededores.

La restauración de la Academia de Bellas Artes significó la de la arquitectura, la escultura y la pintura, pues fueron puestas bajo la dirección del arquitecto italiano Javier Cavallari, del escultor catalán Manuel Vilar, del pintor también catalán Pelegrín Clavé y del paisajista italiano Eugenio Landesio. Estos maestros

mejoraron la técnica, formaron escuela y sus discípulos dieron prestigio a las artes mexicanas a finales del siglo pasado, mientras que una nueva generación de artistas manifestaba en sus obras la influencia francesa.

De las bellas obras que dejaron citaremos como ejemplo: En arquitectura, el edificio de la Academia de Bellas Artes, obra de Cavallari. En escultura, la estatua de Colón, hecha por Vilar y la de Cuauhtémoc efectuada por Francisco Jiménez y Miguel Noreña, -estas dos obras fueron colocadas en el Paseo de la Reforma por encargo de Vicente Riva Palacio-. En pintura los cuadros y retratos de Santiago Rebull y Felipe Gutiérrez como los oleos y acuarelas de José Ma. Velasco, consagrados al paisaje mexicano, a las ruinas arqueológicas y a los monumentos coloniales. José Guadalupe Posada estampa en sus grabados los tipos y costumbres nacionales en forma definitiva.

La obra más suntuosa del porfirismo fue el Teatro Nacional (Palacio de Bellas Artes), obra del italiano Adamo Boari, terminada por el arquitecto mexicano Federico Mariscal.

Complemento de la restauración artística fue la producción musical de Cenobio Paniagua, de Melesio Morales y de Angela Peralta. Ya en las postrimerías del siglo surge el Grupo de los Seis. Lo integraban Gustavo E. Campa, Ricardo Castro, Juan Hernández, Felipe Villanueva, Carlos J. Meneses e Ignacio Quezadas. Renovaron las ideas musicales y las propagaron a través del Conservatorio Nacional donde impartieron clases.

Por último mencionaré que la cultura material y el desarrollo económico tuvieron un amplio crecimiento en las décadas finales. Durante el gobierno de Díaz, se amplían las redes ferroviarias,

la producción minera y petrolera aumentan, crece el número de edificios bancarios, se construyen edificios públicos y se introduce el alumbrado. El cable se inaugura en 1881 y un año más tarde el teléfono.

Los trabajos realizados por Riva Palacio cuando fungió como ministro de Fomento ayudaron a la modernización del país. Estableció el observatorio metereológico y el astrológico así como las secciones de cartografía y estadística. Construyó caminos, líneas férreas y puentes, amplió las redes telegráficas, protegió los monumentos arqueológicos como los de Palenque. Embelleció la ciudad con paseos, mercados y calles.

Sólo falta mencionar que el florecimiento técnico y cultural que se registró en los últimos años del siglo no alcanzó a toda la población. Existía una grave deficiencia en la instrucción, sobre todo en el campo. Las masas no disfrutaron del beneficio de la cultura como lo había soñado el grupo de liberales reformistas. La ignorancia continuó favoreciendo a la explotación. La paz y el orden eran aparentes, las clases inferiores estaban alejadas de la vida de las ciudades principales. La dictadura impidió el ejercicio de las libertades individuales.

1.3 La literatura.

1.3.1 Periodismo.

Durante los primeros años del siglo XIX se desarrolló una literatura influida por la turbulencia de los movimientos de independencia. Surgió una gran cantidad de escritos políticos, panfletos, arengas y hojas volantes que defendían los ideales de uno y otro partido. El periodismo se convirtió en el mejor instrumento de propaganda y fue altamente cultivado.

En 1810 el Partido Realista, representado por la clase adinerada de la Colonia, tenía como órgano de difusión a La Gaceta de México, en tanto que el pueblo se valía de panfletos, cuyos autores eran perseguidos y encarcelados.

El Diario de México fundado por Carlos María Bustamante, simpatizaba con la rebelión. Hacía milagros para disimularlo y no caer en la violenta censura que imponía el gobierno virreinal.

En 1811, el Partido Insurgente fundó en Guadalajara El Despertador Insurgente cuyo director Francisco Severo Maldonado posteriormente se alió a los realistas y atacó a su antiguo partido a través de El Telégrafo de Guadalajara.

En Zacatecas, José Ma. Coss fundó en 1812 El Ilustrador Nacional y en mayo de ese mismo año El Ilustrador Americano en donde colaboraron Andrés Quintana Roo e Ignacio López Rayón. Luego el mismo Quintana Roo funda El Semanario Patriótico donde abundaron las proclamas.

En septiembre de 1812, apareció el edicto de la Constitución de Cádiz que al menos aparentemente daba la libertad de imprenta, lo que ocasionó que la cantidad de publicaciones se multiplicara. La mayoría de ellas tuvieron una duración muy corta debido a los cambios de autoridad y a la inestabilidad política. Ese mismo año

Fernández de Lizardi publica El Pensador Mexicano destinado a propagar las ideas liberales.

En la segunda etapa del siglo los periódicos se multiplicaron profusamente; ya en 1892 había veinte diarios en la Capital. El introductor del periodismo moderno que dio principal importancia a las noticias y secundaria a los editoriales fue El Imparcial, fundado por Rafael Reyes Espíndola. Los de mayor circulación fueron El Diario del Hogar (1881-1912) de Filomeno Mata y El Tiempo (1883-1912) de Victoriano Argüeros.

1.3.2 La historia

La historia durante el período constitutivo (1821-1867) fue cultivada por Carlos Ma. de Bustamante, José Ma. Luis Mora, Lucas Alamán, Luis G. Cuevas y Francisco Arrangóiz entre otros. Tuvo la característica de presentar el dato contemporáneo y el punto de vista del autor.

Posteriormente historiadores como Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Francisco Bulnes, Justo Sierra y Luis González Obregón dieron al género otro enfoque y presentaron las obras de historia como acopio y publicación de materiales en forma objetiva.

Aunque los trabajos sobre nuestro pasado fueron abundantes tuvieron la limitación de concretarse a un sector o a una época específica. Es hasta 1884 con la aparición de México a través de los siglos cuando la historia del país queda consignada de una manera total y globalizadora. Esta obra fue el resultado de la amplia visión de su director Vicente Riva Palacio, del respeto a la verdad y del cuidado del equipo de redactores para no convertirse en jueces de la historia. Alfredo Chavero trató la parte de la Historia Antigua, Riva Palacio la del Virreinato, Julio Zárate lo referente a la Independencia, Enrique Olavarría y Ferrari la etapa del México Independiente y, el mismo Zárate lo correspondiente a la Reforma.

1.3.3 La poesía.

La poesía siguió las formas neoclásicas en los primeros años del siglo. Poco a poco acepta las nuevas ideas y asume una actitud revolucionaria; formas más variadas, estilo más individual y temas heróicos y políticos. La galanura pasa a segundo plano porque lo importante era propagar las ideas del liberalismo.

El factor literario que influyó para que se diera este cambio de actitud fue el contacto con los poetas españoles Manuel José Quintana, Nicasio Álvarez de Cienfuegos y Juan Nicasio Gallego quienes cantaron a la libertad y se opusieron a la tiranía.

Algunos autores continuaron dentro de la línea clásica pero convivieron con los de tendencia romántica intercambiando ideas y discutiendo sus obras en veladas literarias celebradas en la Academia de Letrán y posteriormente en el Liceo Hidalgo. Clásicos y románticos trabajaron por dar un impulso a la lírica mexicana empleando preferentemente temas nacionales ya fueran del pasado precolombino o colonial, de tipos, de costumbres o de paisajes de México.

Francisco Ortega, Andrés Quintana Roo, Manuel Carpio, José Joaquín Pesado y Alejandro Arango y Escandón fueron algunos de los más distinguidos poetas neoclásicos. Ignacio Rodríguez Galván, Manuel Sánchez de Tagle, Fernando Calderón, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, los del romanticismo.

Para finales del siglo llegan a México las nuevas corrientes modernistas de Francia. Bajo esta influencia los poetas cambian su forma de escribir y surge la llamada generación post-romántica representada por Manuel Acuña, Rosas Moreno, Juan de Dios Peza, Manuel M. Flores y el popular romancero Guillermo Prieto. El modernismo alcanza su plenitud en México con Manuel Othón, Gutiérrez Nájera y Amado Nervo.

1.3.4 El teatro.

El teatro, al igual que los demás géneros literarios, al principio del siglo fue dañado por las luchas internas. Se representaban obras españolas de los siglos XVII y XVIII y traducciones del teatro francés e inglés. Algunos autores mexicanos escribieron, pero la mayoría de las obras carecieron de valor literario y no llegaron a publicarse.

Dentro de la corriente clásica destacó Manuel Eduardo de Gorostiza que siguió la línea de Moratín; en la corriente romántica, Fernando de Calderón trabajó los temas del romanticismo europeo; la Edad Media y los asuntos caballerescos.

Ignacio Rodríguez Galván también produjo teatro, pero sus obras fueron poco meritorias pues era mejor poeta que dramaturgo, sin embargo tuvo a su favor el haber sido el primero en llevar a la escena los asuntos nacionales.

En el período de la Restauración de la República se escribieron abundantes dramas y comedias cuyos temas eran de circunstancia, políticos y heróicos. Pero no aconteció como en la novela que llegó a su auge; el teatro no consiguió un exitoso florecimiento y pocas son las obras estimadas como valiosas. Entre los autores que representan esta etapa figuran José Rosas Moreno, Alfredo Chavero, José Peón Contreras, Vicente Riva Palacio y Juan Antonio Mateos.

1.3.5 La novela.

La novela en los primeros años de la Independencia tuvo una calidad literaria muy discutible y el número de producciones fue relativamente ligera. No había maestros; en realidad en México no hubo una tradición novelística colonial que nutriera a los escritores. Estaban desorientados y volvieron sus miradas hacia los modelos extranjeros, pero tenían conciencia de que el país los necesitaba y emprendieron el largo y difícil camino que los llevara a la creación de una literatura nacional.

El primer representante del género fue Joaquín Fernández de Lizardi, quien publicó El periquillo sarniento en 1816 con la intención de llamar la atención sobre los males del sistema. El autor conocía la realidad social de su medio como pocos, y lo transmitió en un relato saturado de la realidad de la población mexicana de su tiempo. Esta obra tiene un lugar predominante entre las novelas del siglo pues además de haber sido la primera en publicarse en Hispanoamérica, se adelanta a su época por ser una novela de protesta social y una novela escrita en el lenguaje del pueblo.

Pero la publicación de El periquillo sarniento y el logro de la libertad de prensa con la consecuente relajación de la censura, no tuvieron el efecto de abrir paso a la producción de novelas, la verdad es que no hubo respuesta inmediata de los novelistas. Aparece en 1826 Xicoténcatl, esta narración anónima habla sobre un guerrero indio que se opuso a Cortés. Sin embargo, el hecho de publicarse en Filadelfia trae la posibilidad de que el autor no fuera mexicano. Casi no existe otro ejemplo de novela completa en México hasta mediados de la década de 1840.

El fistol del diablo de Manuel Payno, publicada en dos volúmenes en 1845-1846, fue la primera novela importante después de

Lizardi. Inaugura la novela romántica del país y señala el principio de una creciente producción novelística constante.

"Alcanza la novela, en la segunda mitad del siglo XIX, esplendor y auge que nunca antes conociera. Deja de tener, como en el período anterior, el inevitable carácter de mero ensayo o tanteo. Inspírase en la observación y estudio del ambiente nacional, bien que no dejen de influir en ella las corrientes literarias extranjeras. Llega a asumir por primera vez, una forma artística y ofrece, dentro del romanticismo y realismo los más variados aspectos". (1)

El romanticismo se popularizó en México un poco tardíamente; la razón puede encontrarse en el caos y la confusión del período de independencia. Pero como si compensara su tardío principio, el romanticismo perduró en todas las áreas hasta casi fines del siglo. Sin embargo, aún en su apogeo, frecuentemente tuvo que compartir la supremacía con el costumbrismo. La descripción pintoresca de las costumbres, el influjo de los novelistas europeos y la permanencia de la tradición española se conjugaron en la temprana aparición de la novela costumbrista.

Mientras la segunda mitad del siglo pasaba, las primeras notas realistas se dejaron sentir en América aunque tienen su apogeo hasta 1880. Los escritores paulatinamente se fueron alejando de la exageración romántica y se acercan a una expresión más objetiva de la realidad. Pero como anteriormente dijimos, el romanticismo persistió a lo largo de todo el siglo y la división entre estas dos corrientes nunca estuvo bien trazada. Resulta difícil establecer una distinción radical, ya que muchas veces en las obras realistas el argumento procede directamente del romanticismo y hay ocasiones en que son semejantes las estructuras. Una diferencia importante es que el realista no idealiza a los personajes ni a los sentimientos que ellos tienen, mientras que en la novela romántica, el amor sublime da lugar a un desenlace trágico.

(1) González Peña, Carlos, Historia de la literatura mexicana, p. 215.

Es comprensible que los escritores no abandonaran todas sus características de un movimiento a otro porque, como explica el crítico J. Brushwood, el realismo no fue un cambio fundamental en la actitud de los hombres frente a la vida, sino una visión de la realidad ligeramente cambiada. No existe conflicto entre el romanticismo y el realismo. Es un cambio de línea, no de concepción. (1)

Desde el punto de vista artístico y literario, probablemente la figura más importante de esta etapa sea Ignacio Manuel Altamirano quien fue el principal animador de la renovación cultural paralela al positivismo científico, en el período delimitado por la muerte de Maximiliano y la caída de Díaz. Vale la pena también anotar que Altamirano fue el primer novelista que ejerció una visible influencia literaria en los otros escritores. Fundó la mejor revista de su tiempo El Renacimiento, encaminada a promover un nuevo tipo de literatura poseedora de un carácter propio y adecuada al momento histórico del país. Marca el final de una época, porque pretende lograr una reacción contra el romanticismo cuando recomienda frenar los excesos que se cometían en el modo individualista de pensar y de sentir.

Los rubros que tomó la novela dentro del romanticismo y realismo son los siguientes: algunos autores se inclinan por los asuntos históricos, otros recurren al relato sentimental con un estilo exaltado y melancólico y hubo quienes derivaron hacia el costumbrismo realista. Veamos algo sobre cada uno de ellos.

El nacionalismo, rasgo romántico muy intenso desde las luchas de independencia, llevó a los autores a buscar en el pasado y en las hazañas militares del país los temas que le permitieran hacer una literatura propia. Con esa intención inician el cultivo

(1) Brushwood, J.S. México en su novela, p.222

de la novela histórica, que además, fue un vehículo para la transmisión de sus ideas sociales; dar fuerza a la esperanza del renacimiento de la nación y promover un futuro liberal.

El cultivo de este género se intensifica después de la Restauración de la República ya que el triunfo obtenido lleva a los autores a intensificar su labor concientizadora a través de la novela.

Sobre las características de la novela de asuntos históricos se puede generalizar que las estructuras empleadas son similares a los modelos europeos de Scott, Dumás, y Sue, y que su contenido es la conjunción de la expresión de una ideología política, autenticidad histórica, exageración en la trama sentimental y atractivo para el lector.

Justo Sierra O'Reilly, Pascual Almazán, Vicente Riva Palacio, Irineo Paz, Juan Antonio Mateos y Enrique Olavarría y Ferrari son algunos de los autores que escribieron novela histórica.

El romanticismo además de proporcionar el camino para el cultivo del liberalismo, tuvo otra faceta; la exagerada respuesta emocional. Es posible que los primeros novelistas no advirtieran la relación existente con la realidad y se apartaron de ella para terminar en un relato lleno de sensiblería inverosímil. De este giro, aparece la novela sentimental que gustó al público y fue profusamente cultivada. Como es lógico su tema siempre es el amor, producto de una mezcla de pasión con candidez e inocencia; los personajes aman con vehemencia y el final es fatídico. El ambiente siempre es triste y los personajes lo reflejan en sus semblantes pálidos. En ocasiones son físicamente hermosos y de buenos sentimientos pero en otras, aparece el contraste que tanto gusta a los románticos y alguno de los enamorados carece de bondad o belleza física.

Los principales exponentes de esta línea son: Fernando Orozco y Berra, Florencio M. del Castillo y Juan Díaz Cobarrubias.

Otros autores escribieron sometidos a la influencia del costumbrismo cuyo interés por lo singular y particular la convierte en una expresión romántica. Se caracteriza porque pinta tipos, preocupaciones y tendencias de la sociedad, criticando en algunas ocasiones los vicios de ésta y poniendo en boca de los personajes el lenguaje y refranes populares. Ubica al personaje en su medio por lo que se desenvuelve fácilmente de acuerdo a sus hábitos y de conformidad a su carácter. No se apega a hechos de valor universal sino que se concreta al estudio del hombre circunscrito y dominado por su contexto.

La novela costumbrista fue iniciada por Fernández de Lizardi, la continuaron Manuel Payno, Luis G. Inclán y José Tomás de Cuellar.

Con el propósito de llegar a mayor número de lectores, algunos de los diarios del país adoptaron el sistema de "novela de folletín" o "novela por entregas". Esta línea produjo obras inmensas donde las aventuras se prolongan interminablemente. Toma del romanticismo las anécdotas amorosas y la figura del héroe, y de la novela histórica el atractivo de épocas lejanas. Obras como La hija del judío y El pistol del diablo de Manuel Payno, así como las novelas de Riva Palacio fueron publicadas bajo este sistema.

Mientras el siglo llegaba a su fin, el naturalismo gradualmente se infiltraba dentro del paisaje literario mexicano. El naturalismo de los maestros franceses nunca fue totalmente aceptado por los novelistas en México, quienes realmente parecen haber hecho tan sólo una distinción leve entre realismo y naturalismo. En tanto que varios escritores muestran ciertos rasgos naturalistas, Federico Gamboa es comunmente citado como el más leal de los seguidores de Zolá. La carrera literaria de Gamboa tiende un puente entre los siglos XIX y XX ya que cuando su última obra aparece en 1910, Mariano Azuela ya había publicado sus tres primeras novelas.

2. Producción literaria de

Vicente Riva Palacio.

2. Producción literaria de Vicente Riva Palacio .

El general Vicente Riva Palacio (1832-1896) fue un hombre de extraordinaria vitalidad; ocupó un lugar importante en las letras de su tiempo, además, su actividad dentro de la política nacional como teórico y como hombre de acción fue de enormes alcances. Poeta, cuento, drama, crítica, tuvieron en él un representante notable. Desde el periódico, el libro, la tribuna o la conversación no hizo sino trabajar en favor de una literatura que, nutrida con las realidades del país fuera creando una conciencia nacional que aceptara con conocimiento lo positivo e intentara superar lo negativo.

2.1 Producción teatral.

Durante el gobierno liberal de Juárez aparecen las primeras obras dramáticas de Riva Palacio ya que el presidente suprimió la censura de teatros, proporcionó subsidios y estimuló las creaciones de autores mexicanos. En este período (1861-1862) el general trabaja con Juan Antonio Mateos; juntos consiguen muchos éxitos en el "Iturbide", teatro donde habitualmente estrenaban sus dramas. Muy pronto esta pareja "Castor y Polux", -como firmaban sus trabajos-. se convirtió en la favorita de la Capital.

En enero de 1861 aparece Odio hereditario. En mayo Borrascas de un sobretodo, comedia de equivocaciones muy aplaudida por su fluida versificación. En agosto El incendio del portal. En septiembre La ley del ciento por uno y El abrazo de Acatempan o el primer día de la Bandera Nacional, obra ganadora de un concurso convocado por el gobierno pues su contenido era una llamada patriótica en momentos que se temía la invasión extranjera. En octubre Una tormenta y un iris así como Temporal y eterno.

En 1862 surge una comedia de costumbres, La política casera. Ese mismo año, debido a la Intervención Francesa, estrenan, El tirano doméstico en donde hacen burla de las pretensiones monárquicas de los invasores Nepomuceno y Saligny. Continuaron con El drama anónimo, Nadar y en la orilla ahogar y La catarata del Niágara. La hija del cantero, obra novedosa por llevar a escena los tipos populares. Después de esta obra la mancuerna Riva Palacio-Mateos se desintegra porque participaron activamente en la lucha contra la Intervención.

En 1871 sus producciones dramáticas fueron reunidas en el volumen titulado Las liras hermanas (1). En estas obras se encuentran dos elementos de importancia para la historia del teatro mexicano: el esfuerzo por presentar temas nacionales cuando el público estaba acostumbrado a presenciar obras situadas en Europa y, el uso de la comedia para satirizar a personajes políticos contemporáneos. (2)

2.2 Periodismo.

La prensa de la época fue por uno y otro bando política; a través del insulto y la diatriba alimentó los odios políticos. Sin embargo, hubo periodistas que a pesar del alto grado de exaltación al que habían llegado los ánimos, defendían con decoro las ideas de sus partidos. Tal es el caso de Vicente Riva Palacio, una de las personalidades periodísticas más atractivas del siglo XIX. Durante toda su carrera cultivó con dignidad y objetividad el periodismo satírico y combativo.

(1) Riva Palacio, Vicente y Mateos, Juan Antonio, Las liras hermanas, Imprenta Díaz de León y White, México, 1981.

(2) Luis Reyes de la Maza explica que esos sainetes de Riva Palacio y Mateos tuvieron importancia realmente primordial dentro de la historia de nuestro teatro, pues fueron los primeros intentos de un género que medio siglo después alcanzaría un auge de primera magnitud: la revista satírica política. El teatro en México durante el Segundo Imperio, p.59.

Desde la intervención, en 1871, fue redactor de La Orquesta, "Periódico omniscio de buen humor y con caricaturas". También colaboró en La Chinaca, "Periódico única y exclusivamente para el pueblo", fundado por Guillermo Prieto en 1862. Cuando el gobierno de Juárez se trasladó a San Luis Potosí publicó con Juan de Dios Arias y el mismo Prieto El Monarca, diario ilustrado por el caricaturista José María Villasana.

En Huetamo, Michoacán, organizó un periodiquillo satírico El Pito Real donde criticó duramente a Napoleón III y a Maximiliano. En este periódico aparece la conocida canción "Mamá Carlota" que fue difundida ampliamente y tomada como canto de guerra. Varios periódicos la publicaron y surgieron modificaciones, pero la versión original se debe a Riva Palacio quien la compuso al enterarse de la retirada de las tropas francesas en 1866.

Al triunfar la República colaboró en casi todos los periódicos de tendencia liberal, tales como La Vida en México, donde también participaron Manuel Altamirano y Justo Sierra, El Correo del Comercio, El Imparcial, El Radical, El Constitucional y otros más.

En 1872 aceptó la candidatura a la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, varios periódicos de la capital y de los estados como La Orquesta, El Filopolita y La Sombra de Guerrero lo apoyaron y reprodujeron su fotografía con su lema "Ni rencores por el pasado, ni temores por el porvenir". Pero a pesar del apoyo popular con el que contaba el general Riva Palacio en las elecciones de 1873, resultó electo José María Iglesias, amigo y colaborador del presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Al perder esta contienda se convirtió en un opositor de los gobiernos de Juárez y Lerdo de Tejada. Los combatió a través de sus escritos periódicos y para ello funda El Ahuizote (1874-1876) donde sus

artículos se caracterizaron, como siempre, por su aguda crítica y sátira humorística. En las páginas de esta publicación quedaron los orgullos de muchos políticos de la época, lo que en más de una ocasión le trajo problemas como el que nos narra Pedro Serrano:

..."Se presentaron en la redacción de El Ahuizote dos de esos valentones que generalmente hacen mala sombra a los destacados en la política. Fueron reclamando al autor de esa caricatura dedicada al protector de aquéllos. Los emisarios preguntaron por el artista y alguien señaló al General.

El pintamonos que hizo este retrato -dijeron-, tendrá que comerse el periódico o prepararse a morir. Y le arrojaron a la cara el número de la revista. Antes tó la agresión de igual forma diciéndoles: -Contad a vuestro amo cómo trata el general Riva Palacio a sus socios enviados...

A pocos días, aquellos dignos emisarios de un ridículo consejalillo, vaciaron sus pistolas en el interior de su carruaje que afortunadamente iba desocupado." (1)

En La Orquesta publicó hacia 1874 el relato Los cuentos de un loco, su contenido es la respuesta de Riva Palacio a las agresiones personales difundidas por un periódico lerdista y la defensa de México ante las opiniones desacreditadoras que circulaban en Europa. (2)

En el periódico La República escribe una serie de artículos firmados con el pseudónimo de "Cero". El contenido de éstos variaba poesía amorosa, leyendas en verso y retratos de personajes distinguidos en arte, política, literatura y periodismo. Los demás

(1) Serrano, Pedro, El General, p. 13.

(2) El periódico lerdista La Carabina de Ambrosio, por odio político acusaba a Riva Palacio de no haber sido patriota durante la intervención y el Imperio.

Por otra parte en Europa se acusaba al mexicano de rebelde a toda civilización, irredento por su estigma, -ser descendiente de indios y españoles-, de vivir en continua rebelión y en el cuartelazo.

periódicos de la capital felicitaban a La República por contar entre sus redactores a "Cero" y especulaban sobre el nombre del verdadero autor, el cual había permanecido en secreto. Algunos Ceros fueron escritos por Juan de Dios Peza, pero la incógnita de cuáles pertenecían a éste y cuáles a Riva Palacio quedó ante el público. (1) Una selección de ellos fue recopilada y publicada en 1882 bajo el título Los Ceros. Galería de contemporáneos. Por Cero. (2) La erudición que despliegan no pretendió ser alarde de sabiduría, sino que tuvo la intención de transmitir una enseñanza al público y rendir un homenaje a los personajes que retrata; nunca tocaron la vida privada ni la honra personal de nadie. Los Ceros representan la cumbre del trabajo crítico de Riva Palacio.

2.3 Trabajos históricos.

Riva Palacio también cultivó la historia. Sobre su calidad como historiador la crítica considera que lo fue en grado excelente. González Ramírez en su estudio sobre el General dice "aunque su espíritu narrativo no lo apartaba en la poesía o en la novela de esta afición, siempre tuvo la escrupulosa costumbre de no confundir la literatura con la historia, de respetar los diferentes fueros de cada disciplina, sin invadir con la literatura la historia". (3)

En el año de 1870 en colaboración de Juan Antonio Mateos, Manuel Payno y Rafael Martínez de la Torre, Riva Palacio publicó un libro de episodios históricos titulado El libro rojo (4) convencido de la

-
- (1) La doctora Díaz y de Ovando esclarece la autoría de los Ceros en su estudio La incógnita de algunos Ceros de Riva Palacio. Explica que sólo en los Ceros de los días 20, 27 de febrero y los del 6, 12, 20 y 27 de marzo, que son las leyendas en verso, puede haber colaboración escrita de Peza.
 - (2) Riva Palacio, Vicente, Los Ceros . Galería de contemporáneos. Por Cero. Imprenta Díaz de León y White, México, 1882.
 - (3) González Ramírez, Manuel, Vicente Riva Palacio, p. 21.
 - (4) Riva Palacio, Vicente, El libro rojo, Imprenta Díaz de León y White, México, 1870.

necesidad de divulgar el pasado de México. Esta obra contiene algunos de los momentos más dramáticos de nuestra historia así como biografías de personajes importantes. Riva Palacio escribió las de Xicoténcatl, Pedro de Alvarado, La familia Carbajal -cuyo proceso inquisitorial le sirve de inspiración para la creación de varios capítulos de Martín Garatuza-, Yanga, Antonio de Benavides, "El Tapado", Hidalgo, Mariano Matamoros, Iturbide, etc.

Más tarde en 1975 Riva Palacio inició la redacción de la Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada,(1) en donde trató de establecer las causas por las que ese gobierno pasó de la popularidad al desprestigio más completo. Sin embargo, sólo pudo escribir las primeras noventa páginas y un escritor anónimo terminó el plan iniciado, ya que Riva Palacio se adhirió al Plan de Tuxtepec.

Al triunfar el Plan de Tuxtepec, Porfirio Díaz sube al poder otorga a Riva Palacio el nombramiento de Ministro de Fomento, Colonización, Industria y Comercio. En este puesto publica las Memo-
rias, los Anales y el Boletín de dicha secretaría.

En 1881, el General fue comisionado por el presidente Manuel González para escribir la historia de las guerras que el pueblo mexicano sostuvo contra la Intervención. Como director de esta obra, Riva Palacio amplía el proyecto y lo convierte en una historia general que años después se tituló México a través de los siglos.(2) Esta obra abarcó el desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de nuestro país. Cubre desde la época prehispánica hasta el triunfo de la

(1) Riva Palacio, Vicente, Historia de la administración de don Sebastián Lerdo de Tejada, Imprenta y litografía del padre Cobos, México, 1875.

(2) _____, México a través de los siglos, Balleca y Cía, Sucs. México, 1884.

República y el regreso triunfante de Juárez a la Capital. Publica da en cinco volúmenes y realizada en colaboración de Alfredo Chavero, Julio Zárate y Enrique de Olavarría y Ferrari. (1) Parte de este trabajo lo realizó en la cárcel de Santiago Tlatelolco donde fue confinado por oponerse a uno de los proyectos políticos del presidente González en 1883. (2)

Este trabajo queda registrado como la primera obra monumental de la historia mexicana, resultado de la unidad que sólo se obtuvo por la amplia visión y detallada perspectiva de Vicente Riva Palacio. A decir del historiador Alvaro Matute "la gran historia oficial aparecerá con México a través de los siglos. Se trata de una obra que, dentro de un plan de evolución de México hacia un presente benéfico, está escrita por un grupo liberal que ganó en 1867, entre otras cosas el derecho a escribirla. Una historia inspirada en un Estado que fue creado por los autores de esa historia. No toda la historia ha sido escrita con la calidad de un Justo Sierra, de un Riva Palacio o un Vigil."(3)

-
- (1) Sobre las características de esta obra transcribo la opinión de Mariano Azuela: "Hace cerca de cincuenta años que conocí con verdadero deleite su panorama de la vida colonial de México que forma el tomo segundo de México a través de los siglos. En mi juventud la enseñanza de la historia consistía en atiborrar la memoria de los infelices alumnos con una sarta de nombres, fechas y sucesos, enlatado todo en forma mortalmente indigesta. Absolutamente distinta es la obra de Riva Palacio. Con visión de auténtico novelista da la imagen de aquella época intensamente vivida, llena de color y movimiento". Cien años de la novela mexicana, p, 612.
- (2) El 12 de diciembre de 1883 se publicó la ley relativa a la circulación del níquel. Riva Palacio pronunció un discurso oponiéndose a la acuñación de la moneda en ese metal. Pidieron que se quemaran las máquinas acuñadoras, lo que ocasionó una gran exaltación. El 21 de diciembre fueron llevados a prisión los generales Riva Palacio, Cosío Pontones, Aureliano Rivera y Tiburcio Montiel. Cf. Bravo Ugarte, Historia de México, p, 280.
- (3) Matute, Alvaro, México en el siglo XIX, p, 20.

2.4 Poesía.

Las producciones poéticas del General, al igual que sus trabajos en prosa fueron publicados en su mayoría en los periódicos y en las revistas literarias en las que colaboró. Algunas de ellas son La Revista de México, El Parnaso Mexicano, La Ilustración Española y Americana.

Durante su campaña política para la presidencia de la Suprema Corte de Justicia, empezó a mandar poesías y apólogos a El Imparcial, periódico dirigido por su amigo Francisco Sosa. Esta publicación requería de la figura de una dama para darle mayor atractivo y Riva Palacio tuvo la ocurrencia de hacerse pasar por la poetisa jalisciense Rosa Espino. Muy pronto esta autora alcanzó popularidad y ganó los elogios de la crítica. Rosa Espino formaba parte en 1873 de la redacción de El Eco de Ambos Mundos y de El Búcaro en 1875. Sus versos llamaron la atención por la delicadeza, corrección y ternura de que hacían gala. También fue celebrada por los miembros del Liceo Hidalgo quienes le extendieron un diploma como socia honoraria:

..."En un lugar preferente de su despacho de Madrid, Vicente Riva Palacio tenía un diploma de la socia honoraria Rosa Espino. Firmada por el Nigromante". (1)

Las producciones de Rosa Espino fueron reunidas en el libro Flores del alma. Francisco Sosa recopiló otras de las composiciones poéticas de nuestro autor en Páginas en verso en cuyo prólogo el mismo Sosa explica al público el secreto sobre la autenticidad de Rosa Espino. (2)

(1) Serrano Pedro, El General, p.170

(2) Tal vez al General se le ocurrió esta invención como una burla a la poesía romántica. Además le gustaba inquietar y despertar polémica entre los lectores.

Por otra parte el uso de seudónimos fue muy común entre los escritores del siglo pasado pero Riva Palacio fue muy criticado por su conversión en Rosa Espino.

La doctora Díaz y de Ovando considera que en la poesía de Vicente Riva Palacio puede advertirse el dominio de la técnica literaria y sus recursos. Considerados como dos de los mejores sonetos de la poesía mexicana están "El Escorial" y "Al viento". Sobresalen los apólogos firmados por Rosa Espino "El poeta y el ave", "El agua y la flor". Los romances que evocan la Intervención Francesa han sido justamente alabados, pues en ellos logra la cabal pintura de tipos nacionales como el chinaco. En su poesía siguió al maestro Altamirano. No le son ajenos la melancolía y el sentido amoroso comunes a la poesía de su tiempo. (1)

Como todos los escritores románticos sintió interés por las tradiciones nacionales y escribe en verso Tradiciones y leyendas mexicanas (1885) con la colaboración de Juan de Dios Peza. Estas tratan sobre asuntos del virreinato, historia de las calles, leyendas de aparecidos y costumbres populares.

2.5 Prosa narrativa.

Riva Palacio contribuye al auge literario que experimenta el país con la República Restaurada, produciendo seis novelas de 1868 a 1870 y una más en 1872.

Escribe su primera novela motivado con el triunfo de la República: Calvario y Tabor (1) donde el autor evoca sus experiencias de la Guerra de Intervención. En ella presenta las peripecias de una joven pareja de enamorados que viven envueltos en el torbellino de la Guerra de Michoacán. La descripción de los chinacos y tipos del pueblo, de los paisajes, de las comidas y las fiestas

(1) Cf. Díaz y de Ovando, Clementina, Vicente Riva Palacio, p. XLV.

como el lenguaje empleado hacen que el ambiente del siglo XIX esté muy bien logrado. En el fondo retrata el desquiciamiento de la familia en México, resultado de las prolongadas luchas internas y, sobre todo, de la pugna que sostenía la Iglesia y el Estado. (1) Manuel González Ramírez, al hablar sobre esta obra nos comenta "Pudo incluso el autor faltar a la modestia, jactándose de haber sido el pibote de la defensa nacional en Michoacán; pero ni siquiera se atrevió a poner su nombre entre los nombres del Ejército Republicano, siendo como fue uno de ellos." Más adelante comenta que "la realidad se halla enmarcada en esta obra de ficción sin pretender suplantarla, sin colocarla en planos que se prestaran a confundir la novela con la historia." (2)

En sus novelas posteriores, Riva Palacio centra su interés en los sucesos de la época colonial, es decir, el pasado histórico que abarca unos trescientos años que van desde la caída de la gran Tenochtitlan en 1521 a la Consumación de la Independencia en 1821. En este campo novelístico ya tenía predecesores; José Joaquín Pesado, Ignacio Rodríguez Galván y Mariano Meléndez Muñoz fueron los primeros cultivadores y, quien confirmó el género definitivamente fue Justo Sierra O' Reilly con la excelente novela La hija del judío (1848-1849).

Riva Palacio como historiador conocía a la perfección el período colonial, -recordemos que redactó "El Virreinato" en México a través de los siglos-, además tuvo en su poder gran parte de los archivos de la Inquisición de México, unos setenta volúmenes de donde obtuvo una gran riqueza documental para crear y recrear, personajes y costumbres coloniales. En 1868 publica Monja y casada, virgen y mártir así como Martín Garatuza. En 1869 Las dos emparedadas y Los piratas del Golfo. La vuelta de los muertos en

(1) Al decretarse la separación de las funciones entre el clero y el gobierno no se daban efectos civiles al matrimonio eclesiástico, en tanto que la Iglesia consideraba concubinato a la unión en matrimonio únicamente por la autoridad civil. Cf. Bravo Ugarte, Historia de México, p, 167.

(2) González Ramírez, Manuel, Vicente Riva Palacio, p, 32.

en 1870 y, en 1872 Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México. (1)

En estas novelas el autor reconstruye con hábil imaginación el ambiente de la Colonia. Algunos de los personajes y problemas que presenta son históricos. Veamos algunos ejemplos.

En Los piratas del Golfo refiere la vida y costumbres de los filibusteros y piratas ingleses, franceses y holandeses que establecidos en las Antillas se dedicaban a saquear a las colonias y flotas españolas; el famoso corsario Juan Morgan hace acto de presencia. La vuelta de los muertos se basa en la intriga que fraguaron Salazar y Chirinos para apoderarse del gobierno de la Capital mientras Hernán Cortés realizaba su expedición a las Hibueras. Memorias de un impostor está fundamentada en el proceso inquisitorial de Guillén Lombardo de Guzmán, irlandés que conspiró contra el virrey y fue quemado vivo en la Plaza Mayor de la Ciudad de México en 1659.

Riva Palacio sigue lo que podría llamarse vida histórica pero introduce elementos imaginativos trabajados admirablemente como: persecuciones, raptos, brujerías, venganzas, asesinatos, pleitos por herencias, secretos de familia, emparedamientos, etc. Esta mezcla de hechos históricos y elementos maravillosos produce intrigas extremadamente complicadas que requieren un gran número de episodios para que el desenlace pueda producirse. El autor no pierde el control de los personajes y de sus acciones en ningún momento.

A mediados de 1886, el presidente Díaz nombra a Riva Palacio Ministro Plenipotenciario de México en España. Su presencia le resultaba incómoda porque en el General había nacido la idea de ocupar la presidencia del país.

(1) Las novelas de Riva Palacio fueron publicadas por Manuel C. de Villegas y Cía. México.

Sobreponiéndose al dolor del destierro, realizó una labor prestigiosa en el extranjero. Fue miembro de la Academia de la Lengua y de Historia en el Ateneo de Madrid. Alternó con personalidades como Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón y Menéndez Pelayo. En 1893 ocupó la presidencia del Círculo de Bellas Artes donde dicta conferencias y pronuncia discursos. Colabora en periódicos y revistas. En Là España Moderna publica las tradiciones mexicanas y en La Ilustración Española y Americana da a conocer una serie de cuentos titulada Cuentos del General (1) Estos muestran el dominio de la técnica para contar, imaginación y facilidad para sugerir emoción. Algunos son originales, otros, están inspirados en literaturas extranjeras. La crítica señala la influencia de Allan Poe y de Guy de Maupassant, pero ello no le quita mérito al estilo tan peculiar del General, en especial en los cuentos humorísticos.

"Los Cuentos del General constituyen lo más depurado de la narrativa de Riva Palacio, por ello, es considerado como uno de los creadores del cuento corto mexicano y uno de los mejores cuentistas del siglo XIX. (2)

La edición completa de ellos fue preparada por el autor en Madrid en el año de 1896 pero ya no vio su publicación, lo mismo que la novela Un secreto que mata; Vicente Riva Palacio murió el 22 de noviembre de ese mismo año, dejando tras de sí una vida trascendente.

(1) Riva Palacio, Vicente, Cuentos del General, Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1896.

(2) Ortiz Monasterio, José, Cuentos del General , p, XXI.

3. La postura histórica de Vicente Riva Palacio.

3. La postura histórica de Vicente Riva Palacio.

Uno de los elementos fundamentales para la comprensión de la literatura es la atención a su historia o a la época en que se produce la obra literaria.

La literatura, al igual que todo testimonio humano -lo dice Alfonso Reyes- contiene noticias sobre los conocimientos, las nociones, los datos históricos de cada época, así como contiene los indicios más preciosos sobre nuestras "moradas interiores".(1)

Toda obra lleva implícita "una visión peculiar e intransferible del mundo, una atención especial para ciertos aspectos seleccionados".(2) Es decir, no es posible, desligar al autor de su tiempo aún cuando se den casos en que éste demuestre un criterio mucho más adelantado que el vigente, inevitablemente expresa su experiencia y concepto de la vida.

Es así que Vicente Riva Palacio, como todos los novelistas, transmite en sus obras su determinada concepción de la existencia y una manera de ser en el mundo de acuerdo con su momento histórico. Pero sería contrario a la verdad decir que expresa exhaustivamente la totalidad de la vida, o incluso toda la vida de una época dada; nuestro autor, al recrear el mundo colonial de México, por más objetivo que pretenda ser, elige sólo los aspectos que considera pertinentes conforme a sus intereses y eso refleja, de alguna manera, su peculiar visión de dicha sociedad.

(1) Reyes, Alfonso, El deslinde, p, 73.

(2) Martínez, José Luis, Problemas literarios, p, 30.

Atendiendo al criterio anterior, el objeto del presente trabajo es describir "esa visión peculiar e intransferible" que adopta uno de los novelistas más representativos del siglo XIX, frente a una época pretérita del país y ante su propio contexto histórico.

Las obras seleccionadas son las dos primeras novelas que Riva Palacio escribió sobre asuntos de la Colonia: Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza. Primeramente pongo atención a las características narrativas: la distribución de los capítulos, el equilibrio entre las escenas, las descripciones, los diálogos, el punto de vista, el tiempo. Continúo con la presentación del espacio o ambiente físico donde la Ciudad de México tiene un papel relevante; la describe con detenimiento y toda clase de detalles que nos informan desde cómo fue su fundación hasta el aspecto que tenía en el siglo XVII.

Después expongo el tema referente a los aspectos románticos de las novelas. Entre otros, vemos que no falta el asunto sentimental ni los personajes melancólicos de pálidos semblantes; el bien triunfa y los malos reciben ejemplar castigo. Así mismo, observamos que la forma empleada en la expresión de los sentimientos humanos y en el ideal de belleza tanto física como moral, responde a los prototipos de la novela romántica.

Continúo con un análisis de los motivos que llevaron al autor a escribir novelas históricas así como la finalidad de éstas. La idea de que la literatura además brindar un rato de esparcimiento debía coadyuvar a la integración cultural del país, brotó como consecuencia lógica de la participación del autor en la lucha por la independencia política. Riva Palacio atribuyó a la novela una importante función social, como órgano a propósito

para la difusión de las nuevas ideas y el adecuado para dar al público numeroso el conocimiento de la historia, que es la base de la conciencia nacional. Es por ello que sus obras soslayan los problemas que más le preocupaban como la liquidación de los restos del pasado colonial; la tolerancia de cultos, las reivindicaciones sociales, en suma, el cambio del orden político, social y económico de México.

Posteriormente nuestro que Riva Palacio es un novelista que respeta la fidelidad histórica. Usa como telón de fondo de sus ficciones los hechos reales y sobre ellos construye otro mundo que hace posible la idealización amorosa, la utopía social, la lección moralizadora.

Por último, atiendo a la información que las novelas contienen de la sociedad novohispana. El autor se vale de una gran cantidad de personajes irreales e históricos para ilustrar los diferentes estratos sociales, costumbres, aspiraciones, temores de los habitantes coloniales. No deja sin alusión los muebles, los tapices, el cristal, todo lo que forma parte del mobiliario de una casa rica y lo que pertenece a una casa pobre. Incluye las modas, los adornos, los vestidos, ya del diario, de calle o de fiesta, en fin aquellos objetos que delatan los gustos y el nivel económico de sus poseedores.

3.1 Características narrativas.

El valor literario de la obras de Riva Palacio estriba, en gran medida, en la extraordinaria habilidad narrativa que se impone y predomina en los relatos. Con gran maestría integra al ambiente general histórico los sucesos ficticios. No sólo se limita a registrar datos sino que sabe recrear con acierto la época que describe.

El autor pasa con facilidad de una acción a otra, y hace desfilar en sus páginas una serie de personajes representativos y variados, que enriquecen y dan realidad y vida a la historia. Además hace que éstos corran de aquí para allá y hablen de una manera convincente ya que actúan de acuerdo con el mundo al que pertenecen.

Las historias están narradas con la técnica de la novela de folletín cuyos ingredientes principales son: La sostenida intensidad dramática; lo esquemático de sus personajes -héroes, villanos, amante fiel, inocente perseguida-; el irrefrenable tono melodramático; los atisbos costumbristas; las sorprendentes coincidencias y las revelaciones terribles. Se desarrollan en bien calculados episodios dramáticos, que enredan y complican la trama con diversas aventuras llenas de suspenso que cuentan secuestros, asesinatos, tragedias familiares, amores adúlteros. El autor saca el mejor partido de éstas; posee un sentido exacto del movimiento y hábilmente termina cada una en un punto estratégico. Por ello, desde el principio crea en el lector no sólo el interés por la aventura sino que le despierta el deseo de leer lo que sigue a continuación.

En palabras de Carlos González Peña, la técnica empleada por Riva Palacio corresponde a la de los folletinistas; es la siguiente:

"Persigue antes que nada despertar curiosidad, suspender el ánimo del lector ante la eterna interrogativa de "qué sucederá. Procura eso sí mantenerse al margen de la verdad histórica y al margen de ella va tejiendo la ficción incansablemente." (1)

Las novelas Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza son similares en cuanto a su construcción, forma narrativa, características de los personajes, ambiente, costumbres. Éstas se complementan, contienen personajes y situaciones que las vinculan, pero cada una tiene su desarrollo independiente.

La trama de Monja y casada se basa en el pleito que emprende Alonso de Rivera para impedir la construcción del convento de Santa Teresa en ciertas propiedades que para ello habían sido legadas. Por otra parte su amigo Pedro de Mejía obliga a su propia hermana a tomar los hábitos y así quedarse con su parte de herencia. Estos dos asuntos se enlazan con el conflicto que resulta de la enemistad del virrey Diego Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, con el arzobispo de México, don Juan Pérez de la Cerna quien, deseoso de afirmar su poder y riqueza, no duda en organizar el tumulto de 1624 en contra del virrey, logrando que éste se asile en el convento de San Francisco.

(1) González, Peña Carlos, Historia de la literatura mexicana, p, 215.

En Martín Garatuza la ficción gira alrededor de la familia Carbajal, la cual fue acusada de judaizante y condenada a morir quemada en la hoguera en el primer auto de fe celebrado en la Ciudad de México. Doña Juana de Carbajal, descendiente de esa familia, ayuda y fomenta en los criollos las pretensiones de gobernar su propio país, independizándolo del yugo español.

La fórmula que emplea el autor en la redacción de las obras es la siguiente: Nos da el tiempo, la descripción del ambiente y un personaje que realiza una actividad. El lector siente interés por lo que éste hará después pues hay algo de misterioso en su conducta:

"Por la plaza principal de México atravesaba, triste y pensativo, un joven como de veinticinco años, elegante mente vestido, embozado en una capa corta de terciopelo negro. Cruzó el puente que está enfrente de las casas del cabildo y se dirigió a la calle de las Canoas. Comenzaba el mes de noviembre de 1624. La tarde estaba fría y nublada y un viento húmedo y penetrante soplabá del rumbo Norte.

El joven procuraba cubrirse el rostro con el embozo de la capa más bien como por precaución contra el frío que por temor o deseo de no ser reconocido.

Así caminó largo tiempo hasta que se detuvo frente a una gran casa de tristísima apariencia." (607) (*)

Posteriormente introduce nuevos personajes; los desliza con toda naturalidad y les da un aire prometedor. El joven se llama Leonel quien al llegar a la casa se encuentra con don Luis, el portero. Espera que la dueña lo anuncie y se presenta Esperanza, la heroína de la novela, tras ésta aparece doña Juana de Carbajal.

(*) El número que aparece al final de las citas textuales de las novelas estudiadas indica la página de donde fueron copiadas. Corresponde a la colección La novela del México colonial, Ed. Aguilar, tomo II.

"Un anciano, vestido de negro y con un gorro de lienzo blanco, recibió al joven.

-¿Sois, por ventura tío Luis?

-Luis Herrera, Pero vos ¿Quién sois?

-¿No me reconocéis?

-¿No, al menos... !ah! !Don Leonel! El primo de la señorita.

-El mismo, viejo, el mismo. Dame un abrazo...

- Señorito, ¡Cuánto gusto va a tener la señorita al veros!

-¿No se ha casado...?

-¡No; Dios nos libre! ¡Qué gusto tendrá! Voy a avisarla

-No, cierra; yo subiré...

Leonel se desprendió del viejo y comenzó a subir la escalera. Atravesó por algunos corredores y llegó al fin a una puerta donde llamó. Apareció entonces una vieja dueña.

-¿Qué mandáis?

-¿Quiere usarcé anunciar a doña Esperanza que su primo Leonel de Salazar desea hablarla?

Leonel penetró en un salón que para él era bien conocido, porque pasando por todas partes miradas tristes exclamó en voz alta:

-Lo mismo, lo mismo; pero el tiempo a pasado por aquí su mano de bronce.

-Decid más bien de la desgracia -contestó una voz dulcísima.

-¡Doña Esperanza! -exclamó Leonel estrechando entre sus brazos a la dama que había pronunciado esas palabras." (607)

El autor introduce sus comentarios personales a lo largo de todo el relato. Estos explican cómo son y a qué se deben las actitudes de los personajes. También indican la utilidad o el estado físico de los objetos que rodean a los actores.

"El anciano se arrojó a los brazos del joven llorando con esa ternura infantil que sólo se encuentra en el hombre por segunda vez al final de la vida." (607)

"Todo revelaba en aquella casa abandono y tristeza; ni rumor de criados, ni de caballos, ni flores, ni plantas, ni pájaros; las arañas formaban sus telas por todos los rincones y el viento entraba gimiendo al través de las rotas puertas de las habitaciones." (608)

La dimensión de los elementos de la fórmula empleada por Riva Palacio está en relación directa con la importancia del capítulo o escena; cuando inicia las aventuras principales, las explicaciones son más largas, pues el lector necesita mayor información para imaginar la situación. Pero si se trata de acontecimientos secundarios que se desprenden de una aventura principal, las explicaciones son breves. En un párrafo ubica, presenta actores, indica lo que hacen y comenta su actitud:

"En una de las cámaras del Palacio de los virreyes, el marqués de Cerralvo y el visitador conversaban secretamente con don Baltazar de Salmerón... Los ojos de Salmerón brillaron de alegría; aquella noticia venía a ponerle en un buen lugar delante del virrey y del visitador." (740)

La capacidad para introducir al lector en el relato se advierte desde las primeras notas. Siempre parte de un ambiente donde prevalece el misterio; reuniones secretas, hombres embozados que planean algo, peligros que amenazan a personas que aún no conocemos. Veamos como inician las novelas.

En Monja y casada después de dar la ubicación espacial y temporal dice "De repente en el silencio de la noche, se oyó el ruido de un gran cerrojo y poco después la puerta principal del Palacio del obispo se abrió dando paso a una extraña comitiva." (356) Era una especie de procesión fantástica de sombras negras precedidas de un hombre embozado en una larga capa. Le seguían un cleriguillo y cuatro hombres que cargaban voluminosos envoltorios. De los balcones salió una voz que les recomendó tuviesen mucho cuidado y sobre todo mucho sigilo.

En Martín Garatuza aparece un extraño y misterioso joven, embozado también, que se dirigía a una descuidada casa. Ahí lo recibe Esperanza quien al verlo experimenta una sensación de alegría y angustia. Momentos después aparece la madre de ella y le pide que por el bien de todos no vuelva a ver a ese joven, pues llevan una maldición en su sangre.

Después de esas introducciones, el lector se preguntará lo que planea realizar esa extraña comitiva que sale del arzobispado a media noche y, cuál será la maldición que obliga a la joven a olvidar a su primo. Estas interrogantes que surgen en el lector, lo comprometen en cierta forma con el resto de la aventura, pues deberá continuar leyendo para conocer los secretos que se esconden tras esa primera escena.

Para que el público no se desilusione después de las primeras páginas, ya sea porque el misterio se resolvió rápidamente, o, al contrario, porque la respuesta tarda demasiado, el autor va introduciendo aventuras de diversa índole; amorosas, fantásticas, históricas, etc. Estas aventuras siempre tienen relación con la línea principal del relato ya que el autor no pierde de vista el punto de partida de la narración aunque en ocasiones se aleja de él.

Encadena lógicamente las acciones de los protagonistas con las acciones de los otros personajes empleando como principal recurso la casualidad. En Monja y casada todas las aventuras están ligadas a Teodoro, Pedro de Mejía, Alonso de Rivera y Martín Villavicencio (Garatuza) y en Martín Garatuza al propio Martín, Teodoro y César de Villaclara. La red de relaciones que se establece entre esos personajes durante las dos novelas, requiere de la ayuda de una gran cantidad de personajes secundarios e incidentales para la realización de los objetivos iniciales. Es decir, en las novelas, la actuación de cualquier personaje por insignificante que parezca, afecta al desarrollo de la trama. Riva Palacio controla las acciones y sabe unir las en algún momento de la narración.

A pesar de la gran extensión de las novelas, el relato absorbe al lector fácilmente pues contiene mucha acción, abunda el diálogo y los personajes cambian de escenario constante

mente. Los capítulos se suceden unos a otros rápidamente pues son muy breves. Los dosifica combinando los de mayor tensión dramática con otros más ligeros. Por ejemplo, Martín asesina a su amigo Fernando Quezada sin saber a quien había atacado y al verlo muerto huye de la escena. En el capítulo que le sigue, el autor cambia de tema, introduce la relación de cómo se hicieron las ceremonias para la fundación del convento de Santa Teresa.

Suele preparar escenas donde contrastan las acciones de los personajes en momentos de ascenso y felicidad frente a otros, en pleno descenso o desdicha. En una parte de Monja y casada, doña Blanca de Mejía llega a una casita miserable a pedir socorro y al mismo tiempo, en una situación completamente opuesta, aparece su hermano Pedro en el Palacio del virrey:

"Sor Blanca siguió al niño y llegaron a una accesoria pobre. Una mujer muy vieja y con aire de limosnera barría el interior.

-Ésta es -dijo el muchacho.

-¿Qué os ofrece? -preguntó la mujer a sor Blanca.

-Que me amparéis, que me déis asilo en vuestra casa, un rincón...

-Soy muy pobre -contestó la vieja.

-Más pobre soy yo, que no tengo ni donde guarecerme del sol ni de la noche.

-Pero...

-Por Dios no me arrojéis; os lo pido por vuestra salvación." (492)

En cambio, Pedro de Mejía aparece "en una de las estancias del Palacio virreinal, ricamente amueblada, acompañando al marqués de Gelves que hacía su despacho con su secretario" (492) Está en uno de sus mejores momentos pues además de ser inmensamente rico, cuenta con la simpatía del virrey.

3.1.1 Punto de vista.

Riva Palacio para referirnos su historia adopta el punto de vista comunmente empleado por los escritores del siglo XIX; escribe en tercera persona y con una visión panorámica él mismo nos cuenta una historia que conoce a la perfección; las circunstancias históricas, el ambiente familiar, el pasado, el pensamiento y la personalidad de los actores. Este conocimiento total de su material le permite generalizar, sacar moralejas o emitir juicios.

Aunque el narrador no escribe en primera persona, usa el comentario y la reflexión para transmitir sus pensamientos. Como ejemplo veamos las siguientes:

"Nadie es débil ni pequeño cuando se tiene el corazón y la resolución firmes." (486)

"La adulación es el veneno más activo y el que toman todos los hombres más fácilmente, por prevenidos que se encuentren; como el perfume del incienso, una vez desprendido nadie puede dejar de aspirarlo, penetra con el viento que da la vida, se hace sentir sólo cuando ya no puede rechazarse." (628)

El escritor, como narrador omnisciente, puede penetrar a todos los sitios de acción y mostrar al lector lo que realizan los personajes. En una escena de Monja y casada, Teodoro trata de averiguar lo que Pedro de Mejía planea con Alonso de Rivera, pero no puede entrar a la casa. El autor comenta con el lector: "Nosotros más felices que Teodoro vamos a ver lo que pasaba en el interior de la casa." (417) Y en otra escena, también con Teodoro: "Aunque la noche era oscura y lluviosa nosotros no necesitamos luz para ver lo que ocurría dentro del edificio." (356)

Cuando el autor se aleja del foco central de la historia debido a las descripciones complementarias o a los juicios personales, en el momento más apropiado, establece un diálogo con el lector y lo involucra nuevamente en la línea principal de la aventura. Emplea este tipo de recursos: "Ustedes pensarán que nos hemos olvidado de lo que ocurrió a nuestro antiguo conocido, volvamos a la escena de los acontecimientos que es lo que nos debe ocupar." (596) "No hemos cuidado de describir a doña Blanca y es fuerza que la conozcan." (369) "Como nuestros lectores estarán impacientes por saber lo que había acontecido a Luisa... vamos a volverlos a llevar a la Inquisición." (573)

3.1.2 Tiempo.

El relato es llevado en pretérito con estilo indirecto. "Al llegar a la puerta, un hombre que venía a pie se dirigió a él cortesmente y con el sombrero en la mano. El joven detuvo su caballo"... Y emplea el presente para desarrollar las acciones y los diálogos de los actores:

- "-¿Sois por ventura don César de Villaclara?
- El mismo, -contestó el joven.
- Entonces quisiera decirlo algo en secreto.
- ¿A dónde iremos para que me habléis?
- Aquí, no es asunto largo." (418)

En cuanto los personajes terminan sus diálogos, el autor entrevera escenas con noticia suscita de lo que va ocurriendo:

"Don César se inclinó sobre el arzón hasta estar cerca del hombre que le hablaba...Seguiremos a este hombre que no es ni más ni menos que el Ahuizote, hasta la casa de don Manuel de Sosa donde Luisa leía y don Manuel dormía profundamente." (419)

La estructura temporal que emplea en las novelas es sencilla. Los acontecimientos se desarrollan en orden cronológico; la aventura comienza en un año determinado, Monja y casada en 1615 y Martín Garatuza en 1624. Los sucesos evolucionan, los personajes se desenvuelven, cambian y llegan a su madurez o muerte de acuerdo con el número de años que abarca la aventura.

No lleva un registro estricto del tiempo poniendo fecha a cada acontecimiento, lo calcula a través de sucesos importantes. Emplea frases del siguiente tipo para indicar cómo va transcurriendo la vida dentro de las novelas: "El plazo de dos años se había cumplido". "Don César había sido desterrado por siete años y ya había vuelto". "Han pasado cinco meses desde aquellos acontecimientos". De esta manera evita la acumulación de fechas en las aventuras. Cabe anotar que cuando el autor alude hechos históricos reales, sí pone atención en precisar la fecha exacta de su realización.

Como las novelas abarcan un largo período de la vida de los personajes, el autor no puede escribir todo lo que les ocurre, por ello, da saltos en el tiempo. En Monja y casada transcurren siete años entre el segundo y tercer libro; lo ocurrido en ese lapso es presentado en un breve capítulo: "De lo que había acontecido desde el día en que dejamos esta historia hasta que volvemos a tomarla." (473)

Para informarnos de los acontecimientos que tuvieron lugar antes de que iniciara la novela, emplea retrospectivas al pasado. Estas son narradas por un personaje que cuenta sus recuerdos o por medio de algún documento que contiene datos del pasado de una persona o familia, como las memorias de doña Juana de Carbaljal que casualmente fueron a parar en manos de Garatuza y éste, por curiosidad las lee. También usa las retrospectivas para caracterizar a los personajes ya que en el pasado de ellos se

encuentran las razones de su actual conducta. Por ejemplo, el negro Teodoro es libre y muy rico pero sigue sirviendo como esclavo a doña Beatriz de Rivera. El mismo Teodoro al contar la historia de su vida nos hace saber que esa señora le salvó la vida en dos ocasiones y por ello nunca la abandonará.

El autor no emplea anticipaciones en el tiempo. Deja que los acontecimientos del relato se sucedan uno tras otro. El lector no sabe cómo se resolverán las aventuras, debe esperar del narrador la cantidad de información que éste juzgue conveniente para conocer en qué para un determinado suceso.

3.1.3 Espacio.

La descripción del espacio en las novelas históricas resulta ser de mucha importancia puesto que el autor pretende hacer una reconstrucción del pasado, debe atender al aspecto físico de los hechos. Una buena reconstrucción espacial asegura verosimilitud a las novelas. Sobre la importancia del espacio, el autor R. Bourneuf dice que una representación sin dificultades para el lector permite suponer del novelista una elaboración minuciosa de la obra, una escrupulosa atención a las formas sensibles, una preocupación por la lógica o "un sentido del espacio" que le hacen comparable al pintor. (1)

Riva Palacio, como todos los autores del siglo pasado proporciona al lector todas las informaciones útiles o interesantes sobre el lugar principal donde se desarrolla la acción, libre siempre de introducir otras descripciones cada que ésta se desplaza.

(1) Bourneuf, La novela, p, 117.

El autor guía de la mano al lector a lo largo de los caminos que trazó previamente, inventariando minuciosamente desde el exterior hasta lo más recóndito. Descubrimos la casa de doña Beatriz de Rivera que se ubicaba en la calle de la Celada y, siguiendo al narrador que penetra en ella vemos que los personajes;

..."atravesaron un gran patio desierto, subieron una pequeña y angosta escalera, al final de la cual había un estrecho corredor...Pasaron algunas habitaciones desiertas también y el negro llamó a una puerta entornada...La estancia en la que había penetrado estaba escasamente iluminada por dos bujías de cera, colocadas en candeleros de plata sobre una grande y pesada mesa de madera pintada de negro con grandes relieves y adornos dorados; en el alrededor de la estancia había enormes sillas semejantes en su adorno y construcción a la mesa, con asientos y respaldos forrados de rico damasco, color de naranja, y sobre una de las puertas se advertía un baldoquín del mismo color con una pequeña imagen de Santa Teresa." (360)

Con descripciones como la anterior se trasluce la capacidad del autor para dar vida a un mundo concreto de objetos. Establece relaciones entre las diversas partes del objeto que describe, señala las semejanzas, determina las proporciones y apunta los contrastes.

Por medio de la observación del medio físico, el escritor hace deducciones de lo que probablemente existió; "Debió haber un gran vecindario según el número de puertas, ventanas y escaleras que se descubrían por todas partes." (356) "las ventanas indicaban por su poco aseo y por la multitud de telas de araña que las cubrían, que por mucho tiempo nadie se había asomado por allí." (607)

Un elemento importante que aparece en la composición de varios escenarios, es la obscuridad en la que transcurren las acciones. Los sucesos fundamentales en el desarrollo de la intriga se llevan a cabo durante la noche o en recintos poco iluminados donde difícilmente penetra la luz solar. La novela Monja y casada abre cuando "Era la media noche del día tres de julio, una menuda lluvia se desprendía sobre la ciudad y producía un rumor tenue y acompasado, no se veía en todas las calles ni una luz, las puertas y las ventanas estaban bien cerradas". (355) Así, los preparativos para la posesión de los terrenos que debía ocupar el convento se realizaron al terminar el día: "De repente en el silencio de la noche se oyó el ruido de un gran cerrojo y poco después la puerta principal del Palacio del arzobispo se abrió dando paso a una extraña comitiva... todos se pusieron en camino llevando siempre de guía un farol." (356) Las visitas de los personajes a la casa de la Sarmiento se realizaban en la noche para no ser reconocidos por los vecinos: "En esa noche la Sarmiento oyó llamar a la puerta y don Pedro se presentó en ella." (435) Martín Garatuza da muerte al oidor Quezada confundiéndolo en la obscuridad de la noche con otra persona; "Eran las once y el oidor salió de su casa... La noche estaba oscura y pavorosa." (445)

Los sucesos ocurridos dentro de la Inquisición se desarrollan en ambientes de poca luz debido a la escasez de ventanas; en todas sus descripciones aparecen mecheros y faroles que permiten el movimiento de los actores. "El escribano se caló unas enormes gafas, sacó unos autos y comenzó a leer la sentencia a la luz de un farolillo que acercó uno de los testigos." (556) "Por un corredor sombrío y angosto fue conducida sor Blanca por seis carceleros hasta llegar a un aposento grande y cuadrado, que tenía de la bóveda suspendidos algunos mecheros que derramaban su rojiza e incierta claridad sobre las negras paredes." (536)

La obscuridad predominante, algunas veces, favorece la realización de los planes y otras las dificulta..."comenzaron a caminar lo más aprisa que les permitía la obscuridad de la noche" (359). Guzmán se roba a doña Blanca y Teodoro no puede alcanzarlos por la obscuridad del camino..."entre la densa obscuridad, que todo lo invadía, cruzaban los rayos atronando los bosques y las cañadas." (593)

En general todas las acciones secretas, al margen de la ley o peligrosas son llevadas a cabo en la noche. En los textos abundan indicaciones del siguiente tipo: "Era una noche oscura". "El silencio de la noche era pavoroso". "Afortunadamente ya es de noche". "La noche había empezado a tender sus mantos en las calles de México". "Era la noche de la justicia". "Había anochecido y los transeúntes se encontraban en la calle sin reconocerse a causa de la obscuridad".

La razón por la que el autor emplea escenarios oscuros, obedece al deseo de provocar un ambiente de misterio en las novelas.

Los paisajes naturales son raramente evocados pues no están relacionados con la vida de los personajes. Las acciones se realizan en la ciudad y cuando en alguna ocasión salen de ella, el autor sólo los describe como marco, sin profundizar en sus observaciones. Se limita a dar las indicaciones geográficas que ubican al lector en el lugar. Esto se puede apreciar en el siguiente fragmento que habla del sitio donde murió doña Blanca de Mejía:

"La casa de Guzmán era un lugar escarpado en lo más alto de una montaña, rodeado de barrancas profundísimas; no podía llegarse a él sino por una penosa y angosta vereda. Detrás de la casa seguía el bosque...El barranco que cruzaba a la derecha de la casa tenía una profundidad espantosa y nadie se atrevía a acercarse a la orilla, porque aquellas rocas, aquel torrente que azotaba entre las peñas del fondo, aquellas espumas de las que casi nunca herían los rayos del sol, causaban vértigo, aquel abismo atraía." (597)

La Ciudad de México.

Riva Palacio, al describir el espacio, hace énfasis en la presentación de la Ciudad de México. En las novelas hay noticias interesantes y valiosas sobre la urbanización de aquella importante ciudad novohispana. El estado general de la Capital durante la primera mitad del siglo XVII era la siguiente:

..."México no era ni la sombra de lo que había sido en tiempos de Moctezuma, las calles estaban desiertas y muchas de ellas convertidas en canales, los edificios eran pocos y pobres y apenas comenzaban a proyectarse esos inmensos conventos de frailes y monjas...Se vivía antes muy diferente a como hoy se vive...Los perros vagabundos se apoderaban de las calles desde la oración de la noche y atacaban a los transeúntes...Los truhanes y los ladrones tenían carta franca para pasear por la ciudad; la policía de seguridad estaba sólo en las armas de los vecinos." (355)

Más adelante hace notar el mal estado de las calles que, de alguna manera, condiciona la actuación de los personajes:

"Quezada y Martín comenzaron a caminar lo más aprisa que les permitía la obscuridad de la noche y el pésimo estado de las calles, llenas de lodo, de charcos, de agua, de cerros que se formaban en las esquinas con la basura que arrojaban allí los vecinos de las casas cercanas." (358)

Casi toda la ciudad estaba construida sobre agua; acequias y canales fragmentaban la Capital. El oidor y Martín tuvieron que atravesar la acequia "que pasaba por frente las casas del Ayuntamiento y que corría por las calles que ahora se llaman del Coliseo hasta la gran acequia que circundaba la ciudad." (359) para llegar a la casa de Beatriz de Rivera.

Esa gran acequia era la Traza, que enmarcaba a la ciudad en un gran cuadro; en las novelas es un punto de referencia muy importante y es mencionada en varias aventuras; Teodoro salva a Andrea y a su pequeño hijo de morir ahogados en ella. Don César de

Villaclara, María y Servia logran escapar de las cárceles del Santo Oficio a través de una atarjea que iba a dar a esa misma acequia: "atravesaron la acequia y salieron del otro lado y... lograron salir hasta afuera de la Traza cerca de un gran edificio que tenía aspecto de una casa de campo." (571) La Traza tenía varios puentes como el de la calle del Espíritu Santo: "Por la margen derecha de la acequia siguieron hasta llegar a un puente que existía en la calle del Espíritu Santo y allí franquearon el obstáculo." (359)

Al ubicar las casas de los personajes, el autor indica si están en el centro o pasando la Traza; "Por la calle de Ixtapalapa y fuera ya de la Traza, en los suburbios de la ciudad, había una pequeña y aislada casa" (508) Esto lo hace porque en el centro sólo vivía gente de importancia social y lo explica en el siguiente fragmento: "Los españoles ocuparon el centro de la ciudad y la línea que marcaba esta parte privilegiada, que era un cuadro separado de lo demás por una acequia, fue lo que se llamó la Traza." (373)

Además de explicar la ubicación de calles, casas y canales, el autor cuenta la historia de ellos.

"La calle de la Celada es la que ahora se llama de Zuleta y debió el nombre de Celada a un ardid de guerra que, durante el sitio de la ciudad de México por Hernán Cortés, hizo caer en manos de los vasallos de Guatimotzin a seis españoles en esa misma calle que era un ancho canal en los días de la conquista." (359)

Entre los sitios más mencionados por el autor y que son puntos de referencia para explicar los desplazamientos de los personajes aparecen la Alameda y el tianguis de San Hipólito.

"Por el lugar por donde ahora existe el paseo de la Alameda hubo en aquellos tiempos una especie de mercado miserable y sólo frecuentado por los indios, en un terreno invadido continuamente por las aguas de la laguna. Se llamaba primero el tianguis de Juan de Velázquez y luego de San Hipólito y éste estaba ya afuera de la Traza. Una parte de este terreno fue convertida en paseo, se sembró de álamos y se cercó." (373)

El lado poniente de la Traza, en las cercanías de la Alameda fue la parte más poblada, tanto de gente pobre como de mediana calidad. Varios personajes habitan o transitan por esa zona. La casa de la bruja Sarmiento estaba en ese lugar; don José de Albalabide vivía cerca de la Traza pero fuera de ella por el rumbo de San Hipólito, donde desde el principio comenzaron a fundarse algunas casas de campo, en terrenos cedidos por las autoridades; el negro Teodoro compró una casa en San Hipólito al morir su ama. Gente tan importante como el virrey recorría esos lugares; "El virrey de Gelves en una de sus rondas nocturnas alcanzó a ver por la calle de San Hipólito a unos hombres que salían furtivamente de una casa"...(496)

El templo de Jesús María es otro de los sitios más frecuentados en las novelas. En su iglesia profesó doña Beatriz de Rivera. Ahí mismo Luisa se entera que César y Blanca se aman.: "Don César llegó al templo de Jesús María antes de las diez y se acercó a la entrada, seguro de que todas las damas llegarían ahí...En efecto a los pocos minutos llegó doña Blanca." (425)

En sus puertas se citan varios de los personajes para luego, desde ahí, dirigirse a otros sitios... "esta noche a las ocho en las puertas del templo de Jesús María"... (646)

De su convento, describe la celda de sor Blanca y un poco de su interior cuando narra la fuga de ésta. Su locutorio, el lugar recibir a las visitas tenía estas características:

"Los locutorios de los conventos son, y han sido siempre, iguales: una sala, más o menos grande, pitada de blanco; bancas alrededor, el piso de madera, todo perfectamente limpio; en las paredes un inmenso Crucifijo y algunos cuadros con imágenes de santos; algunas veces, en los pies de la banca que ocupa el lugar de honor, una estera larga y agosta." (366)

En el arzobispado y en el palacio de los virreyes aparecen constantemente los protagonistas, pues en la primera novela la rivalidad entre el virrey y el arzobispo da lugar a que los partidarios de uno y otro, penetren a sus respectivos edificios para organizar sus actividades; "Don Melchor Pérez de Varais entro al arzobispado y se encaminó a la cámara en que celebraba sus consejos el prelado." (478) "El virrey de Gelves condujo a César a un aposento interior se encerró con él para encargarle un trabajo." (497) En Martín Garatuza asistimos al interior de varias estancias del palacio del virrey porque Garatuza se coloca como lacayo personal de éste. "Poco antes de las ocho estaban reunidos en la antesala de la habitación particular de Su Exelencia. Aquella estancia tenía dos puertas, una que conducía al interior de las habitaciones y la otra a las antesalas del palacio." (733) Cuando el virrey se entera que Martín es un espía de los conspiradores, ordena su aprehensión pero éste se escapa..."llegó por el interior del palacio hasta una escalerilla que conducía a la azotea...había llegado a un lugar de donde no le era posible escapar, allí, como un precipicio, estaba la calle que formaba la espalda con palacio"... (734) También es Martín quien llega al palacio del arzobispo para pedirle que impida la boda de Pedro de Mejía con Catalina de Armijo: "En la misma cámara del arzobispo fue que se formó el escrito que detendría el casamiento"... (711)

En la cárcel pública pasaron algunos días doña Blanca de Mejía luego de salir de la Inquisición; Teodoro, por animar a los negros a participar en una revuelta y, don Leonel y su padre bajo sospecha de conspirar contra el virrey. El autor explica que "la cárcel pública en aquellos tiempos estaba en el mismo palacio de los virreyes y ocupaba una gran parte del edificio." (519) Doña Blanca y los Salazar permanecieron en celdas independientes y en mejor estado por ser personas distinguidas, pero Teodoro estuvo en un separo destinado a rufianes y salteadores. Don César entra a buscarlo y ... "atravesó aquella muchedumbre de gente que estaba como hacinada sin orden y sin cuidado alguno en inmundos patios o en hediondos calabozos y llegó hasta el pequeño separo en el que Teodoro se encontraba preso." (520)

La Catedral en esos tiempos no era la misma que la actual, según nos cuenta Riva Palacio.

"La primera, formada en los tiempos de Hernán Cortés, no contento con toda su magnificencia, el alma grande de Felipe II, queriendo para la ciudad primera de la Nueva España un templo digno de la opulencia de la colonia y poder de la metrópoli, despachó cédula a la Real Audiencia y al virrey don Luis de Velasco I para que construyese la Catedral que hoy existe... el antiguo templo fue derribado para que su recinto sirviera de atrio." (447)

"En aquellos días estaba en construcción y casi todo el terreno que ésta ocupa estaba lleno de andamios, de montones de piedra, de madera, de bloques de granito." (376)

Las sagradas ceremonias tenían lugar en la antigua Catedral como las realizadas para la fundación del convento de Santa Teresa; "Las fundadoras del convento llegaron a la Catedral conducidas por una animosa muchedumbre, y allí, el arzobispo, vestido de pontifical, celebró el sacrificio de la santa misa." (447)

Los personajes cruzan por la Plaza Mayor constantemente. Ahí eran vendidos los esclavos; Teodoro cuenta que fue conducido por dos empleados de la Inquisición, encargados de llevarlo a la Plaza Principal donde debía vendersele. También en ese sitio colocaban la horca; Teodoro explica que enfrente del palacio se levantaban dos horcas y que la Plaza Mayor y las calles vecinas eran verdaderamente un mar de gente que se empeñaba para ver un espectáculo tan horrible. En Martín Garatuza el virrey Cerralvo descubre que Benjamín es un impostor y le dice "bien te mereces un ejemplar castigo y que te mande ahorcar en medio de la Plaza Mayor." (733)

Algunas de las calles más citadas por el autor son: La calzada de Tacuba, que estaba al lado norte del paseo de la Alameda; "Las calles estaban desiertas y sólo por la que tenía ya desde entonces el nombre de Tacuba se veían caminar dos personas que sostenían por lo bajo una animada conversación." (624) "Por la calle de Tacuba y de una de las puertas de la casa de Guatimoc, salió un hombre." (663)

La calle de Ixtapalapa "era esa larga y recta calle que hoy tiene en sus cuadras muy distintos nombres y comprendía todas las que se extienden desde la Algarita de la Villa, hasta San Antonio Abad. "En aquellos tiempos no había calles de Reloj ni del Rastro; todas se conocían con el nombre de Ixtapalapa." (369) Las casas de esta calle pertenecían a gente rica como las de don Pedro de Mejía, Catalina de Armijo, la casa del Cristo, -donde se reunían los conspiradores- y, la que compró don César para vivir con doña Blanca.

La calle de las Canoas es mencionada porque ahí se localizaba la Casa Colorada, llamada así por estar construida con tezontle. "Don Leonel cruzó por las casas del cabildo y se dirigió a la calle de las Canoas, como se llamaba entonces las que ahora se

conocen con el nombre de Coliseo".(621) Tenía ese nombre porque en calles en que el caño del agua tropezaba con una acequia, se establecía la contunuación del caño colocando sobre la acequia, uno de madera, que se llamaba canoa.

Sobre la calle de las Atarazanas se localizaban los solares legados para la construcción del convento de Santa Teresa: "Los obreros estaban allí esperando el momento de empezar el trabajo de demolición de las antiguas casas y antes de salir el sol las calle de las Atarazanas estaba llena de cuadrillas de hombres de trabajo." (406) Doña Blanca de Mejía al fugarse de ese mismo convento años después, caminó "hasta llegar a la esquina de la calle del Hospicio de San Nicolás, llamado de las Atarazanas." (491)

En Monja y casada se hace mención a las calles subterráneas que existieron en la Colonia a pesar de que la ciudad estaba construida sobre agua. Teodoro, al platicar el asunto de la insurrección de negros dice que usaban una calle subterránea "que daba entrada a la casa (de Albalabide) y que iba a salir a otra ruinosa y abandonada por la cerca de los antiguos fuertes de Joloc, fuera de la Traza, por el lado de Coyohuacán." (395)

En cuanto a las casas de los habitantes novohispanos, vemos que Riva Palacio describe desde la más lujosa como la de Pedro de Mejía, hasta la más humilde como la del Zambo, que era un cuarto situado en una de las tiendas "que había donde después se levantó el Parían y que ocupan una parte de la Plaza Mayor." (359) Sólo tenía un pequeño almacén en donde se mostraban algunas vasijas de barro y unas reatas por toda mercancía; una mesa sucia y vieja que hacía el oficio de mostrador, detrás de éste un miserable camastro. Otra casa de este tipo es la que ocupaba la Sarmiento,

una miserable casita de adobes, compuesta por tres piezas y un corralón en la parte de atrás. Estas piezas eran una sala, una recámara y una cocina, casi desprovista de muebles. "Tenía un subterráneo donde había una mesa cubierta con una bayoneta negra, vieja y llena de manchas y agujeros." (378)

En oposición a esas casas, el autor describe la de don Manuel de Sosa, uno de los esposos de Luisa; era una de las más soberbias y elegantes de la ciudad:

... "en el comedor había una gran mesa cargada con una riquísima vajilla de porcelana de China con grandes y brillantes botellones de cristal de Bohemia llenos de vino, con hermosos frutereros y canastos y saleros y cubiertos de plata primorosamente cincelados, había sitiales de ébano tapizados de cuero carmesí con figuras de oro estampadas, representando aves y monstruos, árboles y flores... Los manteles y las servilletas eran de damasco y encima de la mesa pendía del dorado artesón del techo una hermosa lámpara de plata adornada con festones de flores sobredoradas". (404)

Describe una de las casas más viejas de la Colonia, como la de Esperanza de Carbajal. Dice que en su alto muro que formaba la fachada, había sin cuidado ni orden algunas ventanas guarnecidas de fuertes y dobladas rejas, la puerta tenía gruesos clavos de fierro. El autor explica que este tipo de construcción obedecía al temor de los conquistadores a una sublevación y por eso "daban a sus edificios, todo el carácter de una fortaleza coronada de almenas y disponiendo sus ventanas más bien de una manera a propósito para hacer fuego desde ellas que para iluminar el interior." (449)

Además de las casas particulares, existían vecindades. Don Alonso de Rivera va a buscar a la beata Cleofas a una de ellas:

"Se puso en precipitada marcha hasta llegar a una gran casa de vecindad que había en la Plaza de las Escuelas, que era donde está hoy el mercado principal. Aquellos rumbos eran muy concurridos de estudiantes troneras y mozas alegres y éstos formaban la mayor parte de la vecindad de esta plaza." (415)

Otros de los lugares citados en las novelas son el Templo de Santo Domingo, la Universidad, el Ayuntamiento, pero sin que se desarrolle en ellos ninguna escena; únicamente aparecen en los desplazamientos de los personajes.

Fuera de la ciudad, Riva Palacio menciona algunos lugares como; Xochimilco, donde estaba la casa de la Estrella perteneciente a don Carlos de Arellano. Veracruz, por donde se enviaban los despachos y partían los barcos rumbo España. Toluca y Metepec, de donde era alcalde mayor don Melchor Pérez de Varais; "En aquellos tiempos Toluca era una población inferior a Metepec y a Ixtlahuaca, no había ese comercio ni esa ancha vía de comunicación que atraviesa por el Monte de las Cruces; angostas y escabrosas veredas de herradura daban paso a los que a pie o a caballo pasaban a uno y otro lado de los pueblos o a México." (582) Acapulco, que fue el escenario del desembarco de las tropas holandesas, a donde se dirigió don César al perder a doña Blanca y donde sostuvo la entrevista Martín Garatuza con el príncipe Nassau. Sobre este puerto el comentario es el siguiente: "Acapulco era el puerto más importante de toda la Nueva España. Por ahí se hacía el comercio con China, por allí entraban todas las mercancías y por allí salía la gente y los refuerzos que de Nueva España se remitían a Filipinas." (596) El Lago de Texcoco, situado al norte de la ciudad, donde estuvo secuestrada doña Esperanza en una casucha construida en sus orillas. "La ventana estaba abierta y desde ahí, se distinguía la tranquila superficie del lago, que

atravesaban a lo lejos las canoas que de la ciudad iban para Texcoco." (785)

Por último es necesario anotar que tanto Monja y casada como Martín Garatuza mantienen una lógica adecuada entre la organización de su espacio y el ritmo acelerado de sus aventuras; muchas acciones en un gran número de escenarios. Las suntuosas descripciones del México colonial no son simples telones de fondo ya que están relacionadas con la vida íntima de los personajes y permanecen en la memoria del lector.

3.2 Aspectos románticos.

A lo largo de la obra de Riva Palacio hay una verdadera influencia romántica; la novela histórica y el folletín fueron productos del romanticismo así como la expresión de una ideología liberal. Pero además de esos elementos que serán mencionados en páginas posteriores, encuentro otros aspectos románticos en la expresión de los conceptos del amor, la belleza física y espiritual y en la apreciación de la conducta humana.

El amor juega un papel sobresaliente en las novelas y presenta diversos matices: celos, inquietud, desesperación, espera ansiosa de lo imposible. El amor indigno se castiga con el dolor y el desengaño. En cambio el amor noble triunfa de las adversidades y se premia con la dicha. En los diálogos amorosos hay una exageración de los sentimientos, el autor muestra que sus personajes viven intensamente las emociones. Esto se observa en la declaración que hace don Leonel de Salazar a su prima Esperanza de Carbajal:

"-Os lo juro Esperanza, aquello que para vos fue un juego de niños hirió profundamente mi corazón, se hizo el alma de mi alma, mirad, Esperanza, el viento del infornio y el fuego de mi corazón han comenzado a marchitar mi juventud antes de tiempo, mientras a vos, el ángel que acompaña a la virtud, os cubre y os hace más hermosa cada día. ¡Oh Esperanza! vos no podéis comprender cuánto he anhelado este momento que llegó al fin, este momento en que, sin obstáculo ya, la mano de Dios me trajera a vuestro lado, para deciros, como en otro tiempo, cuando atravesábamos los campos unidos de las manos y cortando flores: ¡Esperanza, alma mía, te adoro!" (609)

La fuerza del amor hace cambiar la actitud de los personajes como le ocurre a Catalina de Armijo quien al conocer el verdadero amor se siente indigna de un hombre honrado, se arrepiente y es tan apasionado el discurso que pronuncia, que cae al suelo de rodillas, sofocada por aquel supremo esfuerzo de pasión y de entusiasmo:

... "yo no quiero todavía el cielo, señora, porque amo a un hombre, ¿lo entendéis? porque daría todo mi ser, daría mi alma porque ese hombre fuera mío, porque sin su amor no comprendo la vida, ni el cielo, ni la salvación; porque me habéis perdido para el mundo y para la eternidad; yo amo a don Leonel, y por él, por él no más, no por el cielo, siento el haber pecado, porque sin sentirlo he llegado a adorarlo; es mi Dios, es mi todo; él mueve mi corazón para aborrecer el cielo en el que he vivido... si fuera capaz de perdonarme siquiera mis extravíos, si comprendiera lo que siento haberle ofendido antes de conocerle, ¡Oh! sería yo muy feliz, aunque muriera en el acto"... (811)

El amor opera cambios muy significativos en el interior de las personas, ya sea para el bien como en el caso de Catalina de Armijo, o al contrario, desata el odio en el corazón que no es correspondido. Luisa "amaba con toda la fuerza de su alma a don César con quien no había logrado tener hasta ahora relaciones de ninguna especie" (419) y, cuando se entera que éste ama a doña Blanca, la invade la furia y el despecho: "Pero yo me vengaré, me vengaré de él y de ella. ¡Ah! no sabéis lo que habéis hecho, no lo comprendéis todavía; me vengaré de ella"... (426)

El amor a primera vista se hace presente en el relato. El virrey observa a una bella dama a través de una ventana en una de las calles por donde hacía su ronda nocturna y queda prendado de ella por su sorprendente belleza:

"El virrey no era una persona joven, sin embargo, se sintió arrebatado por aquella belleza, y no pudo apartarse de su observatorio ni desprender sus ojos de aquella mujer cuyos movimientos todos eran encantadores"...

El apasionado virrey la describe:

"Tan bella como un ángel; luz despiden sus brillantes ojos, perlas son sus dientes, coral sus labios, rizos de seda negra juegan sobre sus espaldas y sobre sus hombros, que envidiaría la hembra más hermosa de Castilla." (497)

La pérdida del gran amor lleva a desenlaces trágicos; el personaje afectado cae en una depresión tan profunda que lo hace perder el deseo de vivir. Tal es el caso de doña Beatriz de Rivera, quien luego de la muerte del oidor Fernando Quezada, pierde la ilusión y no intenta sobreponerse; acaba sus días en un convento agobiada por la tristeza y deseando morir para ir a reunirse con su amado.

En el siguiente párrafo el autor pone de manifiesto su concepto sobre el amor y es, por lo menos en la forma de expresarlo, indudablemente romántico porque lo muestra como una fuerza desconocida que nubla el entendimiento y ciega la razón, que hace al hombre experimentar sensaciones diametralmente opuestas; que lo llevan de la felicidad total al sufrimiento más terrible y lo hace encontrar placer en el dolor; lo conduce a desear la muerte:

"El amor es un sentimiento inexplicable, pero irresistible, que lleva nuestra vida, nuestro espíritu a identificarse con nosotros; es radiante sed de ver, de oír, de acercarse al objeto de nuestras ansias; es locura que trastorna nuestra inteligencia, vínculo de acero a nuestra voluntad. Amor, señora no sé qué decirs que será, sino el cambio completo de nuestra naturaleza; amor es el constante tránsito del paraíso al infierno y del infierno al paraíso, es el inmenso goce en que se halla el inmenso dolor que hace gozar, es el deseo de la muerte; es la lucha de Dios y Satanás en el alma de un hombre, que ni la explica el que la siente ni la comprende el que no la ha sentido nunca." (780)

En la descripción de la belleza física de las damas, el autor plasma los arquetipos románticos de belleza; llega a comparar a las mujeres con deidades, ángeles, arcángeles, ninfas, diosas mitológicas

"Doña Blanca de Mejía era un sueño, una ilusión vaporosa, espiritual, parecía deslizarse al andar, como las náyades en la superficie de los lagos, era esa clase de mujer que la imaginación concibe, pero ni el pincel ni la pluma pueden retratar. No podía decirse cómo viste porque las mujeres que impresionan parece que van vestidas con el velo de las nubes, y ante una belleza semejante no se piensa en detalles; deslumbra, ciega, preocupa. Dieciséis años tenía y era esbelta como el tallo de una azucena con esas formas que la imaginación concibe en la Venus del Olimpo, con esa gracia de la mujer que amamos; el óvalo de su rostro formaba en su barba uno de esos hoyos que son siempre un hechizo; su pelo y sus ojos negros como las mujeres del Mediodía, y su cutis sonrosado y fresco."

(369)

También doña Esperanza era extraordinariamente bella:

"Tenía dieciocho años, su rostro era del color de la aurora, el pelo rubio, ojos grandes y brillantes que mostraban una dulzura infinita en sus miradas y su boca parecía la de un niño por el tamaño y frescura. Aquella mujer tenía algo de fantástico e idel." (608)

Esa suprema belleza de las heroínas se complementa con un conjunto de virtudes espirituales que dan por resultado mujeres totalmente idealizadas, fuera de la realidad, perfectas. Ellas son discretas, piadosas, nunca contradicen la voluntad de sus padres por injustos que sean, tampoco interfieren en la vida privada de los demás. Otro rasgo que las caracteriza es la total resignación con que soportan las tiranías y atropellos de los malvados; parece que el sufrir calladamente las hace más valiosas pues difícilmente hacen algo por evitarlo. La pureza es su prenda más preciada y, esa sí, la defienden tenazmente. Generalmente sólo aman una vez en su vida y, son fieles a ese amor hasta la muerte.

En cuanto a la belleza masculina, la siguiente definición de doña Esperanza sobre su amado la resume:

"Un joven arrogante, esbelto, lleno de fuerza y de pasión, de palabras ardientes y apasionadas, no era el niño que venía a solicitar una pasión naciente, era ya el hombre que exigía la correspondencia de una pasión probada por la constancia." Le parecía noble, valiente, generoso, digno en fin de ser su esposo. (622)

Como es práctica en la novela romántica, los personajes siguen ciertos patrones de conducta que los colocan en dos bandos: buenos y malos. Los primeros necesitan de la actuación de los segundos para que sus virtudes sobresalgan; de ahí que su enfrentamiento sea indispensable.

Riva Palacio ejemplifica sus ideas de cómo debían comportarse los seres humanos a través de las conductas de sus personajes. Teodoro, César, el padre Salazar muestran continuamente ejemplos de buena conducta ante la sociedad y ante ellos mismos. Esto puede observarse incluso en personajes que, como Garatuza, son una combinación del bien y del mal. Martín Garatuza era un perdido, un truhán hipócrita en presencia del arzobispo, en cuya casa había entrado en calidad de clérigo; muy joven, inteligente, valiente pero lleno de vicios; estaba en relación con la peor canalla de la ciudad. No obstante, era un tipo de lealtad y de abnegación para sus amigos, cualquier sacrificio estaba dispuesto a hacer en servicio suyo, porque "Martín era un hombre de corazón." (372)

La muerte no es un acontecimiento trágico o funesto cuando se presenta por cumplir con el ideal. "La muerte es preferible al desprecio y a la deshonra." (617) Por esa razón la heroína de Monja y casada muere defendiendo su pureza que peligraba en manos del bandido Guzmán:

"Blanca estaba en pie, desdenosa y altiva; Guzmán a poca distancia parecía no atreverse a acercarse...Doña Blanca estaba al borde del abismo y parecía no hablar. La escena cambió. Guzmán dio un paso adelante y un grito agudo atravesó por los aires. Doña Blanca desprendiéndose de la roca, cayó al abismo." (601)

"Ella se dio a la muerte para salvar su vitud; es una mártir, está en el cielo, en el coro de las vírgenes escogidas." (814)

Así mismo, Esperanza, la heroína de Martín Garatuza demuestra que no teme a la muerte si es por salvar su honra al pronunciar lo siguiente:

"La muerte misma no me importaría nada. Primero muerta que unirme a un hombre a quien no conozco, a quien no amo, con quien no me ligan relaciones de ninguna especie...Prefiero sufrir hasta morir y moriré contenta, tendré valor para soportar el hambre y la sed." (787)

Los hermanos Salazar encabezan una conspiración de criollos y no temen morir en la horca con tal de liberar a su patria. Para ellos la vida no tiene sentido si no se lucha por un ideal que engrandezca y alimente el alma. No importa que al tratar de llegar a él se sucumba.

En contraste a este valeroso sentimiento que hace ver a la muerte como un medio para alcanzar el triunfo, el autor presenta a los personajes despreciables con miedo hacia ella; son cobardes y se aferran a su vida mezquina. Para ellos no existe la muerte tranquila, cuando llega a darse, es sólo de forma aparente, pues el personaje reniega de todo en sus últimos momentos. Además, como castigo, el autor les otorga una muerte tormentosa. Veamos algunos casos:

Luisa recibe la pena del garrote dentro de las cárceles del Santo Oficio; Pedro de Mejía muere creyendo que se había casado con su propia hija; la vieja Catalina pierde la vida a consecuencia de los tormentos físicos que su mismo padre le aplica; Alonso de Rivera y don Baltazar de Salmerón, sepultados en vida, sólo con la cabeza afuera de la tierra y amordazados para que no pudiesen gritar.

No podría asegurar que la muerte trágica es el mayor castigo que el autor supone para los malvados, pues también varios de los personajes buenos, -como Fernando de Quezada-, tienen esa clase de muerte. Esto sucede porque entra otro rasgo romántico: los personajes no pueden evadir el destino desafortunado a pesar de sus esfuerzos por alcanzar la felicidad.

En las novelas también se observa la aceptación del destino desde un punto de vista estoico; el sufrimiento da fuerza a las personas para soportar la desgracia y encuentran que su alma se engrandece por ello. Tal actitud se aprecia en la escena donde doña Juana de Carbajal anima a su hija Esperanza a soportar el patético sino que por desgracia le ha tocado vivir.

... "Sí madre mía habladme, habladme, sólo vuestra dulce vos y vuestro acento persuasivo podrán darme valor; decidme esas cosas que aunque son tristes, me dan fuerza, me animan.

-Cosas bien tristes son y capaces de causar la deseperación a otra alma que no estuviere templada como la tuya... pero tu has nacido bajo la sombra de la desgracia y como una flor regada con el llanto. Hija mía ¿qué esperas del amor de un hombre? ¿Podrías unirme a él? Desgraciada entonces de tí; nuestra familia lleva ante el mundo una mancha que nada es capaz de borrar.

-Madre mía no recordéis eso que os hace padecer tanto.

-Es preciso Esperanza, es preciso; tú legarías a tus hijos la deshonra... ¿cambiarías el amor de don Leonel por la desgracia y la ignominia de tus descendientes? Habla, respóndeme con el corazón; Dios te escucha.

-¡Oh! nunca, madre mía, nunca; yo arrancaré de mi pecho esta pasión.

-Hija mía Dios te bendecirá, Dios premiará vuestro sacrificio, y la lepra que mancha nuestra honra no se propagará a otros seres tan inocentes como nosotras, pero que serían también, como nosotras desgraciados." (611)

Por último, presento un largo fragmento que demuestra claramente la tendencia romántica del autor, tanto por la exposición del discurso, -lleno de exaltación y emotividad-, como por el mensaje que conlleva; la libertad y el amor son las aspiraciones supremas del ser humano. Es preferible la muerte a perder el derecho de poseer y disfrutar esos valores.

... "¡Ah! señora, ¡la libertad! ¿Sabéis vos lo que es la libertad? No podéis comprenderla, porque siempre la habéis gozado; no podéis vos alcanzar cuánta es la dulzura de esa palabra, porque vos, señora, cuando queréis ver el cielo, y los pájaros, y los árboles, y el río y la pradera, y las lagunas, los véis, y a los vuestros y al mundo, en fin, y yo estoy lejos, lejos de todo eso, condenada a no ver sino estas sombrías paredes, sintiendo el rumor de las gentes que pasan del otro lado de nuestras tapias, oyendo algunas veces ecos de músicas lejanas que me parecen armonías escapadas del cielo. Adivino las pasiones entre los que miro venir al templo, sorprendo entre mis libros de devociones palabras de amor que no quiero dirigir sólo a Dios... Ni mis lágrimas apañan al cielo ni encuentro en mi alma la resolución necesaria para vivir así... Dios os libre, de soñar siquiera una noche que estáis en el convento en contra vuestra voluntad, porque os ahogariáis; es preferible ser emparedada... porque entonces lo que llega es la muerte, lenta pero llega. Dos días, tres, cuatro, ¡ay! ¿qué son cuatro días comparados con esta eternidad de sufrimientos, sin esperanza? Y un día, y un mes, y un año, otro, y lo mismo, y vivir en un sepulcro, sin esperanzas, sin ilusiones, sin amor, ¡sin amor! Ha de ser muy hermoso el amor; ¿es verdad? Contadme por Dios, señora; ha de ser muy bello amar y ser amada, tener padres o hermanos, o hijos, o esposo, o alguien que nos ame. ¡Ay! Yo nunca he tenido quien me ame... ¡Salir de aquí! Aunque tenga yo que vivir de esclava, de limosnera, tullida en una cama, pero quiero ser libre." (475)

En términos generales, se puede afirmar que este tipo de producciones fueron la norma social en las novelas del romanticismo porque en México, el romanticismo "fue un estado sentimental que condicionó en cierto grado los modos de ver, de hablar, de sentir; se infiltró en las costumbres y se acentuó en la novela." (1)

Riva Palacio llenó a las novelas de una preocupación por la conducta moral de los actores; de escenas donde el sentimentalismo se desborda, donde se habla de amores desgraciados, de dolores extremos, de aberrantes y despreciables actitudes en personajes absolutamente malos, que juegan con la simpatía del lector mediante la descripción lacrimosa de la tragedia de alguien que ha sido convertido en víctima de otro.

(1) González Peña, Carlos, Historia de la literatura mexicana, p. 142.

3.3 Riva Palacio y el por qué de su escritura.

El gran acontecimiento que fue el triunfo de la República en 1867, se convirtió en uno de los temas predilectos de muchos escritores mexicanos que participaron como actores o como testigos presenciales en la revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma, la Intervención Francesa y el Imperio, de manera que todo aquél que fue actor o testigo en el drama de esas luchas en que se forjó el ser nacional, nos deja su visión, escribe su verdad, envía su mensajes a través de un medio eficacísimo: la novela que seguía la pauta romántica de instruir y deleitar.

Actor y testigo de estas luchas, Riva Palacio, se interesa, primero por la novela histórica contemporánea a la que da un gran impulso, rodeándola de un ambiente rico y vivido, en el que pesa favorablemente el dato personal, verídico e inmediato. Posteriormente centra su interés en la Colonia, convencido de que es la novela histórica el mejor medio para entregar a la gran masa del público lector, una relación de hechos que expliquen las situaciones por las que ha pasado el país.

Siguiendo a Ignacio Manuel Altamirano en la búsqueda de una literatura propia, Riva Palacio fortalece sus novelas con la descripción de nuestro paisaje, costumbres, tipos, problemas sociales y, sobre todo, con la historia; en esta encuentra su inspiración y el instrumento para transmitir sus acendradas convicciones liberales; de aquí que sus novelas tengan el sello de esa literatura política que corresponde al compromiso que hicieron suyo los hombres del siglo XIX.

En seguida expongo las razones por las que nuestro autor cultiva la novela histórica basándome en la información que él transmite en los textos.

Nuestro escritor realizó diversas actividades públicas y por tal conoció a fondo los problemas del país. Comprendió su época y por ello estructuró sus obras adecuándolas al gusto del público. Además de contener información verídica no perdió de vista que debían entretener y divertir. Él mismo declara en el prólogo que hace a Memorias de un impostor, que no es su propósito escribir un libro serio aún teniendo datos auténticos e interesantes, sino escribir una novela que se preste al insigne servicio de popularizar los conocimientos, evitando el escollo del fastidio. (1)

Con sus novelas Riva Palacio satisface la necesidad de evasión del lector pues le proporciona elementos extraordinarios, sustituyendo lo cotidiano por un mundo donde reina la aventura, el amor, el lujo. En los siguientes comentarios el autor dice que la gente siente una natural atracción hacia los sucesos que salen de lo común:

..."aunque todo esto tenía mucho aire de novela, el público lo creyó, por lo mismo que el público es más afecto a creer lo maravilloso que lo natural." (401)

..."ahora también, pero más entonces, era más fácil convencer al pueblo de que existía un hecho milagroso que sacarle de un error y preferían encontrar la explicación de una cosa mejor en lo maravilloso que en cosas naturales." (546)

Sobre esta inclinación del autor hacia los temas fantásticos, Mariano Azuela comenta; "Su narración es del mismo género que caracteriza al gran conversador que cuando está relatando un suceso sabe que está inventando y mintiendo y no sólo eso, sino que sus lectores lo saben tan bien como él mismo. Pero eso a

(1) Cf. Riva Palacio, Vicente, Memorias de un impostor, p, XVI.

nadie le hace daño y todos participan del mismo regocijo." (1) Así, el lector del siglo pasado encontró en ese mundo ficticio las conductas que le prohibía la sociedad o la moral: poder, riqueza, amores espectaculares, vida al margen de la ley; es decir, experiencias difíciles de realizar debido a su condición social, su época, sus insuficiencias personales o la suerte.

Riva Palacio es todavía objeto de estudio porque sus obras son interesantes y de agradable lectura, no sólo para el público común, sino que también para grandes maestros como Azuela quien comenta:

"Libre de trabas, su imaginación fresca, juvenil y fogosa, se da vuelo. Nada hay en él de esa postura chocante del que se siente moralista, filósofo, apóstol ni maestro; es sencillamente un hombre que divirtiendo a los demás, él también se divierte. No puedo terminar estas divagaciones sin cometer un sacrilegio. Leí con placer absolutamente más grande el Martín Garatuza de nuestro general Riva Palacio, que La montaña mágica del eminente Thomas Mann. Esto no escandalizará seguramente a los que como yo leen novelas para divertirse y no para hacerse sabios." (2)

Además de ese interés por divertir al público confesado directamente por el autor, hubo otros motivos que lo llevaron a crear obras históricas. Como dije anteriormente, Riva Palacio conoció perfectamente la problemática de su tiempo y por tanto, sus creaciones de este género se desprenden de su conciencia de estar forjando la nacionalidad en momentos en que la patria lo necesitaba y del deseo de realizar una aportación a la literatura mexicana. Sobre esto último, la crítica por lo general no es muy

(1) Azuela, Mariano, Cien años de la novela mexicana, p, 614.

(2) Op. Cit. p, 615.

favorable y califica a sus novelas de poco trascendentales para nuestras letras. (1)

Ciertamente, la deficiencia técnica de la novela no alcanzó grandes éxitos literarios o psicológicos. Pero no debemos olvidar un hecho importante; se carecía de una tradición novelística que permitiera a los autores del siglo XIX escribir de otra manera y, aunque sus producciones no tuvieron grandes logros estilísticos cuando menos contribuyeron ampliamente al florecimiento que la novela experimentaría años más tarde.

También es común encontrar opiniones como la de Julio Jiménez Rueda: "Las novelas de Riva Palacio más que novelas históricas son en rigor novelas folletinescas." (2) No hay para qué poner en duda tal afirmación. El General empleó la técnica del folletín para la publicación de sus obras porque fue un método que estuvo muy de moda a partir de la segunda mitad del siglo XIX y, porque representó la mejor manera de hacerse leer por un mayor número de personas. Pero más que el carácter folletinesco de las novelas, importa la atención del autor por partir de un hecho histórico, es decir, su interés por reflejar la forma de vida y de pensar de aquella época. Si tomamos como base la definición general de

(1) Los autores que participan de esta opinión son:

Brushwood Jhon, "Las novelas de Riva Palacio aunque auténticamente históricas no poseen interés ideológico". México en su novela, p, 194.

Martínez José Luis, a pesar de su intenso sentido narrativo no son sus novelas las mejores obras de su pluma." La expresión nacional, p, 200.

Anderson Imbert, "Sus novelas más que finas evocaciones del pasado nos dan aventuras de folletín". Historia de la literatura hispanoamericana, p, 280. tomo I

(2) Jiménez Rueda, Julio, Historia de la literatura mexicana, p, 179.

la novela histórica dada por Antonio Castro Leal: "Narración que presenta con adecuada fidelidad el escenario de un época del pasado, en las que aparecen algunas figuras históricas, en puntos que coinciden en la narración o como decoración de fondo para dar mayor realidad al cuadro, acomodando las acciones de los personajes reales o imaginarios a los acontecimientos y a la sicología de la época en que se 'sitúa la novela" (1) podemos clasificar las novelas de Riva Palacio dentro del género ya que en la trama intercala hechos que en verdad sucedieron además de las costumbres novohispanas. Lo que contienen de invención pudo haber ocurrido realmente y está de acuerdo con los intereses sociales y culturales de ese momento histórico de México.

Las novelas de Riva Palacio, además de pretender la reconstrucción histórica y brindar entretenimiento, fueron empleadas por el autor como un instrumento didáctico que llevara a los mexicanos su determinada ideología. En las novelas define con claridad el interés que siente por transmitir un mensaje de libertad y de respeto a la dignidad humana, contrario al despotismo, a la intolerancia, a los abusos del clero y en general contra todos los elementos negativos de la época colonial. Con ese afán crea una serie de circunstancias y personajes que encarnan los problemas políticos y sociales de la Nueva España en el siglo XVII; los peninsulares que disfrutaban de los más jugosos puestos, los criollos resentidos y la marginación de las castas. Como trasfondo del acontecer de la vida novohispana está en las novelas la Inquisición siempre amenazante y descrita en sus aspectos más sombríos.

En la narración el autor destaca tres preocupaciones fundamentales: el interés por la lucha en que la patria alcance su inde-

(1) Castro Leal, Antonio, La novela del México colonial, p. 14.

pendencia, los prejuicios raciales y la intransigencia religiosa; mismas que podemos observar a continuación.

Durante los años de dominación, el español estaba dividido en dos grupos: criollos y peninsulares. Esta connotación que originalmente distinguía al español americano del europeo, se convirtió a lo largo de trescientos años en una distinción cultural e ideológica que los llevó al conflicto. El autor expresa la necesidad que los criollos tenían de una nación libre para desarrollar su personalidad en párrafos como el siguiente:

"Los españoles son nuestros conquistadores, nuestros amos, ¿lo entendéis? nuestros amos: tus hijos serán unos seres abyectos que nacerán y vivirán como tú, como yo, como los animales que viven y mueren sin patria, sin tierra, y no les valdrá su inteligencia ni su valor para nada, y no les verás respetados nunca, y en el clero serán cuando más tristes curas de una parroquia en la sierra, y vivirán ignorados, y oirán hablar de gloria y de patria a sus amos, y se exaltará su corazón, y para ellos no habrá nunca ni patria ni gloria." (611)

El criollo dueño de sí, querrá serlo en su América mexicana por ello, lleva a sus personajes a participar en una conspiración contra el régimen español:

"Llegados son ya los momentos de obrar, lo que la cabeza a discurrido, lo que la inteligencia a dispuesto, el brazo debe ejecutarlo; ya no más palabras, ya no más proyectos, obras, el corazón lo quiere y Dios presta su ayuda para las buenas causas"...(615)

El autor, en un nacionalismo extremo, busca en el pasado indígena la fuerza que impulsará a los criollos en su empresa... "debemos nosotros dar el grito y levantar de nuevo el trono de Guatimotzin y de Moctezuma Ilhuicamina. Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas." (615)

El patriotismo del soldado de la República se trasluce en la siguiente nota pronunciada por don Leonel de Salazar; ... "inteligencia y corazón me sobran, soldados, México tiene hijos que morirían por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto... para llevar a un pueblo a la victoria"... (695)

Manifiesta el autor el resentimiento y el desprecio de los españoles hacia los criollos. En Martín Garatuza, don Nuño de Salazar español peninsular se entera que su hijo Leonel está enamorado su prima Esperanza, no lo acepta y le reprocha "-!Qué bueno puede esperarse de tí si eres criollo!" (612) Y al enterarse que sus dos hijos, Alonso y Leonel, participan en la conspiración, reniega de ellos pues resulta más poderoso su sentimiento de clase que su amor de padre: "- Y me ponéis así en estos trances a mí. ¿A uno de los más fieles vasallos de Su Majestad? Vamos, vamos, si no sé como me contengo. !Criollos debían ser para andar con semejantes vilezas! !Al fin criollos, al fin criollos!" (651) Don Leonel, al escuchar las palabras de su padre pregunta a su hermano si es tan malo ser criollo y se lamenta "-Jamás lo hubiera creído, yo he vivido en los ejércitos del rey, he habitado en las grandes ciudades de la Península, pero jamás ahí escuché esas frases de desprecio que nos siguen aquí por todas partes; jamás supuse lo que aquí sufrían los que han nacido en este suelo." (613)

Aunque en las novelas es poco lo que vemos de las grandes masas de la población, ya que se enfoca sobre todo a la clase media alta y alta de la Colonia, también escribe sobre los menos afortunados; el indígena y el mestizo, y los presenta víctimas de la marginación, su participación en la vida económica y política estaba restringida, siempre desempeñan funciones de baja categoría, todas las veces al servicio de los ricos. Explica cuál era la condición del indio... "entonces se negaba que los indios fuesen hombres, que tuviesen alma racional, tratados como bestias por los

encomenderos, morían en medio de las más duras fatigas...que indicaban muchas veces el camino por el que transitaban sirviendo a sus amos." (665)

No olvida el elemento negro; menciona las rebeliones organizadas por esta casta como resultado del descontento y la inconformidad por los malos tratos recibidos. El autor considera que para la condición humana, la esclavitud es un elemento nefasto que la degrada; "En esos tiempos un negro, un esclavo, no era un hombre y una dama no temía por su reputación aún cuando aquel negro pasase la noche en su mismo aposento. ¡tanta era la distancia en que los colocaba el color, que ni la calumnia se atrevía a acercarlos!" (370) El mismo Garatuza que era un perdido, en los inicios de su amistad con Teodoro le dice "¿Sabes que tienes mucho talento para ser negro?" (371) Como si el color de la piel determinara la capacidad intelectual de las personas.

Como protesta a este tipo de marginación el autor coloca al negro Teodoro como uno de los personajes más valiosos dentro de las novelas, que además de poseer perfección física, posee integridad moral; bondad, fidelidad, honradez, astucia, gratitud, etc.

Riva Palacio presenta a los grupos sociales que de una u otra manera sufrieron algún tipo de marginación, y expresa que desgraciadamente las diferencias muy notorias en los rasgos físicos, manera de pensar y en las aspiraciones, impidieron el acercamiento de esos grupos entre sí, formándose capas sociales impermeables.

El autor refleja algunos aspectos de su personalidad en los personajes de las novelas. Como ejemplo tenemos al padre Alonso de Salazar, quien tiene los rasgos de un liberal del siglo XIX que rechaza todo tipo de autoritarismo en materia de religión y cree en el intelecto. "Alonso era un hombre fuerte, inteligente,

vigoroso; el sacerdote de la virtud, que no había tenido en el mundo más anhelo que la ciencia, ni más ambición que la libertad de su patria y que marchaba a tierra extraña con el corazón despedazado, porque dejaba a México cautivo y sin esperanza." (839) Y al virrey de Gelves que "aborrecía a los fuertes que humillaban a los débiles, a los ricos que oprimían a los pobres y a los sabios que explotaban a los ignorantes. " (494)

En lo que se refiere a su posición religiosa se puede observar que Riva Palacio fue católico, pero también fue un reformista, por ello, no pasa inadvertida en sus novelas la crítica hacia el clero como institución. Encontró que la Iglesia era la causante de muchos males que afectaban al país y delata las actitudes anticristianas de la gente que pertenecía a ella. La ambición económica y el poder social de los sacerdotes es el tema que soslaya a través de la rivalidad entre el arzobispo Pérez de la Cerna y el virrey de Gelves. El representante de la Iglesia manipula a los fieles con su categoría eclesiástica para que lo apoyen en sus planes. En una escena donde preparan el tumulto contra el virrey, uno de los servidores del arzobispo le recomienda desprestigiar a su enemigo en el sermón de la misa y el arzobispo acepta.

..."si su Ilustrísima desaprobase todo lo practicado por el virrey en una de sus pláticas u homilías, todos ellos serían nuestros aliados.

-Y lo haré -dijo el arzobispo, que había estado oyendo al doctor Galdós sin perder una sílaba-; lo haré y de manera que comprendan que de nuestro lado, y no del virrey, están sus intereses. " (479)

En este asunto el autor deja claro que el prelado usaba las armas de la Iglesia contra sus enemigos, excomulgando a los jueces y a los guardas que custodiaban a su protegido don Melchor Pérez de Varais, incluso llega a excomulgar al mismo virrey.

En cuanto a las personas, el autor muestra que los movía el viejo concepto de religión tipo español basado en el terror a la condena de su alma más que el amor a Dios. Una mentalidad tan abierta como la de Riva Palacio tenía que rechazar ese concepto y lo expone en algunas situaciones de sus personajes:

En Monja y casada, la beata Cleofas le niega ayuda a doña Blanca de Mejía, al enterarse que se fugó del convento; olvida las bondades que en el pasado recibió de esta dama y sale a denunciar la al Santo Oficio en descargo de su conciencia; "¡Perder mi alma no! Primero mi salvación, primero mi salvación"...(495) Ese terror de no salvarse y de ir al infierno o al purgatorio también lo experimentan las personas sin escrúpulos, que cuando ven cerca el final de sus días, llaman a un confesor para que los absuelva de sus pecados. En este caso está don Baltazar de Salme rón quien con sus falsas acusaciones consiguió que toda una fami lia fuera quemada por la Inquisición y además, denuncia a los conspiradores ante el virrey. Pero en el momento que cree morir a causa de la estocada que le dio Martín, grita..."!Confesión, confe sión! ¡Me han muerto!" (656) Otro caso es el de don Pedro de Mejía quien obliga a profesar a su hermana para quedarse con su parte de herencia, manda a asesinar al oidor Quezada y engaña a cuantos puede para obtener más riquezas; llama a un sacerdote en su lecho de muerte para que perdone sus pecados. Toma la confe sión como un requisito con el que debe cumplir para no condenarse y para que la Inquisición no confisque sus bienes, pero no siente ningún remordimiento por haber causado tanta desgracia a otras personas.

Dentro de la intransigencia religiosa incluye la segregación hacia los judíos y a la gente que desciende de ellos. Esta casta se veía obligada a llevar una vida oculta y actuar con mucha cautela pues eran no sólo despreciados sino también perseguidos por los cristianos. En Martín Garatuza, don Nuño de Salazar,

cuando aún vivía su esposa, le prohibió visitar a su prima Juana porque sus familiares habían sido acusados de judaizantes y no era correcto que cristianos viejos como ellos, tuviesen tratos con ese tipo de personas que sólo dañaban su reputación.

La Santa Inquisición recibe una de sus más persistentes condenas. Para un liberal tan genuino como Riva Palacio, esa institución creada para perseguir la herejía y mantener la intolerancia religiosa, fue una de las invenciones más aberrantes del clero. Demuestra a través de los relatos cómo estorbó a los vuelos del espíritu, de la inteligencia y creó una atmósfera de temor; hostil en buena parte a los progresos de la ciencia y de la filosofía. En el prólogo a una de sus novelas explica al público por qué siempre habla de ella:

"¿Me preguntará lector por qué en la mayor parte de mis relatos hablo de la Inquisición? Te contaré que en toda la época de dominación española en México, apenas puede dar el novelista o el historiador un paso sin encontrarse con el Santo Tribunal, que todo lo abarcaba y todo lo invadía; y si encontrártelo en una novela te causa disgusto, considera qué les causaría a los que vivieron en aquellos tiempos, encontrar al Santo Oficio en todos los pasos de su vida, desde la cuna hasta el sepulcro"... (1)

Además de explicar cómo eran las denuncias, aprehensiones, interrogatorios, tormentos, penas de muerte, -que atraían la curiosidad del lector por la crueldad de sus métodos-, ilustra los abusos, intereses personales y malos manejos de los integrantes de esa Santa Institución en nombre de la religión. En las novelas explica que la Inquisición confiscaba todos los bienes de los acusados aunque tuviesen familia, bajo pretexto de sufragar los gastos del proceso. Muestra cómo miente el Inquisidor Mayor para lograr sus fines. A base de engaños, hace que don Pedro de Mejía confiese su participación en el asunto del cambio de color de Luisa, lo reprende y pide como pago a su falta una limosna y la

(1) Riva Palacio, Vicente, Memorias de un impostor, p. XV.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

-79-

fundación de una capellanía... "y si queréis mayor seguridad, haced esa fundación dando el patronato de ella a la Santa Inquisición." (586) Cuando en las santas cárceles ajustician a una persona por otra, inventa un plan para evitar el desprestigio: "Debemos evitar el escándalo, que a mi juicio tanto cede en mengua mía como de la justicia del Santo Tribunal, que ejecuta un reo por otro"... (581)

Riva Palacio consideró un deber denunciar los inhumanos métodos de la Inquisición: "...muchos desgraciados se confesaron culpables de crímenes que jamás habían cometido, prefiriendo morir en el garrote o en la hoguera a pasar por aquella sucesión de dolorosas y sangrientas pruebas." (535) para borrar la idea que en el siglo XIX se tenía sobre ella: un organismo bueno que cuidaba de la pureza de la religión católica. (1). En Monja y casada da la siguiente información.

"Los que niegan que la Inquisición en México quemara multitud de personas no tienen sino que ocurrir a los autos de fe. Se procedía con tanta diligencia que, habiéndose fundado la Inquisición en México en 1571, en 1574 se celebró ya el primero y solemne auto de fe al que se llevaron ochocientos penitenciados de ambos sexos, quemándose unos en efigie y otros después de ajusticiados. En los límites de la novela no se puede tratar una cuestión de esta clase; sin embargo, si alguien levantase la voz negando los hechos que referimos y defendiendo al tribunal de la inquisición, documentos irreprochables tenemos para confundirlos." (551)

(1) Esta idea era que la Inquisición estaba destinada a conocer los delitos de fe y no perseguía a los católicos, sino a los que lo profesaban y abierta u ocultamente la abandonaban o hacían proselitismo contra ella. Sus procedimientos eran usuales a los de los tribunales de la época, pero más reglamentados y, en cuanto cabe menos crueles. No pronunciaban penas de muerte. Cuando el reo lo merecía por relapso, conforme a las leyes del reino, era relajado al Brazo Secular. Los ejecutados en persona no pasaron en los 296 años que actuó, de 43. Cf. Bravo Ugarte, Historia de México, p. 77.

Fue tal su interés por denunciar las actividades de dicha institución que recomienda bibliografía sobre el tema a sus lectores dentro de las novelas. "Un libro como este no permite extenderse más en pormenores, pero remitiremos a nuestros lectores que deseen tener una idea exacta sobre los preparativos y modo de celebrarse un auto público y solemne de fe, al fiel trasunto que en El libro rojo publicamos, la relación escrita por un testigo presencial, por mandato del Santo Oficio, del auto celebrado en 1603." (1)

Riva Palacio no critica a la religión en sí misma, sino a la Iglesia como institución creada por el hombre, susceptible por lo mismo a muchos errores. Censura las actitudes farisaicas que nada tienen que ver con Dios; los atropellos de la Inquisición, un arzobispo preocupado por no perder el control de las semillas, una beata que por obtener dinero realiza encargos de gente mal intencionada, una monja deseosa de dirigir un convento que no duda en atormentar psicológicamente a su benefactora para que lo construya. Con este tipo de ejemplos, Riva Palacio expresa la idea de que las personas que contorman el clero tienen las pasiones y debilidades de cualquier ser humano. La diferencia es que en la fe de Cristo encuentran la justificación para esos actos.

De la gente común, lo que reprueba es el fanatismo en el que incurrierían fácilmente; "Las pasiones fanáticas que en cada acontecimiento presumen un aviso de la Santísima Providencia." (532) y que no distinguen que Dios está en el cielo, allá da sus castigos o sus recompensas; aquí abajo da la libertad al hombre para actuar.

(1) Riva Palacio, Vicente, Memorias de un impostor, p. 94. tomo II

3.4 Apego a la realidad histórica.

Algunos críticos han dicho que Riva Palacio es un novelista de escasa fidelidad histórica, al que ningún artificio lo arredró para adornar innecesariamente sus novelas. Esta opinión es parcial y no califica adecuadamente al escritor porque si bien es cierto que en algunos episodios, el autor alteró la cronología, lo hizo porque así convenía a los planes de la construcción de sus novelas. Con la finalidad de hacer más atractivo el relato, Riva Palacio escogió las notas que le parecieron interesantes de la historia y las organizó como le pareció más conveniente.

En cuanto a los hechos históricos que registra en Monja y casada y en Marcín Garatuza no cabe duda que existieron y están registrados en los libros de historia de México. A continuación los iré precisando.

El asunto de la construcción del convento de Santa Teresa descrito en Monja y casada también aparece registrado en La Ciudad de México de José María Marroquí. El trasfondo de este problema es el siguiente:

Don Juan Luis de Rivera deseaba fundar un convento de carmelitas en la Ciudad de México; como su salud no era buena, las monjas de Jesús María, Juana Inés de la Cruz y Mariana de la Encarnación le pidieron que en su testamento dejara las indicaciones para la construcción y las asignase fundadoras.

Al morir don Juan Luis, su sobrino, Alonso de Rivera no hace caso de las indicaciones del testamento. Las monjas piden ayuda a don Juan de Quezada, oidor de la Audiencia, y emprenden una demanda contra el sobrino. El 1.º de julio de 1615 fue condenado

Rivera a entregar las casas donde debía realizarse la construcción. Antes de que apelara el heredero, por la noche del tres de julio, el arzobispo mandó instalar un altar y ahí ofició misa. Explicó a los vecinos que debían desalojar las habitaciones porque en esa cede se edificaría un lugar santo.

El virrey no se oponía al proyecto pero tuvo que suspenderlo debido a la prohibición que estipulaba no iniciar ninguna construcción hasta que se tuviese el dinero necesario para concluir-la. Con las súplicas de Quezada, del arzobispo, de la misma vi-reina y de las monjas, el virrey otorgó el permiso para la demo-lición de las viviendas pero la construcción debía empezarse has-ta reunir veinte mil pesos de congrúa. Las monjas consiguieron esa cantidad de donativos y limosnas.(1)

Los datos proporcionados por Riva Palacio se ajustan a los informados por Marroquí, sólo cambia el nombre de Juan de Quezada por el de Fernando de Quezada y crea una hermana de Alonso de Rivera, doña Beatriz, quien está a favor de la construcción pues desea que la última voluntad de su tío se cumpla. Esta dama y Quezada sostienen una relación amorosa que da lugar a que surjan otras aventuras y participen nuevos personajes ficticios que no afectan la realidad del hecho histórico.

Cabe aquí hacer una aclaración al comentario del crítico José Luis Martínez que dice: "En una de sus novelas, cuya acción se sitúa en 1515, interviene una absurda Sor Juana Inés de la Cruz de cuarenta y cinco años, cuando sabemos que sólo nacería hasta 1615." (2) En las novelas sí participa una sor Juana, -sin

(1) Cf. Marroquí, José María, La Ciudad de México, p, 682. tomo III.

(2) Martínez, José Luis, La expresión nacional, p, 200.

que haya ninguna alusión sobre su edad-, pero no se trata de la ilustre escritora mexicana, sino de la monja de Jesús María que hacia 1616 fue investida como fundadora del convento de carmelitas descalzas, conocido por el vulgo como Santa Teresa la Antigua. (1)

Otro hecho histórico en el que Riva Palacio se basa para la creación de aventuras imaginarias es la pugna sostenida entre el virrey marqués de Gelves y el arzobispo de México Juan Pérez de la Cerna. Este hecho aparece en la novela como lo relata el historiador Bravo Ugarte en su Historia de México. Los datos son los siguientes:

Habiendo violado la Audiencia el derecho de asilo, del que hizo uso el alcalde mayor de Metepec, Mechor Pérez de Varais, refugióse en el convento de Santo Domingo donde le pusieron guardias y tapiaron la celda: reclamó el arzobispo Pérez de la Cerna y, no siendo atendido, excomulgó al corregidor y al fiscal. A ruegos del virrey, levantó el arzobispo la censura por treinta y cinco días; pero, como los guardias no fueron retirados, urgió de nuevo la excomunión. El virrey recurrió al arzobispo de Puebla para que quitase el castigo pero fue inútil. El 15 de enero de 1624 aparecieron en las iglesias las tablillas de la excomunión del propio virrey. El público estaba excitado por todo lo sucedido y así, bastó pasara un escribano de la Audiencia por la Plaza Mayor, para que se le persiguiese y comenzara un gran tumulto en el que fue asaltado el Palacio, hubo muchos muertos y el virrey se vio en la necesidad de recluirse en el convento de San Francisco dejando el gobierno. (2)

(1) La escritora Sor Juana Inés de la Cruz ingresó a ese mismo convento en 1667 y reside en él sólo cuatro meses. Apartir de 1668 profesa en el de San Jerónimo.

(2) Cf. Bravo Ugarte, Ramón, Historia de México, p,121.

En Monja y casada el personaje Teodoro refiere su participación en una rebelión de negros "Era el año de 1612. El arzobispo Guerra, virrey de la Nueva España, había muerto. La Audiencia gobernaba y el momento era oportuno para dar el grito...El objeto de la sublevación era el de conseguir nuestra libertad; los elementos, un gran número de afiliados entre los negros mansos, como nos dicen a nosotros los esclavos, entre los bozales que viven asilados y entre los mulatos." (395)

Efectivamente esta sublevación existió y fue descubierta; en la Pascua la Audiencia ordenó la ejecución de los reos que habían sido presos en la Semana Santa y, la mayor parte de los años dispusieron que sus esclavos fuesen a presenciar la ejecución para que les sirviese de escarmiento. (1) La historia del período colonial registra varias rebeliones de negros en 1537, 1609, 1612, 1664 y 1665. (2)

Riva Palacio nos informa a través de un diálogo de sus personajes que a los negros les estaba prohibido usar armas. "¿Armas? Los esclavos no podemos tenerlas y menos desde el motín de Jueves Santo".(371) Bravo Ugarte confirma este dato. "Los negros además de estar excluidos de los empleos tenían prohibido también tener armas". (3)

Riva Palacio menciona dos levantamientos realizados por los indígenas mismos que también están consignados en los tratados de historia:

(1) Cf. Bravo Ugarte, Ramón, Historia de México, p, 68.

(2) Cf. Alvear Acevedo, Carlos, Historia de México, p, 167.

(3) Bravo Ugarte, Ramón, Op.Cit. p, 69.

En Martín Garatuza alude a la rebelión de 1546; "El despecho y la desesperación hicieron que varios mexicanos pensasen sacudir el yugo de los españoles, pero la conspiración fue denunciada".(666) El historiador Cue Cánovas indica que el virrey Antonio de Mendoza hizo ajusticiar públicamente a los que declaró jefes de ella. (1)

En Monja y casada aparece el movimiento efectuado por los indios tepehuanes: "El gobernador de Durango, don Gaspar Alvear, había escrito al virrey dándole noticias de que comenzaba un alzamiento de los indios tepehuanes"...(440) Según Cue Cánovas este movimiento ocurrió en 1616 y fue sofocado por el mismo gobernador de la Nueva Viscaya. (2)

La conspiración que preparaban los criollos en Martín Garatuza no aparece registrada en 1624 en la historia de México. Pero esta información no dista mucho de la realidad pues durante el período colonial ocurrieron varios intentos para derrocar al gobierno español, mismos que fracasaron por carecer de un plan bien definido, organización y elementos. Cue Cánovas da noticia de esos intentos y explica que "desde su nacimiento, la sociedad novohispana presentó antagonismos en el orden social, económico y político, originados en las desigualdades de riqueza y en los privilegios políticos y jurídicos de los grupos del poder...por lo que ocurrieron rebeliones de españoles e insurrecciones y conspiraciones de criollos." (3)

(1) Cue Cánovas, Agustín, Historia social y económica de México, p,184.

(2) Cue Cánovas, Op. Cit. p, 69.

(3) Cue Cánovas, ibidem, p, 182.

El proceso inquisitorial de la familia Carbajal referido en Martín Garatuza fue auténtico. El mismo Riva Palacio lo registra en El libro rojo; Artemio de Valle Arispe en Inquisición y crímenes y Alfonso del Toro en La familia Carbajal. Aunque en torno a la vida de esta familia Riva Palacio inventa muchas aventuras, algunas sumamente fantásticas como el tórrido romance que sostiene Isabel de Carbajal con Cuauhtémoc del cual surge descendencia mestiza, el autor narra con objetividad la parte correspondiente a la preparación y ejecución del primer auto de fe celebrado en la Ciudad de México.

Un hecho que no se apega estrictamente a la historia es la visita del príncipe holandés Nassau al puerto de Acapulco. El personaje es auténtico; gobernó en Nueva Holanda, tuvo ideales independentistas y ayudó a los indígenas de su región. Pero no pisó tierra mexicana con la finalidad de brindar apoyo a los conspiradores de la Nueva España. Sus tropas vinieron a invadir el puerto hacia 1624. (1)

Como se puede apreciar, el contenido histórico de las novelas de Riva Palacio está bien fundamentado, sin embargo, como todos los autores de novelas históricas se permite la licencia de alterar algunos datos. Antonio Castro Leal al hablar de nuestro autor justifica esta actitud:

"Las novelas de Riva Palacio son una muestra del eterno conflicto de la novela histórica entre la exactitud de los hechos y la libertad creadora, en la que no todo está a favor de la exactitud ya que la fantasía suele crear un ambiente de mayor evocación histórica que la paciente acumulación de datos arqueológicos."(2)

(1) El príncipe Juan Nassau gobernó en Nueva Holanda, Brasil, hacia 1637. Su gobierno puso límite al sórdido afán comercial de sus compatriotas y protegió a los indios. Quiso convertir Nueva Holanda en un estado libre pero fracasó. Su partida en 1644, señaló el comienzo de la decadencia de los establecimientos holandeses en Brasil

(2) Castro Leal, Antonio, Monja y casada, p. IX.

Las novelas de Riva Palacio no son crónicas ni historiales de toda una vida, son novelas que poseen una estructura y un propósito estético. Por supuesto guardan relación identificable con la época a la que se refieren y no deben juzgárseles por la exactitud de tal o cual detalle sino por el todo que comprenden. Y el caso es que la ficción y la realidad que presentan dan una imagen expresiva del pasado virreinal. Aún con las modificaciones que contienen, son auténticamente históricas ya que muestran con adecuada fidelidad el escenario de una época, donde aparecen figuras históricas que dan mayor realidad al cuadro y las acciones se adecúan a las características de esos tiempos.

3.5 La sociedad novohispana.

Uno de los atractivos que tienen las novelas estudiadas es esa tendencia a mostrarnos las costumbres peculiares novohispanas. El autor muestra los tipos, el medio ambiente, las preocupaciones y tendencias de esa sociedad, criticando en algunas ocasiones los vicios de ésta y poniendo en boca de sus personajes el lenguaje propio de su condición social.

3.5.1 Medio ambiente.

El medio ambiente en el que actúan los personajes está lleno de intranquilidad política y social. En Monja y casada, el autor describe la situación de los habitantes de la Capital durante el gobierno del virrey don Diego Fernández de Córdoba: "A las doce de la noche casi nadie andaba por las calles y sólo de cuando en cuando se percibía el farolillo de un alcalde que iba de ronda o la luz de un escudero o rodrigón alumbraban el camino de un oidor, de un intendente o de una dama que volvía de alguna visita". (355) Por las noches pocos podían salir de su casa, porque cuadrillas de hombres armados atracaban a los ciudadanos sin que la policía de seguridad hiciera algo por evitarlo.

Los pobres, oprimidos, no encontraban amparo en la justicia; el monopolio de los ricos encarecía de tal manera los artículos de primera necesidad que había gente que se moría de hambre. "La justicia se administraba al mejor postor y como una mercancía; los ricos fuera del alcance de la ley y de la autoridad, se constituían en señores feudales con derechos de vida y haciendas asombrando al reino con su soberbia". (474)

Los caminos estaban plagados de malhechores y en aquellos tiempos era muy expuesto viajar sin el acompañamiento de una escolta. Los viajeros procuraban reunirse en caravanas para protegerse de los asaltos de los ladrones. Debido a esto, uno de los personajes, don Melchor Pérez de Varais, que había salido de Metepec con dos criados solamente, aprovechó la compañía de un grupo de gente que iba a caballo, ya que "aún en las mismas puertas de la ciudad solían acontecer robos". (582)

El virrey Fernández de Córdoba pasó a gobernar el Perú y en su lugar quedó el marqués de Gelves en 1623. Para el virrey Fernández esto significó "un ascenso en su carrera política por lo más pingüe de aquel virreinato en que se gozaba de treinta mil ducados de sueldo, es decir dieciséis mil quinientos pesos, y la Nueva España era un virreinato de veinte mil, que hacen diez mil quinientos." (473)

Cuenta Riva Palacio que fue el marqués de Gelves quien, con voluntad firme, comenzó a poner remedio a los males del país. Los monopolios de las semillas y demás artículos de primera necesidad cesaron, bajaron así los precios aliviando las necesidades de los pobres que habían llegado a un extremo increíble por los revendedores "entre los cuales se encontraba el mismo arzobispo, que tenía en su casa una carnicería que le hizo quitar el virrey". (473)

La justicia empezó a administrarse a todo el mundo y fueron castigados ricos, caballeros, jueces, alcaldes y abogados por las faltas en su administración. Por otra parte, las cuadrillas que salían por todas partes en persecución de los delincuentes habían logrado aprehender y castigar a muchos dejando limpios los caminos y devolviendo la tranquilidad a los vecinos.

La acción de Martín Garatuza se desarrolla en un ambiente de turbulencia política ocasionada por el tumulto de 1624. En ese tiempo llegó como virrey don Rodrigo Pacheco de Osorio, marqués de Cerralvo, acompañado del visitador Martín Carrillo para investigar las causas del levantamiento de su predecesor. Los habitantes estaban a la expectativa pues desconocían las medidas que impondría el nuevo gobernante para restaurar el orden.

Esto, constituye el medio social en el que se desarrollan una serie de actividades de la vida familiar o cotidiana de los habitantes coloniales y que, afortunadamente, podemos conocer a través de las novelas de Riva Palacio. A continuación mostraré cada una de esas costumbres.

3.5.2 Festividades.

En la época colonial había dos tipos de fiestas que animaban a los habitantes y en las que todos podían participar: las religiosas y las cívicas. Estas tenían mucho esplendor por la participación de las autoridades que concurrían a ellas por devoción y para cumplir con el deber social. Otro tipo, eran las privadas que se realizaban para celebrar algún suceso familiar como un bautizo, un cumpleaños o una boda.

De las fiestas públicas nos dice al autor que en aquellos tiempos el lujo de los vestidos, de los carruajes y de las casas era tal, que no había ciudad que no envidiara en esto a la naciente capital de la Nueva España.

"Una inmensa cantidad de carrozas invadía las calles y los paseos en los días de fiesta y con tanta magnificencia que los caballos llevaban las herraduras de plata, y en sus guarniciones se usaba el oro. La clase baja del pueblo vestía con tanto lujo que un artesano no se distinguía en un día de fiesta de uno de los oficiales reales o de un hidalgo rico." (648)

Una de las festividades más atractivas para la gente era la que se realizaba con motivo del Carnaval. En ella los participantes andaban por las calles con máscaras y antifaces haciendo lujosas y elegantes comparsas, "eran libres y espléndidas, y en los días que pasa nuestra historia, si bien no había bailes públicos, las calles, los paseos y las casas particulares estaban alegres y animadas." (498) Por las calles pasaban comparsas de estudiantes con panderos y guitarras entrando a las casas y alborotando a todos con sus cantos.

En Martín Garatuza podemos ver cómo era el ambiente de la ciudad cuando hacía entrada solemne un nuevo virrey. Toda la población estaba inquieta, las calles principales se vestían de arcos y cortinas, los ricos ponían en sus balcones aparadores en donde ostentaban vajillas de porcelana, de plata y de oro. Desde muy temprano la gente circulaba por las calles por las que debía atravesar el virrey, procurando tomar un buen lugar para ver desfilar a la comitiva; otros, paseaban para ver a las damas que se asomaban a los balcones y para lucir sus trajes de gala.

"El marqués de Cerralvo atravesó la calle en medio de vítores y flores, las campanadas de las iglesias repicaban a vuelo y los cohetes se cruzaban en todas direcciones...Gataban los muchachos, echaban flores algunas damas desconocidas y lanzaban cohetes los hermanos de las cofradías y los esclavos de algunas casas grandes." (623)

Por la noche, las calles que otras veces a esas horas ya estaban solas permanecían llenas de gente que paseaba y se divertía.

"En las ventanas y en las puertas había farolillos encendidos; los ricos los habían puesto de vidrio y los pobres de papel; en algunas casas el lujo había llegado hasta poner en los balcones guardabrisas de

cristal con bujías de cera. En las calles había lumbradas colocadas unas en el suelo hecho de madera con una especie de jaula de hierro en la punta, donde se ponía a arder la leña; estas lumbradas anunciaban los puestos donde se vendían frutas, dulces, buñuelos, pato o tamales. La multitud se rodeaba allí en los puestos y las damas principales no se desdeñaban de acercarse a comprar alguna cosa de las que excitaban su apetito". (633)

El pueblo acudía gustoso a esos festejos pues eran muy pocas las oportunidades que tenía para divertirse y romper con la rutina.

Los eventos sociales particulares eran generalmente celebraciones íntimas, lo podemos observar en la boda de doña Esperanza y don Leonel que se llevó a cabo dentro de una casa y con pocos invitados. Las personas que desde la calle miraban sólo podían ver la luz que salía por las ventanas.

Por supuesto no faltaron las bodas fastuosas y llamativas como la realizada por don Pedro de Mejía con doña Catalina de Armijo. Ésta se realizó con gran pompa y escándalo; los lacayos, los esclavos y los reposteros entraban y salían de la casa. Multitud de esclavos esperaban en el patio y en la calle aguardando el momento en que se presentara la novia. Cuando ésta salió de su casa, "dos hileras de lacayos le hacían valla, la música sonaba y los cohetes iluminaban una parte del cielo." (714)

Comenta el autor que por un exceso de lujo y ostentación, muy común en aquellos tiempos, todo el camino que debía recorrer la desposada, se embaldosaba con barras de plata; "Aquella ostentación, que en nuestros días hubiera parecido una locura, era, sin embargo, la costumbre de los potentados de México en los primeros siglos de la dominación española." (714)

Las fiestas particulares no eran muy comunes y mucho menos por la noche. Terminaban aproximadamente a las diez, debido a los peligros de la ciudad los participantes volvían temprano a sus casas

3.5.3 Epidemias.

Otra de las informaciones interesantes que aportan las novelas de Riva Palacio es la que se refiere a las epidemias de peste que asolaron a la ciudad. El autor menciona la ocurrida en 1576-1577; el tifo, llamado metlazáhuatl por los indígenas, produjo enormes estragos en la población. La situación de los desesperados habitantes era la siguiente:

Las casas quedaban desiertas y multitud de cadáveres se agrupaban en las plazas. En vano agotaban sus recursos para remediar tanta desgracia, el obispo, el clero y los principales jefes de gobierno. Aquella enfermedad no tenía cura. Algunas casas vacías se acondicionaron para depositar y cuidar ahí a los enfermos, pero no era posible atender a tantos. Los médicos no encontraron remedio a esa enfermedad que se manifestaba con terribles dolores de cabeza, inquietud, un deseo irresistible de huir de las habitaciones y hemorragia nasal; a los nueve días el enfermo moría. Muchos de los cadáveres eran arrojados a las acequias y otros, devorados por los perros. En los panteones se hacían inmensas zanjas donde los sepultureros tiraban a los muertos. "De nada valía la ciencia, y el cuidado de los apestados se encomendó a los frailes de los conventos de la ciudad." (676)

Las epidemias se propagaban rápidamente debido a las condiciones insalubres de la ciudad en donde los drenajes corrían por encima de las calles y la basura se amontonaba en las esquinas y además, por la falta de recursos médicos avanzados que pudieran controlar el mal.

3.5.4 Hospitales.

Por esa época ya había hospitales los cuales eran instituciones de caridad y sólo acudían a ellos las personas de bajos recursos económicos. Los ricos eran atendidos en sus casas. En una escena de Monja y casada ocurre una riña y a don Alonso de Rivera, "como caballero tan principal, se le condujo a su casa y en cuanto a la beata, como era pobre, fue a dar a uno de los hospitales que tenía entonces ya la ciudad de México." (434)

3.5.5 La Nao de China.

Al describir las actividades de los personajes coloniales, Riva Palacio nos informa que las damas principales compraban objetos caros traídos de Oriente por la Nao de China. De ella adquirían pañolones bordados, telas finísimas de nipsis*, tibores y jarrones fantásticos, vajillas de porcelana, adornos y juguetes de marfil, en general toda clase de objetos valiosos y escogidos. "Apenas los ricos cargamentos que llegaban por Acapulco en la Nao de China se anunciaban en México, Luisa se apresuraba a comprar". (401)

3.5.6 Otra costumbre más.

Una de las actividades que forzosamente tenían que realizar las personas era el encender fuego para prender los candiles o bujías con que se iluminaban y las hornillas donde cocían los alimentos. Lo hacían frotando un eslabón contra un trozo de

(*) Nipsis.- Tejido que se fabrica con las más finas fibras del árbol de la nipa procedente de Oceanía.

pedernal, las chispas que se salían prendían en una pajuela de azufre y ésta era colocada encima de algún material flamable; aceite, cera o madera. En un pasaje de la novela Garatuzza pide al Zambo que encienda la luz y ocurre lo siguiente; "Se oyó el choque de un eslabón contra la piedra, se vieron las chispas blancas del pedernal y luego la roja lumbre de la yesca y la azulada luz de una pajuela de azufre y, por último, el claro resplandor de una bujía de cera." (359) Para prender una hornilla la Sarmiento "encendió una pajuela de azufre y la colocó entre la leña; la llama se alzó...la madera que servía de combustible empezó a arder y colocó sobre el hornillo la vasija con el líquido". (380)

3.5.7 Transporte y comunicación.

Sobre el transporte y la comunicación las novelas nos informan que las personas empleaban caballos, burros, mulas, carrozas y sillas de manos. Como es de suponerse, la elegancia de las carrozas dependía de la posición social y económica de los usuarios. El número de caballos o mulas que las arrastraban estaba de acuerdo con el cargamento o la distancia que debían recorrer. Así tenemos que don Carlos de Arellano, para mudarse de Xochimilco a la Capital, uso una pesada carroza de camino tirada por ocho poderosas mulas.

Las sillas de manos sólo eran utilizadas por personas principales en distancias cortas y, para penetrar a sitios donde no había manera que entraran las carrozas. Cuando se celebró la primera misa en las casonas donadas para el convento "entró por el zaguán de la casa una lujosa silla de manos, llevada por dos robustos esclavos. La silla se detuvo en la puerta de la improvisada capilla y salió de ella una mujer". (364) También el arzobispo la empleaba; "En una silla de manos se había hecho conducir a la Audiencia". (520)

La comunicación entre los habitantes de la Nueva España se llevaba a cabo a través de cartas o recados escritos y orales enviados con los sirvientes. Las damas enamoradas se valían de personas de su entera confianza para mandar sus esquelas a sus novios: Martín entrega al oidor una nota cuidadosamente doblada y perfumada enviada por doña Beatriz. "-Por el aroma le conociera aunque no viese las letras -dijo el oidor besándola." (358)

Los ricos, cuando recibían un servicio de información o un favor personal de alguien que no estuviera a su servicio, daban como recompensa una gala. El monto de la propina variaba según la generosidad de la persona o de la dificultad del servicio. En un pasaje de Monja y casada, el Ahuizote se molesta por la mísera gala que le dio don Pedro de Mejía y furioso, la arroja a una acequia. Don Fernando de Quezada se entera de lo ocurrido y le da como propina una moneda de oro, el arzobispo también lo hace y "todos los que le acompañaban, por imitar a Su Ilustísima, dieron al Ahuizote una gala." (408) La gala podía ser un objeto valioso como el que Luisa da al mismo Ahuizote por conseguirle una cita con don César: "Eres muy hábil y te debo una gala. Toma. -Y desprendió de su cuello una cadena de oro, que el Ahuizote sin la menor ceremonia se plantó." (41)

También acostumbraban mandar a un sirviente de confianza a averiguar con los sirvientes de otra casa lo que allí estaba sucediendo. Luisa envía a uno de sus empleados a investigar sobre el paradero de doña Blanca y éste le informa lo siguiente: "Eso sí no he podido saber y tal vez más tarde me lo dirán, porque estas noticias las tengo de un criado de don César, íntimo amigo mío." (507)

3.5.8 Libros.

Siendo natural que el escritor se interesara por la situación en la que se encontraban los libros pues éstos desempeñan un papel fundamental en la transmisión de la cultura, no deja de explicar a los lectores que en ese tiempo los libros eran muy caros y escasos, incluso "para la gente que por su profesión necesitaba de ellos". (372) Y además, que la Iglesia y el gobierno pusieron restricciones a su circulación con el afán de evitar la infiltración de ideas que alterarían la mentalidad de los colonos. Esto se aprecia en la escena donde doña Esperanza dice a su madre que a veces le dan ganas de destruir los libros que le exaltan el ánimo. La madre responde "harás mal, hija mía; esos libros conseguidos a tan alto precio y que tenemos que ocultar de las autoridades y de la Inquisición, han abierto mis ojos a la luz". (611) En este pasaje el autor hace alusión al valor de los libros como un medio para concientizar a las personas.

3.5.9 Monedas.

En cuanto al tipo de monedas que circulaban en la Nueva España el autor dice que a pesar de la riqueza fabulosa de las minas de oro y de plata los colonos conocían y usaban poco las monedas de oro en sus mercados. Las de plata eran más usuales y "no eran redondas como las de ahora sino irregulares." (371) Las de oro empleadas por los personajes son ducados y escudos; las de plata, pesos, reales y duros. A continuación cito algunos momentos donde sale a colación el tema del dinero.

Teodoro cuenta a sus amigos que es muy rico y Martín no le cree pues un esclavo. "Esos pobres se piensan poderosos cuando

cuando tienen cien reales". El negro sonrió con desdén y les informa que su capital asciende a cien veces mil escudos. Martín se impresiona con el monto de esa suma. (385)

Don Melchor Pérez de Varais decide fugarse hacia España al saber que la Audiencia le había impuesto una sentencia de "setenta mil ducados." (493):

El virrey ordenó suspender la construcción del convento hasta que reunieran los fondos necesarios para la obra. "Será preciso que haya en las cajas de la fábrica doscientos mil pesos." (365)

El marqués de Cerralvo regala a Andrea "cien duros para lutos" por la muerte de Martín. (759) (1)

3.5.10 Costumbres funerarias.

En los relatos fallecen personajes dando oportunidad al autor para platicarnos algunos detalles de lo que se acostumbraba hacer en esos casos.

Los funerales de la gente principal eran verdaderamente suntuosos: "El cajón en donde iba el cadáver era llevado en hombros hasta el cementerio por los principales amigos; tras él marchaban las hermandades, las comunidades religiosas y multitud de personas del clero." (552) En cambio en uno de los lugares más pobres

(1) Según datos de Bravo Ugarte, desde el principio de la Colonia se fabricaron monedas de oro, plata y cobre; pero tanto las de oro como las de cobre dejaron pronto de acuñarse; las de cobre porque los indígenas las tiraban al lago de Texcoco, y las de oro por haberlo prohibido una cédula real en 1538. En 1679 se volvió a acuñar legalmente el oro y posteriormente las de cobre, que ya circulaban desde mediados del siglo XVII entre los comerciantes, mineros y hacendados.

Las monedas de oro eran de ocho, cuatro, dos y un escudos, valiendo el escudo dos pesos. Las de plata eran: pesos, tostones, pesetas, reales, medios y cuartillas, que respectivamente valían ocho, cuatro, dos, uno, un medio y un cuarto de reales. Las de cobre fueron cuartos y medios cuartos de cuatro y dos maravedís, equivaliendo el maravedí a seis décimos de centavo. Historia de México, p, 93.

y apartados de la ciudad, estaba tendido el cuerpo de un hombre como de cuarenta y cinco años que "tenía al lado una pequeña vela de sebo que ardía pegada al suelo, y sobre el estómago del cadáver había un plato de barro, viejo y roto, en el que se habían depositado algunas monedas de cobre".(754) Una vieja lo velaba por obra de misericordia, mientras se reunía dinero para su entierro porque como estaba solo podía ser devorado por los cerdos o por los perros.

Para mostrar que una casa estaba de luto, mandaban cubrir con lienzos negros todos los muebles, los cuadros y las cortinas; las ventanas permanecían cerradas por varios días. Los deudos también vestían de negro y salían de casa lo menos posible. Así lo hizo doña Catalina de Armijo quien "reconocida como la viuda de don Pedro no había omitido gasto para dar muestras de su dolor y apenas salía al templo por las mañanas, envuelta en negras tocas." (767)

3.5.11 Ocupaciones y oficios.

Riva Palacio dio amenidad a sus obras incluyendo los grupos sociales existentes en la Nueva España. En la novela Monja y casada describe la variedad de castas que se formaron: "Españoles, indios, negros y mulatos; los hijos de español e india, mestizos; los de indio y negra, zambos; luego una porción de subdivisiones, como pardos, coyotes, saltatrás, etc.".(409) Y explica que en ese entonces las razas estaban muy bien marcadas y se podía reconocer fácilmente a cual grupo pertenecía una persona.

Así mismo, en las novelas presenta una amplia gama de ocupaciones y oficios de los habitantes de la sociedad colonial. Aparecen las siguientes:

Entre los personajes que desempeñan alguna actividad relacionada con la administración pública figuran: los virreyes, quienes gobernaban en nombre y con autoridad del rey. El juez pesquisador o visador encargado de inspeccionar las funciones de los gobernantes, "Don Martín Carrillo había sido enviado por el rey para proceder a la averiguación de todo lo relativo al tumulto". (623) El alcalde mayor de Xochimilco don Carlos de Arellano, nombrado por el virrey para administrar justicia y cuidar el buen trato a los indios en su distrito. El corregidor de Metepec don Melchor Pérez de Varais, que tenía funciones similares a las del alcalde mayor. El capitán general, que sustituía al virrey cuando por algún motivo cesaban sus funciones, lo podemos apreciar en esta nota: "Don Pedro de Vergara dijo al pueblo que el virrey estaba destituido por la Audiencia, que él había sido nombrado capitán general de la Nueva España y con esa investidura ordenaba a todos que se reuniesen con sus armas en la plaza principal de la ciudad." (530)

Encontramos también secretarios del virrey y de la Audiencia, oidores o ministros de justicia, alguaciles que eran oficiales inferiores de justicia, centinelas o soldados armados, intendentes encargados de alguna empresa del gobierno, un regidor perpetuo encargado de administrar justicia en un municipio y , un alférez real que era un oficial de baja categoría en el ejército encargado de llevar el banderín.

Con referencia al clero nos presenta al arzobispo de México, a los obispos de Puebla y Michoacán y a un subdelegado apostólico. Sobre sus funciones el autor explica que "El Papa Gregorio XIII, por bula especial, había nombrado para casos semejantes, en los que alguno se sintiese agraviado por la autoridad del arzobispo, juez delegado apostólico al obispo de Puebla". El arzobispo Pérez de la Cerna se rebeló contra su autoridad y el delegado confirió por delegación todo su poder a un religioso de Santo Domingo. (515)

Martín Garatuza inicia su actuación haciéndose pasar por un clérigo que sólo había recibido las órdenes menores o prima tosurra. Posteriormente, obligado por las circunstancias, hace el papel de sacerdote y hasta llega a officiar misas.

Otras funciones clericales que surgen son las de frailes, sacristanes, monaguillos, monjas y beatas, estas últimas eran mujeres que sin ser monjas vestían hábito, vivían en su casa o en comunidad y se mantenían de la caridad de la gente.

La Inquisición ocupa un lugar importante en las aventuras por eso aparecen varios de sus miembros, tales son el inquisidor mayor, varios escribanos, el alguacil mayor, el promotor fiscal, algunos carceleros, los familiares encargados de hacer las aprehensiones y los verdugos que daban fin a la vida de los acusados.

En relación con el trabajo doméstico aparecen los esclavos negros, criados, sirvientas, lacayos, jardineros. Las personas importantes se hacían acompañar de un escudero cuando hacían una visita; si el viaje era en carroza, acudía el palafranero que era el mozo encargado de llevar el freno del caballo y de su cuidado. Las damas tenían a su servicio dueñas, mujeres viudas que guardaban a las demás criadas y acompañaban a su señora cuando ésta salía de casa. Veamos un ejemplo: "...una carroza se detuvo en la gran puerta de la casa de la calle de la Celada. Un escudero puso el estribo y una dama, seguida de dos dueñas, descendió del coche. Los lacayos y los palafraneros que andaban por el patio se discubrieron respetuosamente." (367)

Otras ocupaciones en las que podía ejercitarse una mujer humilde son las descritas por doña Juana de Carbajal: "barría las calles, ayudaba en las casas, hacía mandados en los conventos de monjas, todo esto por una retribución tan corta que apenas me alcanzaba para comer." (685) Posteriormente esta mujer logró emplearse en una especie de hostería donde servía alimentos a los parroquianos.

En lo que toca a las ocupaciones de las mujeres de buena posición económica, nos enteramos que eran muy pocas; no desempeñaban ningún trabajo fuera de la casa ni tampoco dentro de ella porque estaban rodeadas de sirvientes que hacían todos los quehaceres, incluso llamar a otra persona que estaba dentro de la misma casa; ..."hacedme la gracia de decirle a mi hermano don Pedro que deseo hablar a solas con él." (467) Relizaban visitas sociales, iban a la iglesia, bordaban y rezaban en casa. "La joven bordaba un palio sentada enfrente de una alta ventana que daba a los patios interiores", y luego de hablar con don Alonso sobre la boda de su hermano "Blanca fue a arrodillarse en su reclinatorio" y empezó a pedir por él. (467)

En una escena dentro de la casa de Teodoro, mientras él componía algunas plantas del jardín para entretenerse, lo seguían sus hijos y su mujer "cosiendo bajo un emparrado les miraba con un placer indecible de cuando en cuando. Era el cuadro de la felicidad doméstica." (486)

El lado opuesto de las actividades femeninas antes descritas surge con la presencia de las mujeres dedicadas a la prostitución. Sobre este asunto tenemos que es uno de los más criticados por el autor, no tanto por la existencia de esas damas, sino por la hipocresía de los hombres que tenían tratos con ellas:

"Los hombres más notables ostentaban públicamente a sus queridas, las esposas eran abandonadas muy a menudo por los maridos que compraban y emancipaban negras y mulatas para tenerlas a su lado por algún tiempo, hasta que cansados de ellas, las abandonaban también, y ellas iban entonces a aumentar el increíble número de mujeres perdidas que pululaban en la ciudad. Y lo más notable es que estos mismos hombres gozaban de grande fama de virtud, por sus excesivas limosnas a los templos y a los monasterios, y por las fundaciones piadosas que a cada momento hacían." (410)

Las mujeres galantes eran generalmente mulatas, algunas indias y una que otra mestiza. Nos dice el autor que en aquellos tiempos México era una de las ciudades donde la prostitución era muy escandalosa; que ya no estaba vigente la ordenanza de Felipe II que obligaba a este tipo de mujeres a vestir de paño pardo con adornos de pico en el traje "de donde vino el refrán vulgar de andar de picos pardos." (755)

En las novelas no podía faltar la presencia de los hombres dedicados al comercio como don Pedro de Mejía, uno de los más acaudalados de México, y don José de Albalabide quien antes de ser encarcelado en la Inquisición, tenía una de las mejores tiendas en la plaza principal. Además, nos informa que existían los llamados regatones que controlaban el monopolio de las semillas y demás productos de primera necesidad, "eran compradores y revendedores." (474)

El autor también nos habla de las personas que se dedicaban al cuidado de la salud. Notamos que además de los cirujanos había hueseros, curanderos y yerberos en la escena donde don Melchor pide a sus secuestradores le lleven una persona que cure a doña Blanca. "Señor, por aquí no hay físicos ni cirujanos; y ésta es una componedora de huesos y herbolaria que sabe muchas medicinas

y por eso la traigo." (584) Además añade una explicación sobre la efectividad de la herbolaria.

"A los que no conocen cuánta inteligencia tienen esos curanderos de los campos y cuántos secretos poseen sobre las virtudes maravillosas de las plantas, árboles y piedras, les parecerá verdaderamente una vulgaridad el que se crea que sanan en algunas ocasiones heridas y enfermedades con tanta rapidez como no lo haría el cirujano más práctico, y sin embargo, nada es más cierto y algunos de esos secretos han llegado a ser, como el huaco, el anacahuite y la raíz de Jalapa, puestas al alcance de la ciencia, altamente apreciados." (586)

Los relatos incluyen la presencia de trabajadores de la construcción. "Una muchedumbre de obreros estaba allí esperando el momento de comenzar los trabajos de demolición... Los sobrestantes parece que no esperaban más que la llegada del oidor para comenzar la obra". (406) Menciona a los arquitectos cuando narra el asunto de la edificación de la Catedral; "El arquitecto es el que va con la luz de la inteligencia a moverse, a ordenarse, a colocarse, a formar una maravilla del arte y a materializar en una mole gigantesca una idea encendida en la pequeña cabeza de un hombre." (376)

Otras personas que concurren en las historias son un barbero, un sepulturero, un zapatero, unos estudiantes, y los limosneros que con regularidad atravesaban las calles de la ciudad y se instalaban en las puertas de los templos. "-!Señores caballeros, por el honor que usías gozan y por la salvación de sus almas, una limosna a un pobre necesitado!" (646)

Por último, nombro a los personajes que no pueden faltar en novela de aventuras; aquellos que viven al margen de la ley, truhanes, malechores y bandidos. El mismo Martín Garatuza

"figuró como una notabilidad por sus crímenes en el siglo XVII." (372) Tenía contacto con la peor ralea y conocía muy bien la ciudad para saber dónde vivían las mujeres perdidas y los parroquianos que las frecuentaban, "que eran siempre camorristas, pendencieros y hombres de mala conducta." (360) (1)

La participación de este tipo de personas es importante en la trama. Por ejemplo, la Perla, quien tenía una casa de prostitución, ayuda a Martín en su plan de hacerse pasar por muerto ante las autoridades. El bandido Guzmán provoca la muerte de doña Blanca y, por encargo de Alonso de Rivera secuestra a doña Esperanza de Carbajal. El Ahuizote y la bruja Sarmiento, personas sin escrúpulos dedicados a efectuar toda clase de trabajos sucios por dinero, son fundamentales en el desarrollo de Monja y casada pues los malos triunfan gracias a sus servicios y consejos.

Con estos personajes doy por terminada la presentación de las ocupaciones de la sociedad colonial que Riva Palacio captura en sus interesantes aventuras.

3.5.12 Costumbres religiosas.

En la trama de sus novelas Riva Palacio describe las prácticas religiosas del siglo XVII. Estas prácticas constituyen un marco indispensable, así como el temor al Santo Oficio que hace acto de presencia. Las acciones corren entre toques de campanas, las celebraciones de la iglesia y las solemnes procesiones.

(1) En un diálogo de Los empeños de una casa, Sor Juana Inés de la Cruz menciona a ese conocido personaje. Esto demuestra lo popular que debió haber sido en esa época.

" Quién fuera aquí Garatuza
de quien en las Indias cuentan
que hacía muchos prodigios."

"La mañana comenzaba ya a blanquear el horizonte; comenzaba ya a sentirse ese ruido que constituye, por decirlo así, la vida de una ciudad. Las campanadas de los templos llamaban a primera misa y los muy devotos y los hombres trabajadores se levantaban a toda prisa y se lanzaban a la calle como abejas atraídas por el sonido de las campanas." (578)

Los personajes encomiendan sus acciones diarias a Dios; a él recurren pidiéndole que se resuelvan sus problemas o se aplaque el odio que existe en el corazón de alguien. En el Todopoderoso encuentran el consuelo necesario para sobrellevar una situación dolorosa. "Es una prueba que el Señor os envía, a la que debéis sobreponeros" dice doña Juana de Carbajal a su hija cuando la ve sufrir por renunciar al amor de Leonel; "hija mía, Dios te bendecirá, Dios premiará tu sacrificio".(613) Más adelante del relato la misma Esperanza llora desconsolada por la muerte de sus padres. Martín llega a su lado y la consuela de esta manera: "Hay males que no tienen remedio, uno de ellos es la muerte; pero aún en este caso, la religión que profesamos tiene consuelos para los vivos, que sirven de descanso y gloria a los muertos." (764)

En los casos de muerte era necesaria la presencia de un sacerdote que diera sepultura eclesiástica al difunto. Posteriormente se le ofrecían misas y rezos durante varios días. Doña Esperanza no deja de pedir a Dios ni un momento por el alma de sus muertos, pero no es suficiente y Martín le indica que "para sacar a las almas que gimen y padecen en el purgatorio son necesarias las oraciones de la iglesia más o menos solemnes. La iglesia tiene sus ritos, sus ceremonias, que son sin duda más eficaces para el descanso de las almas de los fieles." (674)

La gran devoción que sentían los llevaba a encomendar y ofrecer sus actividades diarias a la Divinidad. "Un sonoro grito de

Ave María, dado por uno de los capataces fue repetido en coro por todos aquellos hombres que se quitaron el sombrero devotamente...y los trabajadores empezaron su labor." (406) Las expresiones piadosas abundan en los diálogos; "Dios me ampare", "Dios premiará vuestra hidalguía", "!Sangre del Redentor!", "Dios te guarde", "Pluguiese a Dios", "Por mi fe de cristiano", "Dios mío alúmbrame", "Loado sea el Señor" y muchas más.

Las ceremonias religiosas eran muy esplendorosas por la gran religiosidad de los habitantes; a ellas acudían las personas notables de la Colonia. El autor detalla cómo se llevó a cabo la ceremonia de la fundación del convento de Santa Teresa. Entre los asistentes se contaba al arzobispo de México, el obispo de Michoacán, la Real Audiencia, el virrey y los tribunales, el cabildo eclesiástico y un sinnúmero de damas y caballeros de las más ricas familias de la ciudad. "El templo estaba profusamente iluminado, los altares cubiertos de plata y ricos sillones recamados de oro, y en bancas de terciopelo carmesí, con flecos y borlas de oro se sentaba una noble y escogida concurrencia".(446)

Se efectuó la bendición de los nuevos hábitos y el arzobispo entonó unos cantos que siguieron todos con gran solemnidad;

"Las dos fundadoras se presentaron entonces en la reja del coro bajo, acompañadas de las hijas de la virreina, que habían entrado a servir las de madrinan y se arrodillaron. Se leyó el Breve de Su Santidad, y el arzobispo, después de una corta y elegante plática, recibió de ellas los nuevos votos de la religión de Santa Teresa, y entonces las madrinan, desnudándolas de los antiguos hábitos les vistieron los nuevos que en dos fuentes de plata tenían fray Nicolás de San Alberto y fray Rodrigo de San Bernardo, carmelitas descalzos del convento de México."(446)

Observamos en las novelas que la vida al servicio de Dios fue una alternativa frecuente para los habitantes de la Nueva España. Algunos la elegían libremente por propia convicción. Otros fueron obligados por las circunstancias o por considerarla un refugio donde consolar sus penas. Doña Beatriz de Rivera decide profesar al perder al hombre que ama; "no encuentro amparo ni consuelo sino en el claustro con Dios." (448) Don César de Villaclara se queda en el campo haciendo vida de oración y penitencia después de vengar la muerte de doña Blanca de Mejía. "Viviré aquí, aquí para orar siempre por doña Blanca, para recibir la muerte cuando Dios sea servido de enviármela." (841) Doña Catalina de Armijo, después de haber llevado una agitada y licenciosa vida, se arrepiente y decide tomar el velo esperando de esa manera encontrar la paz y la tranquilidad para su alma. "El mundo no tiene para mí atractivos...y mi alma ha sentido un dolor inmenso porque no puedo sentir ya más de lo que he sentido...he determinado marchar a España y tomar allí el velo en alguno de los conventos de arrepentidas." (835)

El caso de las vocaciones obligadas era frecuente; lo expone el autor con doña Blanca de Mejía a quien su hermano obliga a profesar para no entregarle su parte de herencia. Este personaje expresa el sufrimiento y la angustia de las jóvenes que como ella, no tenían inclinación religiosa.

"De edad de dieciséis años he tomado el velo, impulsada por la tirana voluntad de mi hermano, que tan gran empeño mostraba en verme profesar. Sin vocación para esta santa vida, mi estancia aquí es el tormento más agudo y más continuado que verse pueda...Siete años he pasado tras estos muros, siete años de lágrimas y casi desesperación".(475)

Los conventos tenían sus reglas propias por ejemplo, cuando un caballero quería hablar con una monja debía pedir permiso especial al obispo. Así lo hizo don Melchor para ver a doña Blanca. Una vez que consiguió la autorización la llevó al convento y la introdujo por una ventana construida de modo especial para que no pudiese ver a la monja que recibía el documento. "El corregidor puso el pliego en un torno, que giró, y la monja que estaba en el interior tomó el pliego." En la visita debía estar presente la esposa del caballero "para que no cause escándalo al público ni a la Comunidad el que una religiosa hable a solas con un mundano." (474) La entrevista tenía lugar en el locutorio y con la presencia de otra monja que, al igual que sor Blanca, debía permanecer con el rostro cubierto por un velo.

Por lo que nos cuenta doña Blanca de Mejía sobre el convento, podemos advertir que dentro de los claustros se hacían distinciones sociales. Beatriz de Rivera era considerada una de las monjas más aristocráticas y como tal se le trataba; cuando murió, la familia del virrey pidió que no se le enterrara dentro del convento y se lo concedieron. Las monjas ricas podían tener criadas a su servicio, una de ellas era Felisa, quien ayudó a sor Blanca a escapar pues tenía llaves de las puertas. Esta joven no ingresó como monja porque su padre no podía cubrir la dote requerida para su manutención.

Existía la relajación de votos, el Papa era quien la otorgaba después de analizar las causas por las que se pedía. Este trámite era complicado y tomaba mucho tiempo conseguirlo. "Ya sabéis, sor Blanca, que nuestras cartas a Roma han producido un buen efecto y Su Santidad ha enviado un Breve al señor obispo de México facultándole para que dentro de un año pueda relajar y anular vuestros votos." (475)

Las personas pertenecientes a la iglesia gozaban de un gran respeto y estima entre el pueblo. Al saludar o despedir al señor obispo, los fieles debían hincarse y besar el anillo pastoral que llevaba en la mano derecha. En las novelas ocurre esto en varias escenas. "Luisa besó respetuosamente el pastoral del señor obispo." (505) "El arzobispo tendió la mano, el oidor besó respetuosamente el anillo pastoral y se retiró." (365) "-Adiós Teodoro, hasta mañana, dijo el prelado dándole a besar el pastoral." (708)

El siguiente párrafo de la entrevista que sostuvo Martín Gara-tuza con el príncipe Nassau deja establecido que los sacerdotes tienen privilegios y facilidades para realizar sus actividades. "No juzgue Vuestra Alteza por el traje, que no soy clérigo; visto así para andar con menos dificultades, que en Nueva España vale más un manteo que una carta de nobleza. -Y en España vieja también-. Contestó el príncipe." (701)

Era muy usual que las personas ricas hicieran donaciones a las comunidades religiosas. Luisa aconseja a don Pedro; "Haced una donación de reales para la fundación del convento que podéis enviar por medio de doña Blanca a sor Inés para que la presente al arzobispo." (403) Y el otorgar una limosna fija a las beatas:

"-Madre -dijo don César-, perdonadme que os detenga, pero si no lo tomáis a mal os preguntaré si podré yo, sin ofenderos, ofrecer os una limosna que cada mes me he impuesto por devoción dar.

-La humildad que debo imitar de mi padre San Francisco me obligará a aceptar vuestra limosna.

-Entonces tomadla -dijo don César dando a la señora Cleofas un puñado de monedas." (420)

Una práctica común era el empleo de agua bendita para "alejar los malos espíritus, quitar las tentaciones y no tener malos

pensamientos." (486) Don César de Villaclara fue a esperar a doña Blanca y "se colocó cerca de la entrada de la iglesia, seguro de que todas las damas llegarían allí a tomar agua bendita." (425)

Para desagrar a Dios por las faltas cometidas o para alcanzar alguna de sus gracias, las personas se comprometían a realizar sacrificios, penitencias o algún voto sagrado. Don César hizo promesa de estricta pobreza y humildad por las razones que él mismo cuenta. "Después de una gran desgracia que me aconteció, -la muerte de doña Blanca,- y de mis grandes padecimientos, he hecho voto de llamarme Lázaro y olvidar el nombre que antes llevaba, hasta que Dios me saque de esta situación." (618)

Uno de los usos religiosos era sacar al Santísimo Sacramento de la iglesia para llevar el viático a los enfermos o para celebrar misa en alguna casa particular. Durante el trayecto, un monaguillo iba sonando una campanilla que anunciaba el paso del Divino Cuerpo. Los transeúntes al escucharla se arrodillaban e inclinaban la cabeza. Lo anterior se observa en el pasaje donde don Pedro recibe la comunión por última vez. El mismo arzobispo fue quien se encargó de llevárselo además, los hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesión y, "mil campanillas de todos los tamaños venían por las calles llamando la atención de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro de los acompañantes del Divinísimo. Las señoras salían a los balcones, los hombres se agregaban a la procesión." (748)

Cuando la ciudad estaba en alarma, sonaba en las iglesias el toque de entredicho el cual anunciaba la censura eclesiástica que prohibía la realización de los oficios divinos. Esto que

causaba gran alarma entre los feligreses, ocurrió al estallar el motín contra el virrey de Gelves.

"El triste sonido de las campanas de la Catedral y de todas las iglesias de la ciudad, alertaban a los fieles... Las campanadas seguían, tocaban pavorosamente a entredicho y el tumulto en las calles era espantoso. Todos salían atraídos por la novedad y la noticia de que la ciudad estaba en entredicho circulaba por todas partes helando de espanto a aquellos corazones religiosos y tímidos." (512)

El arzobispo había publicado su entredicho y avisó que el virrey estaba excomulgado en el sermón de la misa mayor, luego organizó una procesión con muchos clérigos revestidos que llevaban una cruz alta cubierta con un velo negro. "Aquello destilaba en el corazón de todos un horror inquieto, lleno de confusión y desconsuelo, provocándolos con esto a una general indignación contra los que les daban entender eran causa de ello." (515)

3.5.13 Costumbres de la Inquisición.

En torno a las costumbres de la Santa Inquisición, podemos conocer cómo se llevaba un solemne auto de fe. Comenta Riva Palacio que este evento era uno de los más concurridos porque su truculencia causaba gran curiosidad en el pueblo.

"La curiosidad pública era suma; desde muy temprano los balcones, las azoteas, las ventanas y las puertas, en las calles que conducían del templo de Santo Domingo a la Plaza Mayor, estaban llenas de damas ricamente vestidas y de apuestos caballeros; las carrozas y los jinetes ocupaban todas las bocacalles, y los edificios se habían engalanado con cortinas y flores para que pasase por allí la procesión." (674)

La marcha era encabezada por las fuerzas del ayuntamiento y les seguían los particulares de alta posición. Luego se formaban dos hileras; a la derecha la Universidad y el cabildo

eclesiástico, a la izquierda el Ayuntamiento, el corregidor de la ciudad y los oficiales reales. Venían después los funcionarios del Santo Oficio portando el estandarte de la institución y atrás de ellos la Audiencia. Cerraba la marcha el inquisidor mayor acompañado del virrey y del inquisidor menos antiguo. Los sentenciados caminaban detrás de la comitiva de dos en dos, cada uno escoltado por un fraile y custodiados por familiares del Santo Tribunal.

En el lugar destinado para el auto, había palcos desde donde la gente rica podía ver, la plebe era colocada en gradería. Las autoridades ocupaban un tablado especial que contenía un suntuoso trono para el inquisidor mayor y sitiales para el virrey y demás personalidades.

Los penitentes caminaban descalzos, llevando por traje una túnica que les llegaba apenas a las rodillas, sin mangas y ceñida en la cintura por un cordel. En la cabeza cargaban un cucurucho alto y negro que tenía pintados diablos, calaveras, víboras y llamas en papel rojo y dorado. Una vez que estaban en sus respectivos puestos, se iniciaba la lectura de los procesos y sentencias. Después eran conducidos al quemadero, los ataban de pie en postes de piedra y sobre la leña. Una vez terminado el sacrificio, recogían las cenizas para arrojarlas al viento o en alguna acequia.

Como este espectáculo duraba muchas horas, los asistentes se podían retirar a descansar o a comer, luego volvían para terminar de presenciarlo.

Las acusaciones que recibía la Inquisición quedaban totalmente en secreto. El reo no se enteraba nunca quién lo había denunciado. Una cuadrilla de familiares realizaba la detención en su domicilio, el comisario tomaba posesión de la casa y de todos los bienes como garantía para los gastos del proceso. Si había otras personas en la casa, eran puestas en la calle, excepto los esclavos quienes

quedaban por cuenta de la Inquisición. Por último clausuraban el local con sellos que evitaban su allanamiento por parte de los vecinos.

Los edictos del Santo Tribunal se leían en todos los templos durante la primera misa. Riva Palacio transcribe uno de ellos en Monja y casada y explica el público la razón. "Perdónenos nuestros lectores si, a riesgo de fastidiarlos, les insertamos un edicto del Santo Oficio para que tengan una idea exacta de cómo eran éstos y las curiosas prescripciones que contenían." (511) En síntesis su contenido daba a conocer el nombre del perseguido y el delito en el que había incurrido. Ordenaba a todos los fieles dar parte a la Inquisición de cualquier cosa que hubieran visto u oído decir sobre el acusado, contra la fe católica o contra el recto y libre ejercicio del Santo Oficio. El plazo para hacerlo era de seis días, de lo contrario "quedaban maldecidos y descomulgados". Mandaba a los clérigos que mientras leían las censuras, mantuvieran dos cirios encendidos y la cruz cubierta con un velo negro en señal del luto de la iglesia. Una vez concluida la lectura debían introducir los cirios en agua bendita y entonar unos cantos especiales para esa ocasión.

Seguramente las prácticas religiosas descritas en las novelas eran bien conocidas por los lectores del siglo XIX, pero las referentes a la Inquisición debieron ser novedosas para muchos de ellos, pues en la época del autor, esa institución ya era historia.

3.5.14 Mentalidad colonial.

En las novelas el autor expone algunos rasgos de la mentalidad colonial que nos indican cuáles eran los temores más comunes y las supersticiones de las que eran víctimas, así como los valores que defendían y las metas que deseaban alcanzar.

La población creía en consejas y sucesos extraordinarios debido al fanatismo, al temor infundido por la iglesia, a la ignorancia y por qué no, a su ingenuidad. Las herejías o profanaciones a la religión les preocupaban constantemente. Las novelas registran algunos ejemplos de éstas, veamos en qué consistían.

En la tienda de don José de Albalabide los familiares del Santo Oficio encontraron "un Santo Cristo de bronce que estaba allí enterrado, precisamente en el lugar por donde entraban los marchantes." (389) Y en un rincón de la recámara estaba "otro Cristo de madera grande con huellas de golpes y algunas disciplinas de alambre cerca de él, todo tirado en el suelo, y el Cristo aún sucio en el rostro, como de señales de salivas." (398) La Sarmiento para realizar uno de sus conjuros puso sobre la mesa un hornillo y metió en él trozos de madera que tenían formas y colores raros, unos parecían manos, otros cabezas, otros brazos. "Eran pedazos de estatuas de santos y a Martín le angustió mucho ver aquella profanación." (380)

De los personajes acusados por simpatizar con la ley de Moisés se decía que "celebraban los sábados, y en la Pascua comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito como hacían los judíos y otras mil cosas." (673)

Doña Blanca comete sacrilegio al fugarse del convento y las personas que le brindaron ayuda también participan de esa culpa. Este mismo personaje comete otra herejía al contraer matrimonio teniendo voto de castidad y clausura. El inquisidor le dice que tanto ella como el esposo y demás personas inmiscuidas "están declarados herejes y relapsos y dignos de las mayores penas conque nuestra madre la Santa Iglesia en nombre de Dios ofendido castiga a los que tales extremos tocan". (534)

El sacrilegio del matrimonio religioso doble también aparece. El arzobispo cree que don Pedro de Mejía lo ha cometido al casarse con doña Catalina pues desconocía que Luisa, la primera esposa, había muerto hacia varios años. La misma Catalina que era una casquivana sin escrúpulos se preocupa por este asunto. "¿Os parece cosa de juego que me enlace con un hombre casado? ¡Jesús me asista!...¿Acaso no soy tan buena cristiana como vos?" (705)

Como en aquella época al Diablo era a quien de todo se culpaba, los acontecimientos que salían de lo común eran explicados con argumentos del siguiente tipo: "Estas son cosas del enemigo malo, Dios nos saque con bien". (509) ... "pueden ser artes y astucias del demonio, en todo caso más vale no tener con ellas tratos ni averiguaciones, que sólo eso es gran pecado." (386)

Creían en tratos y pactos donde comprometían su alma al Demonio a cambio de algún beneficio. La declaración que doña Blanca inventa obligada por el tormento contiene una curiosa descripción física del Diablo y de sus métodos para actuar.

"Una noche estaba yo en mi celda enfadada de vivir en el convento, y dije: "Le daría mi alma al diablo por salir de aquí" Y en ese momento se me presentó el diablo en figura de un caballero joven de barba y pelo negro, vestido de encarnado, con sombrero de plumas, sólo que sus pies eran como los de un gallo. Y me dijo: "Aquí estoy; qué me quieres?" Y como me espanté nada le dije, pero seguí enfadándome y él visitándome hasta que una noche le declaré mi deseo de salir y él me dijo: "Si me das tu alma te sacaré y te haré feliz." Y yo le dije que sí; entonces me hizo dormir y cuando desperté estaba ya en la calle." (548)

Es de notarse la facilidad con que las personas daban crédito a esos fantásticos sucesos; los inquisidores no creyeron la verdad porque era muy sencilla, -Blanca había salido por la puerta que abrió con la llave-, en cambio, aceptaron la declaración anterior sin hacer ninguna objeción a doña Blanca.

Otra situación donde se presenta este tipo de creencias es cuando el viejo Chema abandona su casa. Los vecinos del lugar se explicaron su silenciosa desaparición diciendo que "se lo había llevado el maligno porque había expirado el plazo del pacto que con él tenía." (484) Sin saber que su ausencia no tenía nada de extraordinario; el viejo había ido a vivir a casa de su amigo Carlos de Arellano.

Riva Palacio copia algunas fórmulas que servían para establecer contrato con el Demonio. Considera que además de ser documentos interesantes por su raro contenido "prueban hasta dónde llegaba la ignorancia y la preocupación en aquellos tiempos." (484) Por su extensión, transcribo solamente una parte de ellas.

"Emperador Lucifer, príncipe y amo de los espíritus rebeldes; Yo te ruego que abandones tu morada en cualquier parte del mundo que estés, para venir a hablarme. ¡Oh conde Astarot! Seme propicio y haz que en esta noche el gran Lucifuge se me aparezca en forma humana y sin ningún mal olor y me conceda por medio del pacto que le ofrezco, todas las riquezas que necesito"...(485)

Además registra el nombre de las potestades infernales y ministros de Lucifer a los que, según el autor, recurrían los magos y hechiceros. Estos son: Lucifuge Roscale, dispensador de riquezas. Satanachia, poderoso para someter a todas las mujeres. Agaliarept, poseedor de todos los secretos y misterios. Flourety, capaz de construir y arrasar cualquier cosa durante la noche. Sayatanás, con el poder de transportar y volver invisible a un hombre, dueño de todas las llaves de las cerraduras. Neviros, sabio de todas las ciencias naturales. (486)

La gente del campo creía en la existencia de nahuales, éstos eran los compañeros de las brujas, se convertían por las noches en perros, guajolotes, lobos, etc.; "que como las brujas,

atravesan los campos volando en las noches oscuras convertidos en globos de fuego, dejando escuchar ruidosas y alegres carcajadas, y que luego se introducen a las casas y chupan la sangre de los niños." (450) El ñor Chema estaba declarado nahual por los vecinos y no faltó quien lo viera realizar cosas maravillosas como entrar al cementerio en forma de gato; atravesar los aires por encima del tejado de una casa llevando entre sus brazos a un niño que lloraba; exclamar sin Dios y sin Santa María; convertirse en un instante en globo de fuego rojo y carcajearse al salir de las ventanas. Los vecinos que pasaban cerca de su casa se santiguaban varias veces para que no les hiciera nada.

Uno de los personajes, la bruja Sarmiento, proporciona ayuda a todos los malvados de Monja y casada por medio de sus conjuros y brebajes mágicos que ella misma preparaba. Los personajes empleaban esos remedios para deshacerse de quienes les estorbaban en su camino; "tome usía estos polvos, compre un criado que se los haga tomar a su amo y estaréis libre de él." (438) También para restar voluntad a la víctima o hacerla dormir profundamente. Luisa los administra a su esposo porque necesitaba tiempo libre para atender a sus enamorados; " don Manuel de Sosa se había quedado dormido desde cosa de las cuatro de la tarde en un estado de somnolencia y embrutecimiento que ni hablaba ni entendía nada. Hacía como dos años que don Manuel se iba volviendo cada día más estúpido y sólo pensaba en comer." (405)

Como el amor juega un papel importante en la trama, no faltan los personajes que recurrieron a los líquidos mágicos para conseguir el cariño del otro; "él no me ama y yo necesito su amor, dadme algo para conseguirlo y no os paréis en el precio así me costara una onza de oro cada gota de ese elixir." (412)

Otro remedio que según la opinión general era eficaz para ser querido era el uso de un pajarito chupamirto como amuleto. El jardinero Presentación va en busca de uno a casa de ñor Chema y al no conseguirlo en ese lugar, él mismo lo atrapa en el campo; ..."lo había envuelto cuidadosamente en una bolsa de lienzo y lo traía en la cintura." (450)

Por otra parte, se observa que para los personajes el último deseo de un moribundo se convertía en un mandato casi sagrado. En caso de no cumplirse, esa alma no gozaría de la paz eterna; "os perseguirá siempre mientras no se cumpla su última voluntad". (367) Este temor o respeto se aprecia cuando la supuesta viuda de Martín pide al virrey una ayuda económica para los gastos del funeral. El virrey lo hace en gracia del arrepentimiento del difunto y sobre todo por tratarse de su última petición.

Como resultado de esta idea surgieron historias de fantasmas y aparecidos que venían a recordar a sus deudos el cumplimiento de su deseo final. Una de estas es la que refiere sor Juana a doña Beatriz de Rivera para que se intimide y apresure los trámites de la construcción del convento.

"-Sí; el alma de don Juan Luis de Rivera apareció a mi espíritu por permisión de Dios, y ya no tiene sobre su pecho esa señal de fuego que ha llevado por tantos años; el camino de la celeste Jerusalén comienza a abrirse para él; pero no entrará hasta que su voluntad no sea cumplida y las hijas de Santa Teresa no oren por él, en su casa, y esa alma penará errante y vendrá día a día a pedir su descanso a vos, que guardastéis su última voluntad, que estáis en el mundo para cumplirla." (366)

Sobre este conjunto de creencias y supersticiones capturadas por el autor podemos concluir que formaron parte de la idiosincrasia de aquella sociedad; creyeron en ellas realmente y el temor que les provocaba condicionó sus actos en varias ocasiones. Dicho de otra manera, las personas hacían o dejaban de hacer ciertas actividades por el miedo a ser castigados por Dios, la Inquisición o el Demonio. Un caso que lo ejemplifica es el de la criada Felisa quien ya estando fuera del convento, al que ingresó en contra de su voluntad, se atemoriza y regresa tratando de convencerse a sí misma de que era lo mejor para la tranquilidad de su alma. Y cuántas otras personas como don José de Albalabide sufrieron en carne propia las acusaciones de profesar la brujería y el rigor del Santo Oficio.

En seguida hablaré de otra faceta de la mentalidad colonial, la que se refiere a las actitudes de las personas frente a la sociedad, a los sentimientos que surgen de las relaciones entre los seres humanos y de las aspiraciones materiales más frecuentes de los personajes.

La población de la Ciudad de México en el siglo XVII era relativamente pequeña; aproximadamente treinta y siete mil habitantes. Esto permitía a los colonos tener mayor contacto con sus vecinos y los chismes y las noticias se propagaban rápidamente. Además no había mucho de qué hablar por lo que cualquier acontecimiento que rompía con la rutina era causa de comentarios. Por esta razón vemos que el funeral del falso Martín Garatuza fue muy escandaloso, "muchos quisieron ver el entierro, y hubo en el panteón gran concurso de curiosos y perdidos". Hasta en los círculos más distinguidos se ocuparon del asunto y "fue objeto de muchas conversaciones." (761)

Algo similar ocurrió con don Santiago de Carbajal y su familia; al llegar a su nueva casa "una multitud de curiosos se detuvo delante del zaguán a verles entrar, y cuando el último de los criados penetró se cerraron las puertas de la casa para evitar comentarios." (765) Todos los que los vieron llegar se fueron murmurando, y en la noche se hablaba ya en México de un propietario muy rico que había llegado con dos damas procedentes de las provincias del interior. "Sin saberse por qué conducto, se había averiguado a las pocas horas de su llegada, que él era don Santiago de Carbajal, hombre muy poderoso y que las dos damas eran su esposa y una sobrina suya." (765)

En un pasaje de Monja y casada, don César compra una casa para doña Blanca y los vecinos estaban pendientes para descubrir quiénes eran los nuevos moradores. La curiosidad creció y comenzaron a hacerse mil comentarios porque transcurría el tiempo y nada veían. Riva Palacio comenta sobre esta situación:

Dicen algunos que el animal más curioso de la creación es la mujer. Yo opino que el vecino es más curioso que la mujer y los vecinos de aquellos rumbos observaron (lo que prueba que estaban al acecho) que a las diez de la noche del día siguiente se iluminó la casa por dentro." (508)

Otra de las actitudes de los personajes es la sumisión que manifiestan los sirvientes a sus amos, aún a costa de la misma muerte en ocasiones. El caso más representativo de esto es la actuación del negro Teodoro, quien durante las dos novelas, vive arriesgando su bienestar; primero por doña Beatriz de Rivera, luego por doña Blanca de Mejía y continúa haciéndolo después de sus muertes, hasta que logra que los culpables reciban su castigo.

También vemos que los sirvientes sabían cuál era su sitio y acataban respetuosamente las órdenes que les daban. Los patrones no permitían ningún exceso de confianza de parte de sus empleados. En esto se incluye a la misma Blanca de Mejía que siendo toda bondad y dulzura, pone en su lugar a doña Mencia, una de sus dueñas, cuando se atreve a hacerle una observación ; "Callad, que muchas son ya mis penas para que yo os consienta que os toméis la libertad de reconvenirme; cuidad de no meteros sino en lo que a vos atañe." (369) La vieja no contestó ni una palabra.

En otra situación el oidor Quezada agradece a Teodoro el haberle salvado la vida, desea conocer más sobre el negro y como patrón le dice "te permito que te sientes" (385) El negro asumiendo su papel de esclavo se sienta humildemente en el suelo, a los pies del oidor y comienza a contar su historia. Teodoro reconoce su situación y lo declara al comentar que en la casa de su amigo Santiago era "tan querido y apreciable como si no fuera un esclavo." (392)

Tirol, el mayordomo de la casa de Mejía, por servir a su amo llega al extremo de intentar asesinar a Fernando Quezada. En el lance casi pierde la vida y confiesa lo siguiente: "Casi nada sé, esta tarde mi señor me llamó y me ordenó que tomara dos hombres de la casa que fueran de toda mi confianza y que hoy en la noche lo atacase y le matase sin misericordia...La verdad señor, estaba dispuesto a cumplirlo." (384) Quezada lo perdona y el joven en muestra de agradecimiento "besó la mano del oidor".

En lo que respecta al honor femenino tenemos que para las damas virtuosas hubiera sido imposible ser la querida de un hombre pues "el orgullo de su sangre, sus ideas religiosas se sublevaban contra esta idea y la deshonra sería el peor de los castigos" (509) Otra de las cualidades indispensables era el pudor.

Veamos lo que doña Blanca dice a los verdugos de la Inquisición. "Eso sí que no lo conseguiréis nunca, desnudarme, monstruos; eso no, martirizadme, matadme, pero no me desnudéis. ¡No, no! Yo no quiero que me descubran, que me desnuden, ¡Matadme mejor! ¡Matadme!" (537)

Entre las mujeres humildes también está presente el sentimiento del honor. Por un ardid de Martín, un cochero entra a buscar a su amo en una casa pobre creyendo que ahí encontraría a su patrón acompañado de una moza. La dueña del lugar se molesta terriblemente y se defiende, "-Mal hayáis vos y vuestro amo que mi casa es casa de pobres pero honrada, y aquí ni él ni nadie tiene mozas, y vos queréis burlaros de mí, porque no está aquí mi marido, pero yo os enseñaré que conmigo no se juega." (797)

En la actuación de los personajes se observa el sentimiento filial; la obediencia del hijo a las órdenes del padre así como el respeto hacia su persona aún cuando la conducta del progenitor dejase mucho que desear. Tenemos que Esperanza accede a visitar a su padre, que es nada menos que don Pedro de Mejía el peor de los canallas. Éste agoniza y quiere conocerla; la joven se niega pero sus buenos sentimientos la doblegan y acude a su lecho de muerte.

"-Nunca. Ir a ver al hombre que deshonoró, que hizo la desgracia de mi pobre madre, que la abandonó...

-Pero ese hombre es vuestro padre, os llama, está arrepentido y vos no tenéis derecho de acusarle ni de juzgarle siquiera.

-!Tenéis razón, tenéis razón; es mi padre!" (751)

Por otro lado el amor de los padres hacia los hijos está representado en episodios como el siguiente, donde la vieja Catalina después de escuchar los fuertes reproches de su hija, le pide disculpas.

"-¿Aún estáis ahí, madre mía?

-¿Podría yo acaso abandonarte así? ¿No eres mi hija?

-¡Ah sí! Sois mi madre, porque sólo una madre podría haber escuchado con paciencia cuanto os he dicho, deben haber sido cosas horribles...

-Horribles es verdad; pero he sentido no sé qué en mi alma, he conocido que hay una realidad que yo me empeñaba antes en no ver, sí, he oído de tu boca cosas horribles, pero yo las merezco. Hija mía, pobre hija mía, conozco todo el peso de tu infortunio, consuélate y perdóname, porque yo soy la causa de todo hija mía.

Y doña Catalina se sentó y la atrajo sobre su regazo y la sentó allí como si fuera una niña." (811)

Surge el amor paterno cuando don Nuño por fin encuentra a la hija que por muchos años había buscado; "lanzó un grito y, volviendo de frente a la joven, la contempló un momento con ojos extrañados y luego la estrechó entre sus brazos gritando ¡Hija mía! ¡Hija mía! que te he buscado tanto." (827)

El amor paternal es uno de los pocos sentimientos nobles que experimenta don Pedro de Mejía pues al enterarse que tiene una hija se lamenta. "¡Yo hubiera sido tan feliz en hablarla, en tenerla a mi lado! No moriría como un esclavo sin familia y en medio de gentes extrañas." (742) Y pide que le digan a Esperanza que él es su padre; que se la lleven para suplicarle que lo perdone.

Doña Juana de Carbajal define lo que es el amor maternal en una conversación que sostiene con su hija:

"Tú no sabes lo que es el amor de una madre para sus hijos, tú no concibes siquiera la idea de ese cariño tierno, inmenso, el único desinteresado que hay en la tierra, que no exige en su abnegación sublime ni siquiera la correspondencia. Pues bien hija mía; una madre quiere para sus hijos todo lo bueno, todo lo grande, todo lo digno." (611)

El amor conyugal es uno de los sentimientos que no podía faltar en los relatos. El autor deja bien marcada la fidelidad que existe por parte de la mujer hacia su marido en personajes secundarios: María, la esposa de Martín y Servia, la de Teodoro. Estas dos mujeres aunque no participan en las actividades de sus esposos, conocen lo que hacen y les brindan apoyo, hasta llegan a ser aprehendidas por la Inquisición por causa de ellos. Por supuesto que estas damas son bien correspondidas por sus esposos.

En lo que toca a las aspiraciones sociales notamos que en repetidas ocasiones los personajes tienen interés por realizar un buen matrimonio. Algunas veces ese deseo obedece al amor que sienten por la pareja y otras, porque conviene a sus intereses económicos o sociales. Tanto Blanca y don César como Esperanza y Leonel desean casarse porque se quieren, en cambio, Luisa lo hace por obtener las riquezas de don Pedro y para conseguirlo llega al punto de obligarlo a firmar una promesa escrita de matrimonio. Don Pedro se casa por segunda vez con Carolina de Sandoval porque le atrae su título de marquesa.

Cualquiera que sea la razón de los personajes, el matrimonio se presenta como un suceso de muchísima importancia, y en particular para las mujeres; es en lo único que piensan y sueñan. A continuación cito lo que tres mujeres muy distintas entre sí piensan del matrimonio. Las dos primeras coinciden en su deseo de encontrar un marido que las haga felices. La tercera lo aprueba porque es un estado que agrada a Dios.

La virtuosa doña Blanca de Mejía mirándose a un espejo se dice a sí misma, "verdaderamente soy hermosa !Ah! !Qué papel tan brillante podría yo hacer en el mundo! !Ha de ser tan bello tener a un hombre que nos ame, que siempre se esté mirando en nuestros ojos." (490)

La mujer de malas costumbres, Catalina de Armijo, radiante de gozo dice a su madre:

"-!Madre mía! Ahora si creo que me caso, y bien.

-Dios lo haga que bien lo mereces.

Y esa noche la muchacha soñó que se casaba con don Pedro." (653)

La beata Cleofas que compartía la idea religiosa del matrimonio sabía que "podía considerarse como un estado perfecto para servir a Dios en el mundo." (416)

Las mujeres de mala conducta mencionan las virtudes que debía poseer una dama digna de aprecio en sus diálogos de arrepentimiento. "Por vos he sacrificado todo, honor, virtud, religión y tranquilidad." (402) Y se lamentan por haberlas perdido; "Yo no soy lo que parezco, yo no soy una mujer honrada, pura, virtuosa... soy indigna de ser vuestra, indigna de vuestro amor, indigna de ser siquiera esclava de vuestra casa." (817)

Lo que los hombres deseaban encontrar en una mujer queda expuesto en un diálogo que Alonso de Rivera sostiene con doña Blanca. "Sois noble, discreta, sois rica, virtuosa, no puede faltaros un hombre que os ame, que se interese por vuestra suerte, que sea digno de vos, que os haga tan feliz como merecéis." (537)

Para finalizar los puntos referentes a la mentalidad colonial, transcribo un párrafo donde una joven viuda se queja tristemente de su realidad.

"Si yo hubiese heredado de mi esposo un rico patrimonio, si hubiera venido a México con un espléndido cortejo, a vivir en un palacio, teniendo carruajes, lacayos, palafraneros, damas, entonces tal vez muchos habrían pretendido mi mano, me habrían ofrecido su amor; pero así, pobre, sin galas, viviendo en esta pobre casa ¿pensáis que haya alguien que se ocupe de la pobre viuda?" (652)

La nota anterior indica cuáles son las cosas materiales que a cualquier dama le gustaría poseer. Con ellas la oportunidad de conseguir un buen marido se amplía y además, se asegura un futuro libre de preocupaciones económicas.

3.5.15 Comidas.

De las costumbres alimenticias es poco lo que el autor menciona. Habla de desayunos y comidas, "Bienvenido señor alcalde que sólo lo esperábamos para empezar a comer", pero no se detiene en especificar en qué consistían. Los únicos alimentos que registra están incluidos en las siguientes notas:

"Queréis mandar que le sirvan el chocolate a la madre Cleofas." (417)

Doña Blanca huyó de la casa de Cleofas y "tomó de la mesa algunos panes porque no sabía si encontraría algo de comer en el día...comió los panecillos y bebió agua de una fuente."(495)

En la prisión "un carcelero llevaba un saco grande henchido de trozos de carne de res y el otro un canasto de pan."(544)

El cabildo obsequió al virrey un suntuoso banquete en el que se sirvieron "pavos rellenos y dulces". (627)

Durante la celebración de una fiesta cívica en las calles había puestos "en donde se vendían frutas, dulces, buñuelos, pato o tamales". (633)

Las aguas frescas que utiliza la vieja Catalina para atormentar a doña Esperanza cuando la tiene secuestrada. "Os he traído unas limonadas espléndidas...un vaso de chía fresca y olorosa, una jícara de horchata blanca y fría en la que nadan polvos de canela y hojas de rosa". (786)

3.5.16 Vestuario.

En cuanto a los vestidos, es muy amplia la información que contienen las novelas; conjuntamente a la caracterización del personaje que se trata el autor se ocupa en presentar la ropa que llevaban puesta y los accesorios que la complementaban.

Los caballeros principales usaban jubón, ropilla, calzas, ferreruelo y sombrero. Veamos a Fernando Quezada, hombre refinado y de buen gusto. "Llevaba una ropilla negra de terciopelo con gregüescos y calzas del mismo color, un sombrero negro al estilo Felipe II y ferreruelo también negro". (357) Complementaban su equipo una larga espada de ancha taza y una daga de gancho pendientes del talabarte negro que sujetaba en su cintura con un broche de oro. (*)

Martín Garatuza en una escena necesita vestirse como "todo un caballero" y pide al Zambo que le acerque lo necesario. "Dadme unas calzas de venado y un ferreruelo, un talabarte habilitado con todos sus menesteres y un sombrero, además, traedme la ropilla de terciopelo morado con acuchillados negros." (409)

Otros caballeros usaban gola, adorno que rodeaba el cuello y estaba hecho de lienzo o encaje alechugado. Don Carlos de Arellano "se puso tranquilamente a acomodarse los pliegues del fino encaje de su gola y las mangas de su ropilla." (429)

-
- (*) Calzas.- Prenda que cubre el muslo y la pierna o sólo el muslo.
ferreruelo.- Capa corta que se sujeta al cuello.
gregüescos.- Calzones muy anchos.
jubón.- Vestidura ceñida al cuerpo que cubre desde los hombros hasta la cintura.
ropilla.- Vestidura corta con mangas que se ponía sobre el jubón.
talabarte.- Cinturón del que cuelgan los tirantes de la espada o del sable.

La capa larga, además de resguardarlos del frío, les permitía embozarse para no ser reconocidos en la calle. "Martín sin perder tiempo se cambió la ropa y se embozó en una larga capa negra" y se fue a esperar a Salmerón para matarle... "alzó el embozo y se quedó como una estatua inmóvil confundiendo en la obscuridad." (656) El marqués de Gelves quien acostumbraba hacer rondas nocturnas para conocer el estado de la ciudad, lo hacía embozado para que nadie pudiera reconocerle.

Las espadas, floretes, dagas y cuchillos formaban parte indispensable del atuendo del caballero; con frecuencia recibían heridas de este tipo de armas. Por ello cuando sabían que corrían el riesgo de ser atacados se ponían una coraza ceñida al cuerpo. También empleaban las armas de fuego pero su posesión era poco frecuente. El oidor Quezada sabía que su vida peligraba y tomó precauciones; "vistióse bajo su ropilla una ligera cota de malla de acero perfectamente templado que podía resistir el golpe de un puñal sin perder uno sólo de sus anillos, y, además de su espada y de su daga, prendió en su talabarte dos pequeños pistoletos, se cubrió con un ferreruelo de vellorí* y se lanzó a la calle." (375)

Los hombres que montaban a caballo llevaban calzas de cuero o botas con espuelas. El cochero a quien Martín roba su carruaje, "echo a correr por la calle tropezando con la bota y la espuela que entonces usaban" al darse cuenta del embuste. (797) Don César era un muchacho muy elegante que usaba calzas de cuero porque montaba un soberbio animal negro de raza andaluza.

(*) Vellorí.- Paño entrefino de color pardo o de lana sin teñir.

Era síntoma de poca calidad que un hombre usara joyas de manera exagerada. Don Pedro estaba muy lejos de ser un caballero elegante a pesar de su inmensa riqueza pues "vestía siempre con ostentación repugnante, cargado de cadenas y de joyas." (401) En cambio el respetable oidor Quezada sólo usaba "un reloj de plata que llevaba pendiente del cuello por una gruesa cadena de oro." (357)

El sombrero era una prenda indispensable para todos los varones sin importar su condición social. El autor repetidamente describe lo que hacen con este accesorio. "Caminaba Garatuza disfrazado de cura y los dos o tres transeúntes que encontró a su paso se quitaron el sombrero al pasar a su lado." (641) Cuando doña Blanca entró a la casa de doña Beatriz, los lacayos y palafraneros "se descubrieron respetuosamente". (367) "Don Leonel tomó su sombrero y se salió distraído." (779) "Don Pedro entró a la cámara y puso en un sitio su sombrero." (401) "Don Alonso tomó su sombrero y sin decir a nadie nada salió a la calle." (746)

También muestra algunos modelos al indicar cómo era el usado por cada personaje. El Ahuizote vestía "un sombrero de anchas alas". (346) Presentación lucía "un ancho sombrero color canela". (449) Pedro de Mejía se quitó "su sombrero adornado con una pluma blanca prendida con una deslumbrante joya de diamantes". (401) Fernando Quezada se caló "un sombrero negro estilo Felipe II". (357) Don Nuño de Salazar "tenía la cabeza cubierta con un birrete blanco". (612) Los hombres de iglesia empleaban "anchos sombreros negros y sin ningún adorno." (355) Martín Garatuza se puso "un sombrero con toquilla* y pluma." (409)

(*) Toquilla.- Pañuelo triangular que se ponía en la cabeza, sombrero o cuello.

El traje ordinario se componía de camisa, calzones y calzas. "Martín estaba en su casa, sin zapatos, sin ropilla con sólo la camisa, los calzones y las mediascalzas de lana". (408) Al jardinero presentación le gustaba el buen vestir y en los días de trabajo llevaba "un calzón corto de escudero ajustado a la rodilla con dos mancuernillas de oro, sin calzas pero con unos zapatos de grandes alas, una camisa de lana finísima y un ancho sombrero." (449) Pero en los días de gala también se ponía jubón y calzas y cuanto más usaban los ricos.

Los servidores de las casas grandes o de alguna entidad vestían libreas, que venían a ser los uniformes que los distinguían de otros. El lacayo Tirol es reconocido como empleado de Mejía por la librea que llevaba puesta cuando intentó matar a Quezada. También, gracias a su uniforme de servidor del virrey, Martín puede averiguar lo ocurrido con la aprehensión de don Nuño de Salazar. "Había allí un gran tumulto; centinelas, alguaciles, curiosos. Martín llevaba su librea que era un salvoconducto." (648)

Los eclesiásticos aparecen con sus manteos*, sotanas, balandranes* y alzacuellos* Podemos verlo en los siguientes fragmentos.

"Martín iba envuelto en su manteo con todo el aire de un cura que volvía de una confesión." (641)

"Si no te quitas la loba y el alzacuello, olerás a incienso. -dijo el Zambo a Martín cuando se quitaba el disfraz de clérigo." (409)

"El clérigo que salía de la casa del arzobispo iba envuelto en un balandrán negro." (355)

-
- (*) Alzacuello.- Especie de corbatín usado por los sacerdotes.
balandrán.- Vestidura hasta los talones, muy ancha con una especie de capa corta que cubre los hombros.
loba.- Sotana.
manteo.- Capa larga que va sobre la sotana.

Los indios usaban calzón y camisa de manta. De ellos explica el autor que acostumbraban dejar crecer sobre las orejas dos mechones largos, hasta los hombros. El padre Salazar se encuentra en el zaguán de su casa "a un indio con el pelo cortado sobre la frente con la figura de un cerquillo de fraile, y sobre las orejas dos mechones largos que le llegaban casi hasta los hombros, según la moda de todos ellos y que llamaban de balcarrotas o balcarrias." (626)

Las damas de buenas costumbres vestían con sencillez y elegancia. Los trajes les cubrían generalmente hasta el cuello. Calzaban "altos zapatitos de tafilete, con las suelas guarnecidas por fuera con una delicada varilla de plata". (433) El pelo permanecía sujeto en una "escofieta* elaborada con finos hilos de seda". (433) A continuación muestro cómo vestían las tres damas más elegantes y refinadas de las novelas.

"Doña Blanca de Mejía lucía un soberbio traje de brocado blanco que la semejava a un arcángel, y sus cabellos en una reddecilla de seda y oro." (489)

"Doña Beatriz de Rivera vestía un traje negro de terciopelo con corpiño ajustado y con anchas mangas que se desprendían desde los hombros, su pelo negro contenido en una toquilla blanca sin adorno." (361)

"Doña Esperanza de Carbajal llevaba un sencillo traje de lana color negro que resaltaba su belleza. No llevaba adorno ninguno en la cabeza." (608)

(*) Escofieta.- Cofia, reddecilla para el pelo.

Complementaban sus trajes con joyas, cadenas y medallas de oro, collares de perlas, brazaletes y puseras de fino oro bruñido, y en los dedos lucían hermosos anillos. "Doña Blanca cubrió sus manos y su cuello de soberbias alhajas...las manos pequeñas y perfectamente contorneadas deslumbraban por la cantidad de anillos de brillantes.: (361) "El cuello de María ostentaba ricos collares de perlas y en sus brazos pulseras de oro, anchas, lisas y perfectamente bruñidas." (433)

En las ocasiones especiales se ataviaban con trajes más lujosos como el que se puso María para recibir a su enamorado.

"Tenía una especie de justillo* sin mangas de rica tela de Holanda blanca con jaldetas* y ajustado con un ancho cinturón de oro; una saya* de seda azul, recamada con randas* de oro, con mangas perdidas que llegaban casi hasta la orla de la basquiña*. Sus negros y hermosos cabellos estaban sujetos por una escofieta de infinitas y graciosas labores, encima de la cual tenía una redecilla de seda del color del vestido, atada con una cinta de oro que cruzaba por encima de su frente." (433)

Las mujeres que querían mostrar sus bellas formas, como Catali na de Armijo, usaban trajes vulgares del siguiente tipo: "escotado y casi flotante hasta los hombros, y sus mangas, enteramente abiertas, colgaban a los lados dejando ver los brazos hermosamente contorneados." (752) Había adoptado ese traje que sólo llevaban en ese tiempo las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas para seducir a don Pedro. Por otra parte, una dama fácil llamada la Perla, "llevaba un traje bastante descubierto en colores muy vivos y multitud de adornos en la cabeza." (755)

(*) Basquiña.- Falda generalmente negra, vestido.

jaldeta.- Pliegue.

justillo.- Prenda ceñida y sin mangas que no baja de la cintura.

saya.- Falda.

randa.- Encaje.

Las monjas aparecen cubiertas por sus largos hábitos oscuros, llevando en el pecho escudos, grandes crucifijos o escapularios. Mantenían el rostro cubierto por un espeso velo negro. Sor Blanca, a pesar de las reglas del claustro que prohibían mostrar la cara a un mundano, "levantó convulsivamente su velo...para que don Melchor viera las huellas que el dolor había imprimido en su rostro." (474) Posteriormente este mismo personaje se encierra en su celda, cambia su toca* y sus burdos sayales* por ropa de calle para fugarse del convento..

Las beatas pasan con sus hábitos azules, sus escudos y sus grandes rosarios. La madre Cleofas vestía las ropas de San Francisco confeccionadas con lana burda y cubría su cabeza con una toca de estameña* negra.

3.4.17 Objetos decorativos.

Entre las informaciones que Riva Palacio nos proporciona sobre las costumbres de ese período, aparece, un amplio repertorio de objetos decorativos y muebles que ilustran el gusto de los habitantes así como su nivel económico.

Las grandes estancias eran amuebladas con mesas de finas maderas y con sitaliales de ébano tapizados en tela de damasco color rojo, algunos de cuero carmesí con figuras de oro estampadas. Otros sillones estaban fabricados en cedro y cubiertos de tapiz amarillo o terciopelo, con flecos y borlas de oro. Las bujías de cera ardían sobre candeleros de plata cincelada.

(*) Estameña.- Tejido burdo de estambre.

sayal.- Tela burda.

toca.- Prenda de tela con la que se cubría la cabeza.

Los corredores estaban adornados con limoneros y naranjos u otras plantas sembradas en "magníficos tibores de China". (367) Los pisos y escaleras eran protegidos con tapetes y alfombras de hermosos brocados con figuras de flores o animales. Del techo y paredes colgaban lámparas de caprichosas formas y no faltaban, los cuadros con llamativos marcos recubiertos por delicadas hojas de oro. Todo era de mucho lujo.

Otras casas eran más sobrias y sólo tenían los muebles necesarios, sin ningún adorno superficial o costoso, como la Casa Colorada de la familia Carbajal. Las casas humildes carecían de casi todo, los pocos muebles que tenían estaban desgastados o rotos; camastros, sillas desvencijadas, bancos, mesas. Entre los utensilios de cocina de estas casas podemos ver jícaras, pocillos de metal y cazos de cobre ennegrecidos por el humo de la leña, jarrros y platos de barro descarapelados por el uso.

El autor detalla a la perfección todos los objetos decorativos de los lugares donde actúan sus personajes, por ello resultaría sumamente extenso reseñar todo lo que aparece en las novelas. Lo presentado anteriormente puede tomarse como una pequeña muestra de lo que contienen las obras. Resumiendo, se puede decir que en los habitantes coloniales predominó el gusto por el terciopelo, los brocados, el oro, la plata y los artículos de porcelana importados de Oriente.

Ya para concluir este trabajo, sólo me que por decir que al leer las obras de Vicente Riva Palacio, además de disfrutar las emocionantes aventuras y de asistir a los lugares mismos en que los hechos se desarrollan, gozamos el ambiente de una de las etapas más extensas y complejas de la historia de México.

4. Conclusiones.

4. Conclusiones.

La historia del siglo XIX mexicano es sumamente compleja ya que durante esa centuria se realizaron grandes cambios en el orden material, social, político y cultural que dieron las bases de lo que hoy es México. En síntesis, es la historia de la formación de un país independiente.

La novela del siglo XIX tiene su inicio en 1816, cuando Fernández de Lizardi publicó la primera novela latinoamericana. A través de ese siglo la novela creció, asumió varias formas y perfiles. Por un largo tiempo estuvo encerrada en el surco del romanticismo, luego el costumbrismo ejerció una atracción singular y en la última parte del siglo, el realismo tomó posesión del terreno literario.

Con la Restauración de la República y el gobierno de Díaz vino una paz prolongada en la que la literatura pudo desarrollarse con amplitud. La prosa fue un producto abundante y consiguió su dignificación como género literario. Los temas más trabajados por los novelistas mexicanos fueron el paisaje natural, los tipos humanos, las clases sociales existentes, la historia y la situación política.

La labor literaria de Riva Palacio abarcó la novela, el cuento, la sátira política, el periodismo, el teatro, la historia y la poesía. Su obra se desarrolla en un ambiente de agitación política; se suceden la Guerra de Reforma, la Invasión Francesa, la Restauración de la República y la Revolución de Tuxtepec. Los ideales de independencia política traen aparejadas

preocupaciones nacionalistas tendientes a alcanzar la independencia del pensamiento. Por otra parte la libertad como eje del movimiento romántico, favorece y justifica, con su nueva manera de ver al mundo, las ideas liberales que triunfan en México en 1867. A esa generación perteneció nuestro autor, por ello su carácter fue esencialmente patriótico y no dudó en abandonar sus actividades intelectuales cuando la lucha armada requería sus servicios.

Como novelista, el general Riva Palacio se especializa en obras de tipo histórico. Sus novelas con asuntos del México colonial ofrecen un gran interés. Se trata de narraciones entretenidas que dentro del campo novelístico interpretan, no sólo el espíritu de la época, sino también la psicología de las razas que se funden en la nacionalidad mexicana.

Riva Palacio se sirvió a la perfección del género narrativo para poner de manifiesto sus preocupaciones nacionalistas. La ideología política del autor se delimita por tendencias marcadamente liberales. En las novelas define claramente el interés que siente porque la patria alcance su independencia. Es un fervoroso insurgente y un celoso guardián de sus convicciones; apoya todo aquello que es lucha, transformación, desenvolvimiento positivo, todo lo que para él constituye una verdadera revolución en los aspectos sociales, intelectuales, políticos, y económicos de la nación. La pasión con la que aborda los asuntos históricos muestra la importancia que para él tiene el concepto de Patria, a la que amó profundamente, ya sea en las más crueles aflicciones de las que fue testigo o en las alegrías producidas por algunos de sus triunfos.

En cuanto a su ideología social, en cada una de sus obras aparece una fuerte requisitoria contra la injusticia de que fueron objeto ciertos grupos de la sociedad; describe los sufrimientos de la clase trabajadora, indios, mestizos, esclavos y expresa su deseo de ver resueltos sus problemas. Reprueba toda clase de fanatismo o mórdaza intelectual que pudiera frenar el desarrollo del espíritu. Por esto, la Inquisición recibe una de sus más vehementes condenas; presenta sus facetas más terribles, su poder absoluto e ilimitado.

El autor trata con detenimiento el ambiente colonial. Con toda clase de detalles describe la ciudad; los edificios, las plazas, los barrios pobres, las calles, las acequias. Se detiene en el moviliario de las casas. No olvida describirnos las modas, los adornos y los vestidos. Reseña las costumbres de los ricos a las que contrapone las de los necesitados.

Las novelas de Riva Palacio son, no sólo ejemplos supremos de las novelas de folletín en México, sino unas de las que mejor pintan las intrigas y sobresaltos de nuestra época colonial. Presentan en toda su complicación, a la vez con agudeza y verdad, los diversos intereses, prejuicios y vanidades que solían poner en en movimiento, no sólo a los funcionarios reales y a los dignatarios eclesiásticos, sino a todos aquellos que, por inclinación o conveniencia, se acogían a uno u otro partido.

A la trama de las novelas agrega diversas historias que dan amenidad y acción. Alrededor del tema épico teje una historia de amor tratada románticamente, con la exaltación y el sentimentalismo que exigían los lectores de esa época.

En la narración los personajes reales se enlazan con los ficticios, estos últimos sirven para dar movimiento, vivacidad a la acción; la pintura de ellos, desdénando lo esquemático, subraya hábilmente sus perfiles psicológicos que, al mismo tiempo que los individualizan, justifican mejor su actitud, sus intereses y la participación que tienen en el desarrollo de la historia.

Como es práctica común en la novela romántica, los personajes buenos se enfrentan a los malos y al final las fuerzas del bien salen victoriosas. No falta el personaje melancólico que no puede evadir su trágico destino. Aunque la mayor parte de ellos son completamente buenos o totalmente malos, aparecen otros que son una combinación de bondad y maldad; esto ocurre porque se presenta el contraste, uno de los rasgos románticos que gustó mucho a los autores del siglo pasado.

Los personajes actúan con naturalidad; el autor humaniza a los personajes históricos estáticos al tratarlos como seres que viven y ejecutan sus acciones diarias. Cada uno habla con su lenguaje propio, tanto el ilustre arzobispo como el despreciado esclavo, la humilde sirvienta como la refinada dama. La mujer es tratada con respeto y desempeña un papel activo dentro de las tramas; comparte importancia con los personajes masculinos.

Por lo que se refiere a la probidad histórica del autor, basta decir que los acontecimientos históricos que emplea como base para la elaboración de sus obras son auténticos y cotejables en los tratados de historia de México, sólo los embelleció agregando episodios producidos por inagotable imaginación y que no alteran la verdad de los hechos históricos reales.

Las novelas de Riva Palacio tienen en cierta medida, si se quiere menor y limitada, valor educativo porque son un apreciable testimonio de la vida de una época lejana; nos dan a conocer la mentalidad, las costumbres de antaño y aquel urbanismo del México del siglo XVII. Y son, además, un testimonio del tiempo en que fueron escritas, en el que estaba muy presente en los escritores el interés político, la situación histórica, el deseo de mexicanizar la literatura y de llegar por medio del conocimiento de la historia a la creación de una conciencia nacional. Datos que gracias a este tipo de novelas no se perderán para las generaciones futuras.

Monja y casada, virgen y mártir y Martín Garatuza son dos novelas de folletín con todas las virtudes del género. Por su juego entretenido de misterio, suspenso y sobresalto, que mueve a personajes creados con arte y con veracidad, tienen derecho a figurar entre las mejores novelas de nuestra literatura.

5. Bibliografía.

5. Bibliografía directa.

- Riva Palacio, Vicente, Calvario y Tabor, Ed. Porrúa, México, 1985, (Col. Sepan Cuántos, núm. 476)
- _____, Monja y casada, virgen y mártir, Ed. Aguilar, México, 1864, tomo II, p.p. 355 a 601, (Col. La Novela del México Colonial)
- _____, Martín Garatuza, Ed. Aguilar, México, 1964, tomo II, p.p. 607 a 841 (Col. La Novela del México Colonial)
- _____, Las dos emparedadas, Ed. Porrúa, México, 1985, (Col. Sepan Cuántos, núm. 475)
- _____, Los piratas del Golfo, Ed. Porrúa, México, 1974, (Col. de Escritores Mexicanos, núms. 25 y 26)
- _____, La vuelta de los muertos, Ed. Porrúa, México, 1986, (Col. Sepan Cuántos, núm. 507)
- _____, Memorias de un impostor. Don Guillén de Lampart, rey de México, Ed. Porrúa, México, 1976, (Col. de Escritores mexicanos)
- _____, Cuentos de un loco, en Antología de Vicente Riva Palacio, UNAM, México, 1976, (Col. BEU, núm 79)
- _____, Cuentos del General, Editores Mexicanos Unidos, México, 1977, (Col. Literatura Universal)

Bibliografía indirecta.

- Alvear Acevedo, Carlos, Historia de México, Ed. Jus. México, 1982.
- Anderson Imbert, Enrique, Historia de la literatura hispanoamericana, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.
- Azueta, Mariano, Cien años de la novela mexicana, Fondo de Cultura Económica, Obras completas, tomo III, México, 1960.
- Bourneuf, Roland, y Oullet, Réal, La novela, Ed. Ariel, España, 1975.
- Bravo Ugarte, Ramón, Historia de México, Ed. Jus, México, 1954.
- Brushwood, John, México en su novela, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, (Breviarios, núm. 20)
- Castro Leal, Antonio, Prólogo a La novela del México colonial, Ed. Aguilar, México, 1964
- _____, Prólogo a Martín Garatuza, Ed. Porrúa, México, 1985, (Col. de Escritores Mexicanos, núms. 23 y 24)
- _____, Prólogo a Monja y casada, virgen y mártir, Ed. Porrúa, (Col. de Escritores Mexicanos, núms. 18 y 19)
- Cue Cánovas, Agustín, Historia social y económica de México (1521-1854), ed. Trillas, México, 1981.
- De Valle Arizpe, Artemio, Inquisición y crímenes, Ed. Diana, México. 1979.

Del Toro, Alfonso, La familia Carbajal, Ed. Patria, México, 1944.

Díaz y de Ovando Clementina, La incógnita de algunos Ceros de Riva Palacio, Tesis doctoral, UNAM, 1965.

_____, Introducción a Antología de Vicente Riva Palacio, UNAM, 1976, (Col. BEU, núm. 79)

González Peña, Carlos, Historia de la literatura mexicana, Ed. Porrúa, México, 1981.

González Ramírez, Manuel, Vicente Riva Palacio, SEP, Subsecretaría de Asuntos Culturales, México, 1957.

Jiménez Rueda, Julio, Historia de la literatura mexicana, Ed. Botas, México, 1957.

_____, Letras mexicanas del siglo XIX, Fondo de Cultura Económica, México 1944.

Lazo, Raimundo, El romanticismo, Ed. Porrúa, México, 1979.

Marroquí, José María, La Ciudad de México, editor Jesús Medina, México, 1969, edición facsimilar, 3 vol.

Martínez, José Luis, La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX, Imprenta Universitaria, México, 1955.

_____, Problemas literarios, México, Obregón, 1955.

Matute, Alvaro, México en el siglo XIX, UNAM, 1981, (Lecturas Universitarias, núm. 12)

Ortiz Monasterio, José, Prólogo a Cuentos del General y Los Ceros, Ed. Promexa, México, 1979.

Reyes, Alfonso, El deslinde, Fondo de Cultura Económica, Obras completas, vol. 15, México, 1955.

Reyes de la Maza, José Luis, El teatro en México durante el Segundo Imperio, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1959, (Serie de Estudios y Fuentes del Arte en México, núm. XV.)

Serrano, Pedro, El General, silueta del señor don Vicente Riva Palacio, Fondo Hilario Medina, México, 1954.

Urbina, Luis G., La vida literaria en México, Ed. Porrúa, México, 1946.

Wagner, Ralph E., Historia de la novela mexicana en el siglo XIX, Antigua Librería Robledo, México, 1953.

Se consultó y revisó la hemerografía donde el autor colaboró, pero debido a lo extenso y variado de su trabajo periodístico no se cita aquí.